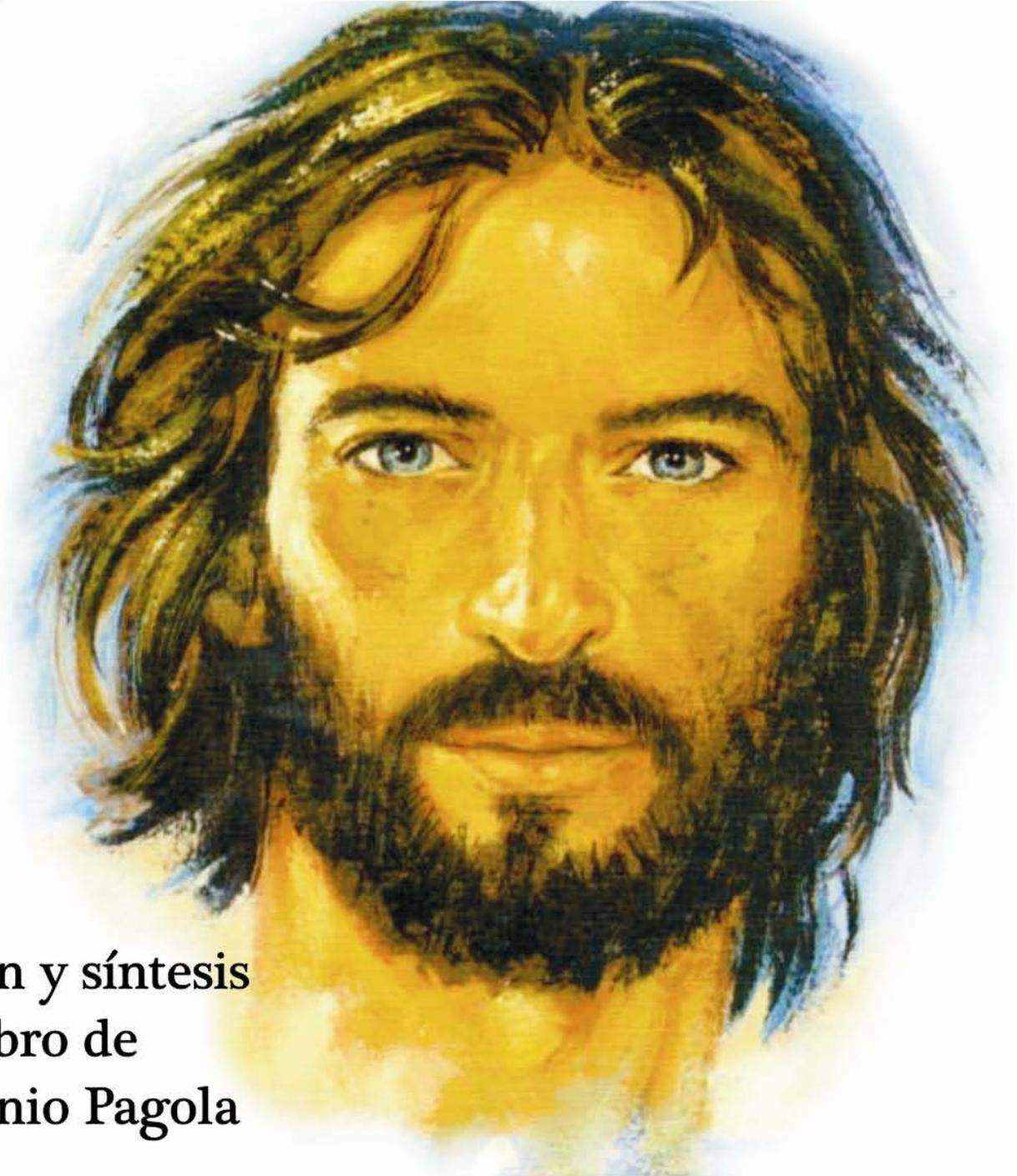


# Jesús

## Aproximación histórica



Adaptación y síntesis  
del libro de  
José Antonio Pagola

Sergio Guzmán, S.J.

## Índice

Introducción .....	3
Sesión 1: Jesús, judío de Galilea .....	4
Sesión 2: Jesús, vecino de Nazaret .....	9
Sesión 3: Jesús, buscador de Dios .....	14
Sesión 4: Jesús, profeta del reino de Dios .....	18
Sesión 5: Jesús, poeta de la compasión .....	25
Sesión 6: Jesús, curador de la vida .....	31
Sesión 7: Jesús, defensor de los últimos .....	37
Sesión 8: Jesús, amigo de la mujer .....	42
Sesión 9: Jesús, maestro de vida .....	48
Sesión 10: Jesús, creador de un movimiento renovador .....	54
Sesión 11: Jesús, creyente fiel .....	60
Sesión 12: Jesús, hombre en conflicto .....	66
Sesión 13: Jesús, mártir del reino de Dios .....	72
Sesión 14: Jesús, resucitado por Dios .....	78
Sesión 15: ¿Quién es Jesús para mí? .....	84
Mapas .....	87

## Introducción

Los temas que aquí presentamos para acercarnos a Jesús están tomados básicamente del libro *Jesús, aproximación histórica* de José Antonio Pagola (9ª. Edición Renovada, PPC, Madrid, 2008). Tendrá 15 sesiones. El número de capítulos que tiene el libro. Para el estudio seguiremos el método de las Comunidades Eclesiales de Base: ver, pensar y actuar. A manera de introducción retomamos algunas de las palabras del propio Pagola en la presentación de su libro.

*Quiero saber quién está en el origen de mi fe cristiana. No me interesa vivir de un Jesús inventado por mí ni por nadie. Deseo aproximarme con el mayor rigor posible a su persona: ¿Quién fue? ¿Cómo entendió su vida? ¿Qué defendió? ¿Dónde está la fuerza de su persona y la originalidad de su mensaje? ¿Por qué lo mataron? ¿En qué terminó la aventura de su vida?*

*Jesús fue recordado por quienes le conocieron más de cerca como una “buena noticia”. ¿Por qué? ¿Qué es lo que percibieron de “nuevo” y de “bueno” en su actuación y su mensaje? He querido captar de alguna manera la experiencia que vivieron quienes se encontraron con Jesús. Sintonizar con la fe que despertó en ellos. Recuperar la “buena noticia” que él encendió en sus vidas. He querido captar de alguna manera la experiencia que vivieron quienes se encontraron con Jesús. Sintonizar con la fe que despertó en ellos. Recuperar la “buena noticia” que él encendió en sus vidas. La vida concreta de Jesús es la que sacude el alma; sus palabras sencillas y penetrantes seducen.*

*Jesús aporta un horizonte diferente a la vida, una dimensión más profunda, una verdad más esencial. Su vida es una llamada a vivir la existencia desde su raíz última, que es un Dios que solo quiere para sus hijos e hijas una vida más digna y dichosa. El contacto con él invita a desprenderse de posturas rutinarias y postizas; libera de engaños, miedos y egoísmos que paralizan nuestras vidas; introduce en nosotros algo tan decisivo como es la alegría de vivir, la compasión por los últimos o el trabajo incansable por un mundo más justo. Jesús enseña a vivir con sencillez y dignidad, con sentido y esperanza.*

*Sé que Jesús no necesita ni de mí ni de nadie para abrirse camino en el corazón y la historia de las personas. Con Jesús nos empezamos a encontrar cuando comenzamos a confiar en Dios como confiaba él, cuando creemos en el amor como creía él, cuando nos acercamos a los que sufren como él se acercaba, cuando defendemos la vida como él, cuando miramos a las personas como él las miraba, cuando nos enfrentamos a la vida y a la muerte con la esperanza con que él se enfrentó, cuando contagiamos la Buena Noticia que él contagiaba.*

Que este material nos sirva para obtener, como dicen los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, el “conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga” (EE no. 104).

Sergio Guzmán, S.J.

## Sesión 1: Jesús, judío de Galilea

### VER:

Veamos y platiquemos como es el mexicano, en concreto los hombres y mujeres de la Comarca Lagunera. ¿De qué vive la gente? ¿Cuáles son las principales actividades económicas? ¿Cómo es la vida política? ¿Qué problemas sociales se están presentando? ¿Qué importancia tiene aquí la religión? ¿Cómo son los cristianos? ¿Qué papel tiene la Iglesia católica? ¿Cuáles son las principales fiestas religiosas y los lugares de culto? ¿Dónde se reúne y celebra su fe o la vida la gente de aquí?

### PENSAR:

¿A qué pueblo pertenecía Jesús? ¿Qué religión practicaba? ¿Cómo era Galilea en tiempos de Jesús? ¿Cuál era la actividad de Jesús en medio de las aldeas de Galilea? ¿Cuál fue su mensaje en ese tiempo y cultura?

Se llamaba Yeshúa, y a él probablemente le agradaba. Según la etimología más popular, el nombre quiere decir “Yahvé salva”. Yeshúa es la forma abreviada de Yehoshúa y quiere decir «Yahvé salva». En la Galilea de los años treinta era lo primero que interesaba conocer de una persona: ¿de dónde es?, ¿a qué familia pertenece? Si se sabe de qué pueblo viene y de qué grupo familiar es, se puede conocer ya mucho de su persona.

Para la gente que se encontraba con él, Jesús era “galileo”. No venía de Judea; tampoco había nacido en la diáspora, en alguna de las colonias judías establecidas por el Imperio. Provenía de Nazaret, no de Tiberíades; era de una aldea desconocida, no de la ciudad santa de Jerusalén. Todos sabían que era hijo de un “artesano”, no de un recaudador de impuestos ni de un escriba. ¿Podemos saber qué significaba en los años treinta ser un judío de Galilea?

Galilea era un pueblo sometido por Roma desde el año 63 a.C., cuando el General Pompeyo entró en Jerusalén. Jesús no tuvo ocasión de conocer a ningún emperador de cerca. Ni César Augusto ni Tiberio pisaron su pequeño país. Sin embargo oyó hablar de ellos y pudo ver su imagen grabada en algunas monedas. Jesús sabía muy bien que dominaban el mundo y eran los dueños de Galilea. Lo pudo comprobar mejor cuando tenía alrededor de veinticuatro años. Antipas, tetrarca de Galilea, vasallo de Roma, edificó una nueva ciudad a orillas de su querido lago de Genesaret y la convirtió en la nueva capital de Galilea. Su nombre lo decía todo. Antipas la llamó “Tiberíades” en honor de Tiberio, el nuevo emperador que acababa de suceder a Octavio Augusto. Los galileos debían saber quién era su señor supremo.

Durante más de sesenta años nadie se pudo oponer al Imperio de Roma. Octavio y Tiberio dominaron la escena política sin grandes sobresaltos. Una treintena de legiones, de cinco mil hombres cada una, más otras tropas auxiliares

aseguraban el control absoluto de un territorio inmenso que se extendía desde España y las Galias hasta Mesopotamia; desde las fronteras del Rin, el Danubio y el mar Muerto hasta Egipto y el norte de África. Sin conocimientos geográficos, sin acceso a mapa alguno y sin apenas noticias de lo que sucedía fuera de Galilea, Jesús no podía sospechar desde Nazaret el poder de aquel Imperio en el que estaba enclavado su pequeño país.

Este inmenso territorio, el Imperio romano, no estaba muy poblado. A comienzos del siglo I podían llegar a cincuenta millones. Jesús era uno más. La población se concentraba sobre todo en las grandes ciudades, construidas casi siempre en las costas del Mediterráneo, a la orilla de los grandes ríos o en lugares protegidos de las llanuras más fértiles. Dos ciudades destacaban sobre todas. Eran sin duda las más nombradas entre los judíos de Palestina: Roma, la gran capital, con un millón de habitantes, a donde había que acudir para resolver ante el César los conflictos más graves, y Alejandría, con más de medio millón de moradores, donde había una importante colonia de judíos que peregrinaban periódicamente hasta Jerusalén. Dentro de este enorme Imperio, Jesús no es sino un insignificante galileo, sin ciudadanía romana, miembro de un pueblo sometido.

Los pueblos subyugados no debían olvidar que estaban bajo el Imperio de Roma. La estatua del emperador, erigida junto a la de los dioses tradicionales, se lo recordaba a todos. Pero, sin duda, el medio más eficaz para mantenerlos sometidos era utilizar el castigo y el terror. Roma no se permitía el mínimo signo de debilidad ante los levantamientos o la rebelión. Las legiones podían tardar más o menos tiempo, pero llegaban siempre. La práctica de la crucifixión, los degüellos masivos, la captura de esclavos, los incendios de las aldeas y las masacres de las ciudades no tenían otro propósito que aterrorizar a las gentes. Era la mejor manera de obtener la *fides* o lealtad de los pueblos.

Galilea era una sociedad agraria. Los contemporáneos de Jesús vivían del campo, como todos los pueblos del siglo I integrados en el Imperio. Según Josefo, “toda la región de Galilea está dedicada al cultivo, y no hay parte alguna de su suelo que esté sin aprovechar” (*La guerra judía* III, 43), Prácticamente toda la población vive trabajando la tierra, excepto la élite de las ciudades, que se ocupa de tareas de gobierno, administración, recaudación de impuestos o vigilancia militar. Estudios comparativos llevan a la conclusión de que, en tiempos de Jesús, la población que trabajaba en los campos de Galilea representaba el 80-90%, mientras el 5-7% podía pertenecer a la élite. Los campesinos de las aldeas consumen sus fuerzas arando, vendimiando o segando las mieses con la hoz. Jesús vive en medio de estos campesinos galileos. Muchas de sus parábolas parecen tener como escenario las tierras del valle de Bet Netofá, al norte de Nazaret y Séforis, no lejos del lago de Galilea.

Uno de los rasgos más característicos de las sociedades agrícolas del Imperio romano era la enorme desigualdad de recursos que existía entre la gran mayoría de la población campesina y la pequeña élite que vivía en las ciudades. Esto mismo sucedía en Galilea. Son los campesinos de las aldeas los que sostienen la economía del país; ellos trabajan la tierra y producen lo necesario para mantener a la minoría dirigente. En las ciudades no se produce; las élites

necesitan del trabajo de los campesinos. Por eso se utilizan diversos mecanismos para controlar lo que se produce en el campo y obtener de los campesinos el máximo beneficio posible. Este es el objetivo de los tributos, tasas, impuestos y diezmos. Desde el poder, esta política de extracción y tributación se legitima como una obligación de los campesinos hacia la élite, que defiende el país, protege sus tierras y lleva a cabo diversos servicios de administración. En realidad, esta organización económica no promovía el bien común del país, sino que favorecía el bienestar creciente de las élites.

En la región del lago, donde tanto se movió Jesús, la pesca tenía gran importancia. Las familias de Cafarnaún, Magdala o Betsaida vivían del lago. Las artes de pesca eran rudimentarias: se pescaba con distintos tipos de redes, trampas o tridentes. Bastantes utilizaban barcas; los más pobres pescaban desde la orilla. De ordinario, los pescadores no vivían una vida más cómoda que los campesinos de las aldeas. Su trabajo estaba controlado por los recaudadores de Antipas, que imponían tasas por derechos de pesca y utilización de los embarcaderos. Jesús se integró bien en este mundo de pescadores que no era el suyo. Jesús toma pescado en sus comidas y habla de “peces”, “redes” y “pesca” en sus dichos y parábolas (Lucas 11,11 // Mateo 7,10; Mateo 13,47-50).

En el Imperio romano, las ciudades se construían para residencia de las clases dirigentes. Allí vivían los gobernantes, los militares, los recaudadores de impuestos, los funcionarios y administradores, los jueces y notarios, los grandes terratenientes y los responsables de almacenar los productos. Desde las ciudades se administraba el campo y se extraían los impuestos. La desigualdad del nivel de vida entre las ciudades y las aldeas era patente. En los poblados campesinos de Galilea, las gentes vivían en casas muy modestas de barro o piedras sin labrar y con techumbres de ramajes; las calles eran de tierra batida y sin pavimentar; la ausencia de mármol o elementos decorativos era total. En Séforis, por el contrario, se podían ver edificios bien contruidos, cubiertos de tejas rojas, con suelo de mosaicos y pinturas al fresco; calles pavimentadas y hasta una avenida de unos trece metros de anchura, flanqueada a uno y otro lado por sendas filas de columnas.

En Séforis vivían entre 8.000 y 12.000 habitantes; en Tiberíades, en torno a los 8.000. No podían competir ni por tamaño ni por poder o riqueza con Cesarea del Mar, donde residía el prefecto de Roma, ni con Escitópolis o las ciudades costeras de Tiro y Sidón. Eran centros urbanos menores, pero su presencia introducía una novedad importante en Galilea. Desde el campo se debía abastecer ahora a dos poblaciones urbanas que no cultivaban la tierra. Familias campesinas, acostumbradas a trabajar sus campos para asegurarse lo necesario para vivir, se vieron obligadas a incrementar su producción para mantener a las clases dirigentes. Sin embargo, hay que decir que hubo gentes del campo, como los artesanos, que encontraron trabajo en la construcción de las dos nuevas ciudades y en algunos servicios de carácter urbano. Desde Séforis y Tiberíades se tasaba y administraba toda Galilea. Los campesinos experimentaron por vez primera la presión y el control cercano de los gobernantes herodianos. No era posible evitar el pago de rentas y tasas.

Al parecer, Jesús conoció a lo largo de su vida el crecimiento de una desigualdad que favorecía a la minoría privilegiada de Séforis y Tiberíades, y provocaba inseguridad, pobreza y desintegración de bastantes familias campesinas. Creció el endeudamiento y la pérdida de tierras de los más débiles. Los tribunales de las ciudades pocas veces apoyaban a los campesinos. Aumentó el número de indigentes, jornaleros y prostitutas. Cada vez eran más los pobres y hambrientos que no podían disfrutar de la tierra regalada por Dios a su pueblo. En la Galilea que conoció Jesús, la mayoría son “pobres” (penetes), pero tienen su pequeña casa y su parcela de tierra, y pueden subsistir gracias a su dura vida de trabajo. Los evangelios no hablan de estos pobres, sino de los “indigentes” (ptochoi), los que no tienen tierra, carecen muchas veces de techo y viven amenazados por el hambre y la desnutrición.

La actividad de Jesús en medio de las aldeas de Galilea y su mensaje del “reino de Dios” representaban una fuerte crítica a aquel estado de cosas. Su firme defensa de los indigentes y hambrientos, su acogida preferente a los últimos de aquella sociedad o su condena de la vida suntuosa de los ricos de las ciudades era un desafío público a aquel programa socio-político que impulsaba Antipas, favoreciendo los intereses de los más poderosos y hundiendo en la indigencia a los más débiles. La parábola del mendigo Lázaro y el rico que vive fastuosamente ignorando a quien muere de hambre a la puerta de su palacio (Lucas 16,19-31); el relato del terrateniente insensato que solo piensa en construir silos y almacenes para su grano (Lucas 12,16-21); la crítica severa a quienes atesoran riquezas sin pensar en los necesitados (Lucas 16,13 // Mateo 6,24; Lucas 12,33-34 // Mateo 6,19-21); sus proclamas declarando felices a los indigentes, los hambrientos y los que lloran al perder sus tierras (Lucas 6,20-21); las exhortaciones dirigidas a sus seguidores para compartir la vida de los más pobres de aquellas aldeas y caminar como ellos, sin oro, plata ni cobre, y sin túnica de repuesto ni sandalias (Mateo 10,9-10); sus llamadas a ser compasivos con los que sufren y a perdonar las deudas (Lucas 6,36-38), y tantos otros dichos permiten captar todavía hoy cómo vivía Jesús el sufrimiento de aquel pueblo y con qué pasión buscaba un mundo nuevo, más justo y fraterno, donde Dios pudiera reinar como Padre de todos.

Los habitantes de Galilea contemporáneos de Jesús pueden ser llamados “judíos” con toda propiedad. Sus raíces religiosas están en Judea. De hecho, Roma, Herodes y Antipas los trataron como judíos, respetando sus tradiciones y su religión. Por otra parte, las excavaciones ofrecen datos incuestionables sobre el carácter judío de la Galilea que conoció Jesús. Por todas partes aparecen *miqwaot* o piscinas para las purificaciones: los galileos practicaban los mismos ritos de purificación que los habitantes de Judea. En la región de Cafarnaún no se detecta tanto la presencia de estas piscinas. Probablemente las gentes de esa región practicaban el baño ritual en el lago. La ausencia de cerdo en la alimentación, los recipientes de piedra o el tipo de enterramientos hablan claramente de su pertenencia a la religión judía.

No es fácil conocer de forma precisa cómo se vivía en Galilea la vinculación religiosa con Jerusalén. Había ciertamente una distancia geográfica y espiritual. Nunca recibieron los galileos una influencia religiosa tan intensa como los

habitantes de Jerusalén o los campesinos de las aldeas judaítas de su entorno. La presencia de escribas o maestros de la ley no parece haber sido muy activa. Cuando Jesús y sus discípulos subían a Jerusalén, cruzaban de alguna manera una “barrera”, pues venían desde los márgenes geográficos del judaísmo de Galilea hasta su centro. Sin embargo, Jerusalén jugaba un papel simbólico insustituible y ejercía sobre los galileos un atractivo con el que no podían competir ni Séforis ni Tiberíades. Sabemos por Flavio Josefo que los galileos subían en peregrinación a Jerusalén. Muchos de ellos tenían seguramente abuelos o padres nacidos en Judea, y todavía persistían contactos entre las familias. Por otra parte, la peregrinación no era solo un fenómeno religioso, sino un acontecimiento social muy importante. Los peregrinos tomaban parte en las fiestas religiosas, pero, al mismo tiempo, comían, bebían, cantaban y hacían sus pequeñas compras. Las fiestas religiosas constituían una vacación sagrada muy atractiva.

Por otra parte, es explicable que en Galilea se apreciaran de manera especial las tradiciones israelitas del norte, donde estaba enclavada Galilea. En las fuentes evangélicas se habla de los “profetas” del norte, como Elías, Eliseo o Jonás, pero apenas se dice nada de “reyes” y “sacerdotes”, personajes típicos de Jerusalén y Judea. Se habla de los israelitas como “hijos Abrahán” y se evita la teología de Sión y la ciudad santa. Probablemente, los galileos estaban habituados a una interpretación más relajada de la ley, y eran menos estrictos que en Judea en lo tocante a ciertas reglas de pureza.

#### **ACTUAR:**

- ¿Qué parecido hay entre las condiciones sociales, políticas y culturales de la época de Jesús y nuestra época?
- ¿El mensaje o anuncio de Jesús en aquella época es actual? ¿Por qué?
- ¿Por qué es importante el análisis de la realidad? ¿Qué diría o nos dice Jesús a nosotros en esta realidad concreta que vivimos?

## **Sesión 2: Jesús, vecino de Nazaret**

### **VER:**

Se les pide a una o dos personas que nos hablen de su familia. Si nos muestran alguna fotos con los abuelos, tíos, hermanos, hijos, mejor. Se le pide que nos platiquen un poco la historia familiar. Se les puede preguntar: ¿De qué pueblo son? ¿A qué se dedican? ¿Cada cuánto se juntan? ¿Cómo festejan los cumpleaños, la Navidad, algún logro de la familia? ¿Si pertenecen a las Comunidades de Base? ¿Cómo viven su fe? ¿Cómo conviven con los vecinos?

### **PENSAR:**

Tanto el evangelio de Mateo como el de Lucas ofrecen en sus dos primeros capítulos un conjunto de relatos en torno a la concepción, nacimiento e infancia de Jesús. Son conocidos tradicionalmente como “evangelios de la infancia”. Ambos ofrecen notables diferencias entre sí en cuanto al contenido, estructura general, redacción literaria y centros de interés. El análisis de los procedimientos literarios utilizados muestra que más que relatos de carácter biográfico son composiciones cristianas elaboradas a la luz de la fe en Cristo resucitado. Se aproximan mucho a un género literario llamado midras hagádico, que describe el nacimiento de Jesús a la luz de hechos, personajes o textos del Antiguo Testamento. No fueron redactados para informar sobre los hechos ocurridos (probablemente se sabía poco), sino para proclamar la Buena Noticia de que Jesús es el Mesías davídico esperado en Israel y el Hijo de Dios nacido para salvar a la humanidad.

Nazaret era una aldea pequeña y desconocida, de apenas doscientos a cuatrocientos habitantes. Nunca aparece mencionada en los libros sagrados del pueblo judío, ni siquiera en la lista de pueblos de la tribu de Zabulón. Flavio Josefo cita 45 pueblos en Galilea, pero nunca Nazaret. Algunos de sus habitantes vivían en cuevas excavadas en las laderas; la mayoría en casas bajas y primitivas, de paredes oscuras de adobe o piedra, con tejados confeccionados de ramaje seco y arcilla, y suelos de tierra apisonada. Bastantes tenían en su interior cavidades subterráneas para almacenar el agua o guardar el grano. Por lo general, solo tenían una estancia en la que se alojaba y dormía toda la familia, incluso los animales. De ordinario, las casas daban a un patio que era compartido por tres o cuatro familias del mismo grupo, y donde se hacía buena parte de la vida doméstica. Allí tenían en común el pequeño molino donde las mujeres molían el grano y el horno en el que cocían el pan. Jesús ha vivido en una de estas humildes casas y ha captado hasta en sus menores detalles la vida de cada día.

Cuando más adelante recorra Galilea invitando a una experiencia nueva de Dios, Jesús no hará grandes discursos teológicos ni citará los libros sagrados que se leen en las reuniones de los sábados en una lengua que no todos conocen bien. Para entender a Jesús no es necesario tener conocimientos especiales; no hace falta leer libros. Jesús les hablará desde la vida. Todos podrán captar su

mensaje: las mujeres que ponen levadura en la masa de harina y los hombres que llegan de sembrar el grano. Basta vivir intensamente la vida de cada día y escuchar con corazón sencillo las audaces consecuencias que Jesús extrae de ella para acoger a un Dios Padre. Jesús no sabe hablar sino desde la vida. Para sintonizar con él y captar su experiencia de Dios es necesario amar la vida y sumergirse en ella, abrirse al mundo y escuchar la creación.

En una aldea como Nazaret, la “familia extensa” de Jesús podía constituir una buena parte de la población. En aquellos tiempos abandonar la familia era muy grave. Significaba perder la vinculación con el grupo protector y con el pueblo. El individuo debía buscar otra “familia” o grupo. Por eso, dejar la familia de origen era una decisión extraña y arriesgada. Sin embargo llegó un día en que Jesús lo hizo. Al parecer, su familia e incluso su grupo familiar le quedaban pequeños. Él buscaba una “familia” que abarcara a todos los hombres y mujeres dispuestos a hacer la voluntad de Dios (Marcos 3,34-35). La ruptura con su familia marcó su vida de profeta itinerante.

Como todos los niños de Nazaret, Jesús vivió los siete u ocho primeros años de su vida bajo el cuidado de su madre y de las mujeres de su grupo familiar. En estas aldeas de Galilea, los niños eran los miembros más débiles y vulnerables, los primeros en sufrir las consecuencias del hambre, la desnutrición y la enfermedad. La mortalidad infantil era muy grande. Se estima que la mortalidad infantil alcanzaba hasta el 30%. Ciertamente, un 60% había muerto antes de los dieciséis años. Eran frecuentes en Galilea la malaria y la tuberculosis.

En Nazaret no había ningún templo. Los extranjeros quedaban desconcertados al comprobar que los judíos no construían templos ni daban culto a imágenes de dioses. Solo había un lugar sobre la tierra donde su Dios podía ser adorado: el templo santo de Jerusalén. Para Jesús, Dios es el “Padre del cielo”. No está ligado a un lugar sagrado. No pertenece a un pueblo o a una raza concretos. No es propiedad de ninguna religión. Dios es de todos.

Ciertamente, en tiempos de Jesús, en las aldeas de Galilea se celebraban asambleas (synagogai) de carácter religioso y también con fines comunitarios. Pasado el sábado, todo el mundo volvía de nuevo a su trabajo. La vida dura y monótona de cada día solo quedaba interrumpida por las fiestas religiosas y por las bodas, que eran, sin duda, la experiencia festiva más disfrutada por las gentes del campo. La boda era una animada fiesta familiar y popular. La mejor. Durante varios días, los familiares y amigos acompañaban a los novios comiendo y bebiendo con ellos, bailando danzas de boda y cantando canciones de amor. Jesús debió de tomar parte en más de una, pues su familia era numerosa. Al parecer, disfrutaba acompañando a los novios durante estos días de fiesta, y gozaba comiendo, cantando y bailando. Cuando más tarde acusaron a sus discípulos de no vivir una vida austera al estilo de los discípulos de Juan, Jesús los defendió de una manera sorprendente. Explicó sencillamente que, junto a él, la vida debía ser una fiesta, algo parecido a esos días de boda. No tiene sentido estar celebrando una boda y quedarse sin comer y beber: “¿Pueden acaso ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con ellos?”. (Marcos 2,19) Entre los

estudiosos no se duda de que este dicho proviene de alguna forma del mismo Jesús.

No sabemos con certeza si Jesús pudo tener otra formación aparte de la que recibió en su casa. Ignoramos si en aquella aldea desconocida existía una escuela vinculada a la sinagoga, como hubo más tarde en bastantes poblados de Palestina. Al parecer eran pocos los que sabían leer y escribir entre las capas humildes del Imperio romano. Se estima que solo el 10% de la población del Imperio era capaz de leer y escribir. Algo parecido sucedía en Galilea. Según algunos, la alfabetización no sobrepasaba el 3% de la población en la Palestina romana. Otros sugieren que la religión judía, centrada en las Sagradas Escrituras, impulsó una alfabetización superior al resto del Imperio.

La gente de pueblos tan pequeños como Nazaret no tenía medios para el aprendizaje ni libros en sus casas. Sólo las clases dirigentes, la aristocracia de Jerusalén, los escribas profesionales o los “monjes” de Qumrán tenían medios para adquirir una cierta cultura escrita. En las pequeñas aldeas de Galilea no se sentía esa necesidad. No sabemos, pues, si Jesús aprendió a leer y escribir. Si lo hizo, tampoco pudo practicar mucho: en su casa no había libros para leer ni tinta o pergaminos para escribir. Sin embargo, la habilidad que muestra Jesús para discutir sobre textos de las Escrituras o sobre tradiciones religiosas hace pensar que poseía un talento natural que compensaba el bajo nivel de su formación cultural. En estos pueblos de cultura oral, la gente tenía una gran capacidad para retener en su memoria cantos, oraciones y tradiciones populares, que se transmitían de padres a hijos. En este tipo de sociedad se puede ser sabio sin dominar la lectura ni la escritura. Probablemente así fue Jesús.

Ciertamente no asistió a ninguna escuela de escribas ni fue discípulo de ningún maestro de la ley. Fue sencillamente un vecino sabio e inteligente que escuchaba con atención y guardaba en su memoria las palabras sagradas, oraciones y salmos que más quería. No necesitaba acudir a ningún libro para meditarlo todo en su corazón. Cuando un día Jesús enseñe su mensaje a la gente, no citará a ningún rabino, apenas sugerirá literalmente ningún texto sagrado de las Escrituras. Él habla de lo que rebosa su corazón. Según Jesús, “de lo que rebosa el corazón habla la boca” (Mateo 12,34). La gente se quedaba admirada. Nunca habían oído hablar con tanta fuerza a ningún maestro (Marcos 1,27).

Lo que ciertamente aprendió Jesús en Nazaret fue un oficio para ganarse la vida. No fue un campesino dedicado a las tareas del campo, aunque en más de una ocasión echaría una mano a los suyos, sobre todo en el tiempo de recoger las cosechas. Las fuentes dicen con toda precisión que fue un “artesano” como lo había sido su padre (Marcos 6,3; Mateo 13,55). El término griego tekton no se ha de traducir por “carpintero”, sino más bien por “constructor”. La palabra designa a un artesano que trabaja con diversos materiales, como la piedra, la madera e incluso el hierro. Su trabajo no correspondía al del carpintero de nuestros días. Trabajaba la madera, pero también la piedra. La actividad de un artesano de pueblo abarcaba trabajos diversos. No es difícil adivinar los trabajos que se le pedían a Jesús: reparar las techumbres de ramaje y arcilla deterioradas por las lluvias del invierno, fijar las vigas de la casa, construir puertas y ventanas de

madera, hacer modestos arcones, alguna tosca banqueta, pies de lámpara y otros objetos sencillos. Pero también construir alguna casa para un nuevo matrimonio, reparar terrazas para el cultivo de viñas o excavar en la roca algún lagar para pisar la uva.

En el mismo Nazaret no había suficiente trabajo para un artesano. Por una parte, el mobiliario de aquellas humildes casas era muy modesto: recipientes de cerámica y de piedra, cestos, esteras; lo imprescindible para la vida cotidiana. Por otra parte, las familias más pobres se construían sus propias viviendas, y los campesinos fabricaban y reparaban durante el invierno sus instrumentos de labranza. Para encontrar trabajo, tanto José como su hijo tenían que salir de Nazaret y recorrer los poblados cercanos. Con su modesto trabajo, Jesús era tan pobre como la mayoría de los galileos de su tiempo. No estaba en lo más bajo de la escala social y económica. Su vida no era tan dura como la de los esclavos, ni conocía la miseria de los mendigos que recorrían las aldeas pidiendo ayuda. Pero tampoco vivía con la seguridad de los campesinos que cultivaban sus propias tierras. Su vida se parecía más a la de los jornaleros que buscaban trabajo casi cada día. Lo mismo que ellos, también Jesús se veía obligado a moverse para encontrar a alguien que contratara sus servicios.

La vida de Jesús fue discurriendo calladamente sin ningún acontecimiento relevante. El silencio de las fuentes se debe probablemente a una razón muy simple: en Nazaret no aconteció nada especial. Los relatos llenos de fantasía del Protoevangelio de Santiago, el Evangelio del Pseudo-Mateo, La historia de José, el Carpintero y otros evangelios apócrifos escritos para satisfacer la curiosidad popular, dando detalles de la infancia o la juventud de Jesús, no ofrecen ningún dato histórico fiable.

Lo único importante fue un hecho extraño e inusitado en aquellos pueblos de Galilea y que, seguramente, no fue bien visto por sus vecinos: Jesús no se casó. No se preocupó de buscar una esposa para asegurar una descendencia a su familia. Las fuentes cristianas hablan de bastantes mujeres que se mueven en el entorno de Jesús. Pero nunca se dice nada de una posible esposa e hijos. El comportamiento de Jesús tuvo que desconcertar a sus familiares y vecinos.

La renuncia de Jesús al amor sexual no parece estar motivada por un ideal ascético, parecido al de los “monjes” de Qumrán, que buscaban una pureza ritual extrema, o al de los terapeutas de Alejandría, que practicaban el “dominio de las pasiones”. Su estilo de vida no es el de un asceta del desierto. Jesús come y bebe con pecadores, trata con prostitutas y no vive preocupado por la impureza ritual. Tampoco se observa en Jesús ningún rechazo a la mujer. Jesús las recibe en su grupo sin ningún problema, no tiene temor alguno a las amistades femeninas y, seguramente, corresponde con ternura al cariño especial de María de Magdala.

Jesús se consagró totalmente a algo que se fue apoderando de su corazón cada vez con más fuerza. Él lo llamaba el “reino de Dios”. Fue la pasión de su vida, la causa a la que se entregó en cuerpo y alma. Aquel trabajador de Nazaret terminó viviendo solamente para ayudar a su pueblo a acoger el “reino de Dios”. Abandonó a su familia, dejó su trabajo, marchó al desierto, se adhirió al movi-

miento de Juan, luego lo abandonó, buscó colaboradores, empezó a recorrer los pueblos de Galilea. Su única obsesión era anunciar la “Buena Noticia de Dios”. Esta expresión fue acuñada entre los cristianos de la primera generación, pero recoge bien el contenido de la actividad de Jesús (Marcos 1,14). Atrapado por el reino de Dios, se le escapó la vida sin encontrar tiempo para crear una familia propia. Su comportamiento resultaba extraño y desconcertante. Según las fuentes, a Jesús le llamaron de todo: “comilón”, “borracho”, “amigo de pecadores”, “samaritano”, “endemoniado”. Probablemente se burlaron de él llamándole también “eunuco”. Jesús reaccionó dando a conocer la razón de su comportamiento: “Hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos que fueron hechos tales por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el reino de los cielos” (Mateo 19,12). Esta metáfora de “castrarse” por el reino de Dios no tiene paralelos en el judaísmo. Se trata de un dicho que circuló de manera independiente en las comunidades cristianas y que, sin duda, proviene de Jesús. Si Jesús no convive con una mujer no es porque desprecie el sexo o minusvalore la familia. Es porque no se casa con nada ni con nadie que pueda distraerlo de su misión al servicio del reino. No abraza a una esposa, pero se deja abrazar por prostitutas que van entrando en la dinámica del reino, después de recuperar junto a él su dignidad. No besa a unos hijos propios, pero abraza y bendice a los niños que se le acercan, pues los ve como “parábola viviente” de cómo hay que acoger a Dios. No crea una familia propia, pero se esfuerza por suscitar una familia más universal, compuesta por hombres y mujeres que hagan la voluntad de Dios.

#### **ACTUAR:**

- ¿Qué importancia tenía para Jesús la familia? ¿Por qué quizó entrar al mundo a través de una familia?
- ¿Por qué Jesús no se casó? ¿Por qué dejó su familia?
- ¿Qué importancia tiene para nosotros la familia? ¿Cómo nos relacionamos con los vecinos y otras familias?
- ¿Qué es el reino de Dios al que Jesús se consagró totalmente? ¿Cómo podemos entrar a éste? ¿Cuál es la voluntad de Dios?

## Sesión 3: Jesús, buscador de Dios

### VER:

Se coloca al frente o en medio del grupo una sábana o tela azul que simbolice el río Jordan. De un lado colocamos un plato con arena para simbolizar el desierto. Del otro unas botellas de leche y miel (símbolos de la tierra prometida), una botella de vino, pan y una canasta con frutos. Se puede dar un tiempo para contemplar y reflexionar a partir de esos símbolos. Pueden ayudar preguntas como éstas: ¿Dónde busco o he encontrado a Dios? ¿Qué significa para mi el desierto? ¿Qué personas me han ayudado a ir a Dios? ¿Por qué Jesús se hace bautizar por Juan? ¿Por qué deja el desierto y se va al otro lado del Jordán?

### PENSAR:

No sabemos cuándo y en qué circunstancias, pero, en un determinado momento, Jesús deja su trabajo de artesano, abandona a su familia y se aleja de Nazaret. No busca una nueva ocupación. No se acerca a ningún maestro acreditado para estudiar la Torá o conocer mejor las tradiciones judías. No marcha hasta las orillas del mar Muerto para ser admitido en la comunidad de Qumrán. Tampoco se dirige a Jerusalén para conocer de cerca el lugar santo donde se ofrecen sacrificios al Dios de Israel. Se aleja de toda tierra habitada y se adentra en el desierto.

La hondura y madurez de su talante religioso hace pensar a algunos que Jesús vivió un período de búsqueda antes de encontrarse con el Bautista. Como a todos los judíos, el desierto le evoca a Jesús el lugar en el que ha nacido el pueblo y al que hay que volver en épocas de crisis para comenzar de nuevo la historia rota por la infidelidad a Dios. No llegan hasta allí las órdenes de Roma ni el bullicio del templo; no se oyen los discursos de los maestros de la ley. En cambio se puede escuchar a Dios en el silencio y la soledad.

Entre el otoño del año 27 y la primavera del 28 surge en el horizonte religioso de Palestina un profeta original e independiente que provoca un fuerte impacto en todo el pueblo. Su nombre es Juan, pero la gente lo llama el "Bautizador", porque practica un rito inusitado y sorprendente en las aguas del Jordán. Es, sin duda, el hombre que marcará como nadie la trayectoria de Jesús. A nadie admiró Jesús tanto como a Juan el Bautista

Juan pertenecía a una familia sacerdotal rural. Su rudo lenguaje y las imágenes que emplea reflejan su ambiente campesino. En algún momento, Juan rompe con el templo y con todo el sistema de ritos de purificación y perdón vinculados a él. No sabemos qué le mueve a abandonar su quehacer sacerdotal. Su comportamiento es el de un hombre arrebatado por el Espíritu. No se apoya en ningún maestro. No cita explícitamente las Escrituras sagradas. No invoca autoridad alguna para legitimar su actuación. Abandona la tierra sagrada de Israel y marcha al desierto a gritar su mensaje.

Él concentra la fuerza de su mirada profética en la raíz de todo: el pecado y la rebeldía de Israel. Su diagnóstico es escueto y certero: la historia del pueblo elegido ha llegado a su fracaso total. El proyecto de Dios ha quedado frustrado. La crisis actual no es una más. Es el punto final al que se ha llegado en una larga cadena de pecados. El pueblo se encuentra ahora ante la reacción definitiva de Dios. Igual que los leñadores dejan al descubierto las raíces de un árbol antes de dar los golpes decisivos para derribarlo, así está Dios con “el hacha puesta a la raíz de los árboles” (Lucas 3,9 // Mateo 3,10). Es inútil que la gente quiera escapar de su “ira inminente”, como una camada de víboras que huyen del incendio que se les acerca: “Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente?”. (Lucas 3,7 // Mateo 3,7). Ya no se puede recurrir a los cauces tradicionales para reanudar la historia de salvación. De nada sirve ofrecer sacrificios de expiación. El pueblo se precipita hacia su fin.

Jesús queda seducido e impactado por esta visión grandiosa. Este hombre pone a Dios en el centro y en el horizonte de toda búsqueda de salvación. El templo, los sacrificios, las interpretaciones de la Ley, la pertenencia misma al pueblo escogido: todo queda relativizado. Solo una cosa es decisiva y urgente: convertirse a Dios y acoger su perdón. En contra de lo que se afirma de ordinario, parece que la estancia de Juan en el desierto tenía más el carácter simbólico de una “vida fuera de la tierra prometida” que el tono ascético de un penitente.

Juan coloca de nuevo al pueblo “en el desierto”. A las puertas de la tierra prometida, pero fuera de ella. La nueva liberación de Israel se tiene que iniciar allí donde había comenzado. Juan es la “voz que grita en el desierto: ‘Preparen el camino al Señor, nivelen sus senderos’”. Este conocido texto de Isaías 40,3 es citado por todos los evangelistas para hablar de Juan (Mateo 3,3; Marcos 1,3; Lucas 3,4 y Juan 1,23). Esta es su tarea: ayudar al pueblo a prepararle el camino a Dios, que ya llega. Dicho de otra manera, es “el mensajero” que de nuevo guía a Israel por el desierto y lo vuelve a introducir en la tierra prometida.

La conciencia de vivir alejados de Dios, la necesidad de conversión y la esperanza de salvarse en el “día final” llevaba a no pocos a buscar su purificación en el desierto. No era Juan el único. A menos de veinte kilómetros del lugar en que él bautizaba se levantaba el “monasterio” de Qumrán, donde una numerosa comunidad de “monjes” vestidos de blanco y obsesionados por la pureza ritual practicaban a lo largo del día baños y ritos de purificación en pequeñas piscinas dispuestas especialmente para ello. Sin embargo, el bautismo de Juan y, sobre todo, su significado eran absolutamente nuevos y originales. No es un rito practicado de cualquier manera. Hasta la aparición de Juan no existía entre los judíos la costumbre de bautizar a otros. Se conocía gran número de ritos de purificación e inmersiones, pero los que buscaban purificarse siempre se lavaban a sí mismos. Juan es el primero en atribuirse la autoridad de bautizar a otros. Así se describe el rito en Marcos 1,5: “Eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados”. No es un bautismo colectivo, sino individual: cada uno asume su propia responsabilidad. El “bautismo de Juan” es mucho más que un signo de conversión. Incluye el perdón de Dios.

Cuando se acercó al Jordán, Jesús se encontró con un espectáculo conmovedor: gentes venidas de todas partes se hacían bautizar por Juan, confesando sus pecados e invocando el perdón de Dios. En el Jordán se está iniciando la “restauración” de Israel. Los bautizados vuelven a sus casas para vivir de manera nueva, como miembros de un pueblo renovado, preparado para acoger la llegada ya inminente de Dios. Juan no se consideró nunca el Mesías de los últimos tiempos. Él solo era el que iniciaba la preparación. Su visión era fascinante. Juan pensaba en un proceso dinámico con dos etapas bien diferenciadas. El primer momento sería el de la preparación. Su protagonista es el Bautista, y tendrá como escenario el desierto. Vendría enseguida una segunda etapa que tendría lugar ya dentro de la tierra prometida. No estará protagonizada por el Bautista, sino por una figura misteriosa que Juan designa como “el más fuerte”. Al bautismo de agua le sucederá un “bautismo de fuego” que transformará al pueblo de forma definitiva y lo conducirá a una vida plena. En contra de lo que muchas veces se piensa, el Bautista no consideraba esta segunda etapa como “el final de este mundo”, sino como la renovación radical de Israel en una tierra transformada.

En un determinado momento, Jesús se acercó al Bautista, escuchó su llamada a la conversión y se hizo bautizar por él en las aguas del río Jordán. El hecho ocurrió en torno al año 28, y es uno de sus datos más seguros. Es innegable que Jesús fue bautizado por Juan. Para Jesús es un momento decisivo, pues significa un giro total en su vida. Aquel joven artesano oriundo de una pequeña aldea de Galilea no vuelve ya a Nazaret. En adelante se dedicará en cuerpo y alma a una tarea de carácter profético que sorprende a sus familiares y vecinos: jamás habían podido sospechar algo parecido cuando le tuvieron entre ellos.

La decisión Jesús de hacerse bautizar por Juan deja entrever algo de su búsqueda de Dios y de su misión. Si acepta el “bautismo de Juan”, esto significa que comparte su visión sobre la situación desesperada de Israel: el pueblo necesita una conversión radical para acoger el perdón de Dios. Pero Jesús comparte también y sobre todo la esperanza del Bautista. Le atrae la idea de preparar al pueblo para el encuentro con su Dios. Jesús no vuelve inmediatamente a Galilea, sino que permanece durante algún tiempo en el desierto junto al Bautista. Ignoramos cómo pudo ser la vida de los que se movían en el entorno de Juan.

El movimiento iniciado por el Bautista se empezaba a notar en todo Israel. Incluso los grupos tachados de indignos y pecadores, como los recaudadores de impuestos o las prostitutas, acogen su mensaje. Solo las élites religiosas y los herodianos del entorno de Antipas se resisten (Lucas 7,33// Mateo 11,18; Lucas 7,29-30 / / Mateo 21,21-32); Lucas 3,10-14.) De ordinario, todo entusiasmo del pueblo por un nuevo orden de cosas solía inquietar a los gobernantes. Por otra parte, el Bautista denunciaba con valentía el pecado de todos y no se detenía siquiera ante la actuación inmoral del rey. Juan se convierte en un profeta peligroso sobre todo cuando Herodes repudia a su esposa para casarse con Herodías, mujer de su hermanastro Filippo, a la que había conocido en Roma durante sus años juveniles.

La situación se hizo explosiva cuando el Bautista, que predica a menos de veinte kilómetros de la frontera con los nabateos, denuncia públicamente la actuación del rey, considerándola contraria a la Torá. Según nos informa Flavio Josefo, “Herodes temió que la enorme influencia de Juan en la gente indujera una especie de revuelta... y consideró mucho mejor eliminarlo antes que afrontar luego una situación difícil con la revuelta y lamentar la indecisión” (Antigüedades de los judíos 18,5, 2). Antes de que la situación empeorara, Antipas manda encarcelar al Bautista en la fortaleza de Maqueronte y, más tarde, lo ejecuta.

La muerte del Bautista tuvo que causar gran impacto. Con él desaparecía el profeta encargado de preparar a Israel para la venida definitiva de Dios. Todo el proyecto de Juan quedaba interrumpido. No había sido posible siquiera completar la primera etapa. La conversión de Israel quedaba inacabada. ¿Qué iba a pasar ahora con el pueblo? ¿Cómo iba a actuar Dios? Entre los discípulos y colaboradores de Juan todo es inquietud y desconcierto.

Jesús reacciona de manera sorprendente. No abandona la esperanza que animaba al Bautista, sino que la radicaliza hasta extremos insospechados. No sigue bautizando como otros discípulos de Juan, que continuaron su actividad después de muerto. Da por terminada la preparación que el Bautista ha impulsado hasta entonces y transforma su proyecto en otro nuevo. Nunca pone en duda la misión y autoridad de Juan, pero inicia un proyecto diferente para la renovación de Israel. En Jesús se va despertando una convicción: Dios va a actuar en esta situación desesperada de un modo insospechado.

Jesús comenzó a verlo todo desde un horizonte nuevo. Se ha terminado ya el tiempo de preparación en el desierto. Empieza la irrupción definitiva de Dios. Hay que situarse de manera diferente. Lo que Juan esperaba para el futuro empieza ya a hacerse realidad. Comienzan unos tiempos que no pertenecen a la época vieja de la preparación, sino a una era nueva. Llega ya la salvación de Dios. Lo que empieza ahora para este pueblo que no ha podido llevar a cabo su conversión no es el juicio de Dios, sino el gran don de su salvación. En esta situación desesperada el pueblo va a conocer la increíble compasión de Dios, no su ira destructora.

Pronto comienza Jesús a hablar un lenguaje nuevo: está llegando el “reino de Dios”. No hay que seguir esperando más, hay que acogerlo. Lo que a Juan le parecía algo todavía alejado, está ya irrumpiendo; pronto desplegará su fuerza salvadora. Hay que proclamar a todos esta “Buena Noticia”. El pueblo se ha de convertir, pero la conversión no va a consistir en prepararse para un juicio, como pensaba Juan, sino en “entrar” en el “reino de Dios” y acoger su perdón salvador.

Jesús ofrece el perdón a todos. No solo a los bautizados por Juan en el Jordán, también a los no bautizados. No desaparece en Jesús la idea del juicio, pero cambia totalmente su perspectiva. Dios llega para todos como salvador, no como juez. Pero Dios no fuerza a nadie; solo invita. Su invitación puede ser acogida o rechazada. Cada uno decide su destino. Unos escuchan la invitación, acogen el reino de Dios, entran en su dinámica y se dejan transformar; otros no

escuchan la buena noticia, rechazan el reino, no entran en la dinámica de Dios y se cierran a la salvación.

Jesús abandona el desierto que ha sido escenario de la preparación y se desplaza a la tierra habitada por Israel a proclamar y “escenificar” la salvación que se ofrece ya a todos con la llegada de Dios. Las gentes no tendrán ya que acudir al desierto como en tiempos de Juan. Será él mismo, acompañado de sus discípulos y colaboradores más cercanos, el que recorrerá la tierra prometida. Su vida itinerante por los poblados de Galilea y de su entorno será el mejor símbolo de la llegada de Dios, que viene como Padre a establecer una vida más digna para todos sus hijos.

Jesús abandona también el talante y la estrategia profética de Juan. La vida austera del desierto es sustituida por un estilo de vida festivo. Deja a un lado la forma de vestir del Bautista. Tampoco tiene sentido seguir ayunando. Ha llegado el momento de celebrar comidas abiertas a todos, para acoger y celebrar la vida nueva que Dios quiere instaurar en su pueblo. Jesús convierte el banquete compartido por todos en el símbolo más expresivo de un pueblo que acoge la plenitud de vida querida por Dios. A Juan lo llamaron “bautizador”, pues su actividad giraba en torno al bautismo en el Jordán. A Jesús lo llamaron “comilón” y “amigo de pecadores”, pues acostumbraba a celebrar la acogida de Dios comiendo con indeseables.

Para recibir el perdón no hay que subir al templo de Jerusalén a ofrecer sacrificios de expiación; tampoco es necesario sumergirse en las aguas del Jordán. Jesús lo ofrece gratis a quienes acogen el reino de Dios. Para proclamar su misericordia de una manera más sensible y concreta se dedicará a algo que Juan nunca hizo: curar enfermos que nadie curaba; aliviar el dolor de gentes abandonadas, tocar a leprosos que nadie tocaba, bendecir y abrazar a niños y pequeños. Todos han de sentir la cercanía salvadora de Dios, incluso los más olvidados y despreciados: los recaudadores, las prostitutas, los endemoniados, los samaritanos.

Con Jesús todo empieza a ser diferente. El temor al juicio deja paso al gozo de acoger a Dios, amigo de la vida. Ya nadie habla de su “ira” inminente. Jesús invita a la confianza total en un Dios Padre.

### **ACTUAR:**

- ¿Por qué es importante de cuando en cuando la soledad y el silencio?
- ¿Has hecho alguna vez algún retiro o Ejercicios Espirituales? ¿En qué te ayudaron? ¿Por qué los recomendarías?
- ¿Cómo podemos ayudar a otros a encontrarse con Dios?
- ¿Qué signos del reino de Dios encontramos en la parroquia? ¿Cómo podemos reconocerlos, celebrarlos, compartirlos?

## **Sesión 4: Jesús, profeta del reino de Dios**

### **VER:**

Se coloca al centro o al frente una imagen con el rostro de Jesús. A un lado y al otro se colocan algunos periódicos recientes. ¿Cuáles han sido las últimas noticias? Se pueden leer algunos de los titulares. Brevemente se comenta alguna. También se pueden reflexionar y contestar brevemente estas preguntas: ¿Quiénes son los profetas? ¿Cuál es su misión? ¿Por qué decimos que Jesús también fue un profeta? ¿En que pensamos cuando rezamos el Padre nuestro y decimos “venga a nosotros tu reino”?

### **PENSAR:**

Jesús deja el desierto, cruza el río Jordán y entra de nuevo en la tierra que Dios había regalado a su pueblo. Es en torno al año 28 y Jesús tiene unos treinta y dos años. No se dirige a Jerusalén ni se queda en Judea. Marcha directamente a Galilea. Lleva fuego en su corazón. Necesita anunciar a aquellas pobres gentes una noticia que le quema por dentro: Dios viene ya a liberar a su pueblo de tanto sufrimiento y opresión.

Jesús no se instala en su casa de Nazaret, sino que se dirige a la región del lago de Galilea. Las fuentes cristianas dicen escuetamente que Jesús “se volvió a Galilea. Dejó Nazaret y se fue a vivir a Cafarnaún, junto al mar” (Mateo 4,12-13). Cafarnaún era un pueblo de 600 a 1.500 habitantes, que se extendía por la ribera del lago, en el extremo norte de Galilea, tocando ya el territorio gobernado por Filipo. Probablemente Jesús lo elige como lugar estratégico desde donde puede desarrollar su actividad de profeta itinerante.

Jesús simpatiza pronto con las familias de pescadores de Cafarnaún. Le dejan sus barcas para moverse por el lago y para hablar a las gentes sentadas en la orilla. Pero él no se instala en Cafarnaún. Quiere difundir la noticia del reino de Dios por todas partes. No es posible reconstruir los itinerarios de sus viajes, pero sabemos que recorrió los pueblos situados en torno al lago: Cafarnaún, Magdala, Corozaín o Betsaida; visitó las aldeas de la Baja Galilea: Nazaret, Caná, Naín; llegó hasta las regiones vecinas de Galilea: Tiro y Sidón, Cesarea de Filipo y la Decápolis. Sin embargo, según las fuentes, evita las grandes ciudades de Galilea: Tiberíades, la nueva y espléndida capital, construida por Antipas a orillas del lago, a solo dieciséis kilómetros de Cafarnaún, y Séforis, la preciosa ciudad de la Baja Galilea, a solo seis kilómetros de Nazaret.

Cuando se desplaza con sus discípulos de una aldea a otra, buscan entre los vecinos personas dispuestas a proporcionarles comida y un sencillo alojamiento, seguramente en el patio de la casa. Al llegar a un pueblo, Jesús busca el encuentro con los vecinos. Recorre las calles como en otros tiempos, cuando trabajaba de artesano. Se acerca a las casas deseando la paz a las madres y a los niños que se encuentran en los patios, y sale al descampado para

hablar con los campesinos que trabajan la tierra. Su lugar preferido era, sin duda, la sinagoga o el espacio donde se reunían los vecinos, sobre todo los sábados. Allí rezaban, cantaban salmos, discutían los problemas del pueblo o se informaban de los acontecimientos más sobresalientes de su entorno. El sábado se leían y comentaban las Escrituras, y se oraba a Dios pidiendo la ansiada liberación. Era el mejor marco para dar a conocer la buena noticia del reino de Dios.

En estas aldeas de Galilea está el pueblo más pobre y desheredado, despojado de su derecho a disfrutar de la tierra regalada por Dios; aquí encuentra Jesús como en ninguna otra parte el Israel más enfermo y maltratado por los poderosos; aquí es donde Israel sufre con más rigor los efectos de la opresión. En las ciudades, en cambio, viven los que detentan el poder, junto con sus diferentes colaboradores: dirigentes, grandes terratenientes, recaudadores de impuestos. No son ellos los representantes del pueblo de Dios, sino sus opresores, los causantes de la miseria y del hambre de estas familias. La implantación del reino de Dios tiene que comenzar allí donde el pueblo está más humillado. Estas gentes pobres, hambrientas y afligidas son las “ovejas perdidas” que mejor representan a todos los abatidos de Israel.

La vida itinerante de Jesús en medio de ellos es símbolo vivo de su libertad y de su fe en el reino de Dios. No vive de un trabajo remunerado; no posee casa ni tierra alguna; no tiene que responder ante ningún recaudador; no lleva consigo moneda alguna con la imagen del César. Ha abandonado la seguridad del sistema para “entrar” confiadamente en el reino de Dios. Su vida itinerante al servicio de los pobres deja claro que el reino de Dios no tiene un centro de poder desde el que haya de ser controlado. No es como el Imperio, gobernado por Tiberio desde Roma, ni como la tetrarquía de Galilea, regida por Antipas desde Tiberíades, ni como la religión judía, vigilada desde el templo de Jerusalén por las élites sacerdotales. El reino de Dios se va gestando allí donde ocurren cosas buenas para los pobres.

Las fuentes nos dicen: Jesús “fue caminando de pueblo en pueblo y de aldea en aldea proclamando y anunciando la buena noticia del reino de Dios” (Lucas 8,1, 10). Sin temor a equivocarnos, podemos decir que la causa a la que Jesús dedica en adelante su tiempo, sus fuerzas y su vida entera es lo que él llama el “reino de Dios”. Es, sin duda, el núcleo central de su predicación, su convicción más profunda, la pasión que anima toda su actividad. Todo lo que dice y hace está al servicio del reino de Dios. Todo adquiere su unidad, su verdadero significado y su fuerza apasionante desde esa realidad. El reino de Dios es la clave para captar el sentido que Jesús da a su vida y para entender el proyecto que quiere ver realizado en Galilea, en el pueblo de Israel y, en definitiva, en todos los pueblos.

Aunque pueda sorprender a más de uno, Jesús solo habló del “reino de Dios”, no de la “iglesia”. El reino de Dios aparece 120 veces en los evangelios sinópticos; la iglesia solo dos veces (Mateo 16,18 y 18,17), Y obviamente no es un término empleado por Jesús. Lo dicen todas las fuentes. Jesús no enseña en Galilea una doctrina religiosa para que sus oyentes la aprendan bien. Anuncia un acontecimiento para que aquellas gentes lo acojan con gozo y con fe. Nadie ve en

él a un maestro dedicado a explicar las tradiciones religiosas de Israel. Se encuentran con un profeta apasionado por una vida más digna para todos, que busca con todas sus fuerzas que Dios sea acogido y que su reinado de justicia y misericordia se vaya extendiendo con alegría. Su objetivo no es perfeccionar la religión judía, sino contribuir a que se implante cuanto antes el tan añorado reino de Dios y, con él, la vida, la justicia y la paz.

Jesús no se dedica tampoco a exponer a aquellos campesinos nuevas normas y leyes morales. Les anuncia una noticia: "Dios ya está aquí buscando una vida más dichosa para todos. Hemos de cambiar nuestra mirada y nuestro corazón". Su objetivo no es proporcionar a aquellos vecinos un código moral más perfecto, sino ayudarles a intuir cómo es y cómo actúa Dios, y cómo va a ser el mundo y la vida si todos actúan como él. Eso es lo que les quiere comunicar con su palabra y con su vida entera.

Jesús sorprendió a todos con esta declaración: "El reino de Dios ya ha llegado". Su seguridad tuvo que causar verdadero impacto. Su actitud era demasiado audaz: ¿no seguía Israel dominado por los romanos? ¿No seguían los campesinos oprimidos por las clases poderosas? ¿No estaba el mundo lleno de corrupción e injusticia? Jesús, sin embargo, habla y actúa movido por una convicción sorprendente: Dios está ya aquí, actuando de manera nueva. Su reinado ha comenzado a abrirse paso en estas aldeas de Galilea. La fuerza salvadora de Dios se ha puesto ya en marcha. Él lo está ya experimentando y quiere comunicarlo a todos. Esa intervención decisiva de Dios que todo el pueblo está esperando no es en modo alguno un sueño lejano; es algo real que se puede captar ya desde ahora. Dios comienza a hacerse sentir. En lo más hondo de la vida se puede percibir ya su presencia salvadora.

No es difícil entender el escepticismo de algunos y el desconcierto de casi todos: ¿cómo se puede decir que el reino de Dios está ya presente? ¿Dónde puede ser visto o experimentado? ¿Cómo puede estar Jesús tan seguro de que Dios ha llegado ya? ¿Dónde le pueden ver aquellos galileos destruyendo a los paganos y poniendo justicia en Israel? ¿Dónde está el cataclismo final y las terribles señales que van a acompañar su intervención poderosa? Sin duda se lo plantearon más de una vez a Jesús. Su respuesta fue desconcertante: "El reino de Dios no viene de forma espectacular, ni se puede decir: 'Está aquí, o allí', porque el reino de Dios ya está en ustedes" (Lc 17, 20-21). La acogida del reino de Dios comienza en el interior de las personas en forma de fe en Jesús, pero se realiza en la vida de los pueblos en la medida en que el mal va siendo vencido por la justicia salvadora de Dios.

Jesús no pide a los campesinos que cumplan mejor su obligación de pagar los diezmos y primicias, no se dirige a los sacerdotes para que observen con más pureza los sacrificios de expiación en el templo, no anima a los escribas a que hagan cumplir la ley del sábado y demás prescripciones con más fidelidad. El reino de Dios es otra cosa. Lo que le preocupa a Dios es liberar a las gentes de cuanto las deshumaniza y les hace sufrir. El mensaje de Jesús impresionó desde el principio. Aquella manera de hablar de Dios provocaba entusiasmo en los

sectores más sencillos e ignorantes de Galilea. Era lo que necesitaban oír: Dios se preocupa de ellos.

Jesús no habla ya de la “ira de Dios”, como el Bautista, sino de su “compasión”. Dios no viene como juez airado, sino como padre de amor desbordante. La gente lo escucha asombrada, pues todos se estaban preparando para recibirlo como juez terrible. Jesús, por el contrario, busca la destrucción de Satán, símbolo del mal, pero no la de los paganos ni los pecadores. No se pone nunca de parte del pueblo judío y en contra de los pueblos paganos: el reino de Dios no va a consistir en una victoria de Israel que destruya para siempre a los gentiles. No se pone tampoco de parte de los justos y en contra de los pecadores: el reino de Dios no va a consistir en una victoria de los santos para hacer pagar a los malos sus pecados. Se pone a favor de los que sufren y en contra del mal, pues el reino de Dios consiste en liberar a todos de aquello que les impide vivir de manera digna y dichosa.

Jesús anuncia el reino de Dios poniendo en marcha un proceso de sanación tanto individual como social. Su intención de fondo es clara: curar, aliviar el sufrimiento, restaurar la vida. El evangelio de Juan pone en boca de Jesús una frase que resume bien el recuerdo que quedó de Jesús: “Yo he venido para que tengan vida, y vida abundante” (10,10). No cura de manera arbitraria o por puro sensacionalismo. Tampoco para probar su mensaje o reafirmar su autoridad. Cura “movido por la compasión”, para que los enfermos, abatidos y desquiciados experimenten que Dios quiere para todos una vida más sana. Así entiende su actividad curadora: “Si yo expulsé los demonios con el dedo de Dios, entonces es que ha llegado a ustedes el reino de Dios”. (Lucas 11,20 // Mateo 12,28).

Según un antiguo relato cristiano, cuando los discípulos del Bautista le preguntan: “¿Eres tú el que tenía que venir?”, Jesús se limita a exponer lo que está ocurriendo: “Vayan y cuenten a Juan lo que están oyendo y observando: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia” (Mateo 11,4-5 y Lucas 7,22). Jesús entiende que es Dios quien está actuando con poder y misericordia, curando a los enfermos y defendiendo la vida de los desgraciados. Esto es lo que está sucediendo, aunque vaya en contra de las previsiones del Bautista y de otros muchos. No se están cumpliendo las amenazas anunciadas por los escritores apocalípticos, sino lo prometido por el profeta Isaías, que anunciaba la venida de Dios para liberar y curar a su pueblo (Isaías 35,5-6; 61,1).

Según los evangelistas, Jesús despide a los enfermos y pecadores con este saludo: “Vete en paz” (Marcos 5,34; Lucas 7,50; 8,48.), disfruta de la vida. Jesús les desea lo mejor: salud integral, bienestar completo, una convivencia dichosa en la familia y en la aldea, una vida llena de las bendiciones de Dios. El término hebreo shalom o “paz” indica la felicidad más completa; lo más opuesto a una vida indigna, desdichada, maltratada por la enfermedad o la pobreza. Siguiendo la tradición de los grandes profetas, Jesús entiende el reino de Dios como un reino de vida y de paz. Su Dios es “amigo de la vida” (Cf. Sabiduría 11,26).

Jesús solo llevó a cabo un puñado de curaciones. Por las aldeas de Galilea y Judea quedaron otros muchos ciegos, leprosos y endemoniados sufriendo sin remedio su mal. Solo una pequeña parte experimentó su fuerza curadora. Nunca pensó Jesús en los “milagros” como una fórmula mágica para suprimir el sufrimiento en el mundo, sino como un signo para indicar la dirección en la que hay que actuar para acoger e introducir el reino de Dios en la vida humana. Cuando Jesús confía su misión a sus seguidores, les encomienda invariablemente dos tareas: “anunciar que el reino está cerca” y “curar a los enfermos”. Por eso Jesús no piensa solo en las curaciones de personas enfermas. Toda su actuación está encaminada a generar una sociedad más saludable: su rebeldía frente a comportamientos patológicos de raíz religiosa como el legalismo, el rigorismo o el culto vacío de justicia; su esfuerzo por crear una convivencia más justa y solidaria; su ofrecimiento de perdón a gentes hundidas en la culpabilidad; su acogida a los maltratados por la vida o la sociedad; su empeño en liberar a todos del miedo y la inseguridad para vivir desde la confianza absoluta en Dios. La misericordia de Dios está urgiendo antes que nada a que se haga justicia a los más pobres y humillados. Por eso la venida de Dios es una suerte para los que viven explotados, mientras se convierte en amenaza para los causantes de esa explotación.

Si Jesús hubiera dicho que el reino de Dios llegaba para hacer felices a los justos, hubiera tenido su lógica y todos le habrían entendido, pero que Dios esté a favor de los pobres, sin tener en cuenta su comportamiento moral, resulta escandaloso. ¿Es que los pobres son mejores que los demás, para merecer un trato privilegiado dentro del reino de Dios? Jesús nunca alabó a los pobres por sus virtudes o cualidades. Probablemente aquellos campesinos no eran mejores que los poderosos que los oprimían; también ellos abusaban de otros más débiles y exigían el pago de las deudas sin compasión alguna. Al proclamar las bienaventuranzas, Jesús no dice que los pobres son buenos o virtuosos, sino que están sufriendo injustamente. Si Dios se pone de su parte, no es porque se lo merezcan, sino porque lo necesitan. Dios, Padre misericordioso de todos, no puede reinar sino haciendo ante todo justicia a los que nadie se la hace. Esto es lo que despierta una alegría grande en Jesús: ¡Dios defiende a los que nadie defiende!

Ciertamente, el reino de Dios no era para Jesús algo vago o etéreo. La irrupción de Dios está pidiendo un cambio profundo. Si anuncia el reino de Dios es para despertar esperanza y llamar a todos a cambiar de manera de pensar y de actuar. Para hablar de la “conversión” que pide Jesús, los evangelios utilizan el verbo *metanoein*, que significa cambiar de manera de “pensar” y de “actuar”. Hay que “entrar” en el reino de Dios, dejarse transformar por su dinámica y empezar a construir la vida tal como la quiere Dios.

Por lo que podemos saber, Jesús nunca tuvo en su mente una estrategia concreta de carácter político o religioso para ir construyendo el reino de Dios. Aunque los cristianos de hoy hablan de “construir” o “edificar” el reino de Dios, Jesús no emplea nunca este lenguaje. Lo importante, según él, es que todos reconozcan a Dios y “entren” en la dinámica de su reinado. “Entrar” en el reino de Dios quiere decir construir la vida no como quiere Tiberio, las familias herodianas

o los ricos terratenientes de Galilea, sino como quiere Dios. Por eso, “entrar” en su reino es “salir” del imperio que tratan de imponer los “jefes de las naciones” y los poderosos del dinero.

Jesús anuncia el reino de Dios como una realidad que exige la restauración de la justicia social. Jesús invita a “entrar” ahora mismo en el reino de Dios, pero al mismo tiempo enseña a sus discípulos a vivir gritando: “Venga a nosotros tu reino”. Jesús habla con toda naturalidad del reino de Dios como algo que está presente y al mismo tiempo como algo que está por llegar. No siente contradicción alguna. El reino de Dios no es una intervención puntual, sino una acción continuada del Padre que pide una acogida responsable, pero que no se detendrá, a pesar de todas las resistencias, hasta alcanzar su plena realización. Está “germinando” ya un mundo nuevo, pero solo en el futuro alcanzará su plena realización.

## **ACTUAR:**

- ¿Qué situaciones denunciaría Jesús en nuestros días?
- ¿Cómo se puede traducir la buena nueva del reino de Dios en nuestra realidad concreta?
- ¿Cómo podemos nosotros anunciar y entrar en la dinámica del reino de Dios?
- Al final de la sesión se pueden hacer peticiones muy concretas sobre lo que vimos en los periódicos o estamos viviendo. Todos respondemos: “Venga a nosotros tu reino”.

## Sesión 5: Jesús, poeta de la compasión

### VER:

Se colocan en un periódico mural o en un power point una serie de imágenes sobre la pobreza en el mundo, de algún desastre natural, de conflictos bélicos... rostros de niños desamparados, de gente enferma o sufriendo... de personas que están en la cárcel, que son violentadas, que emigran, que claman justicia... rostros que muestren angustia, soledad o desesperación... Se pueden acompañar con la canción de *Sólo le pido a Dios*. Guardamos un rato de silencio. Compartimos: ¿Qué me dicen estas imágenes? ¿Qué me provocan? ¿Cómo me interpelan? ¿Qué palabra diría? ¿A qué me convocan estas imágenes?

### PENSAR:

Jesús no explicó directamente su experiencia del reino de Dios. Al parecer no le resultaba fácil comunicar por medio de conceptos lo que vivía en su interior. No utilizó el lenguaje de los escribas para dialogar con los campesinos de Galilea. Tampoco sabía hablar con el estilo solemne de los sacerdotes de Jerusalén. Acudió al lenguaje de los poetas. Con creatividad inagotable, inventaba imágenes, concebía bellas metáforas, sugería comparaciones y, sobre todo, narraba con maestría parábolas que cautivaban a las gentes. Adentrarnos en el fascinante mundo de estos relatos es el mejor camino para “entrar” en su experiencia del reino de Dios.

El lenguaje de Jesús es inconfundible. No hay en sus palabras nada artificial o forzado; todo es claro y sencillo. No necesita recurrir a ideas abstractas o frases complicadas; comunica lo que vive. Su palabra se transfigura al hablar de Dios a aquellas gentes del campo. Necesita enseñarles a mirar la vida de otra manera: “Dios es bueno; su bondad lo llena todo; su misericordia está ya irrumpiendo en la vida”. Es toda Galilea la que se refleja en su lenguaje, con sus trabajos y sus fiestas, su cielo y sus estaciones, con sus rebaños y sus viñas, con sus siembras y sus siegas, con su hermoso lago y con la población de sus pescadores y campesinos. A veces les hace mirar de manera nueva el mundo que tienen ante sus ojos; otras veces les enseña a ahondar en su propia experiencia. En el fondo de la vida pueden encontrar a Dios. Les dice con emoción: “Miren los cuervos; no siembran ni cosechan, no tienen despensa ni granero, ¡Y Dios los alimenta! ¡Cuánto más valen ustedes que los pájaros! Miren los lirios, cómo crecen: no trabajan ni hilan. Pero yo les digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Si a la hierba del campo, que hoy existe y mañana es arrojada al fuego, Dios la viste así, ¡cuánto más a ustedes, hombres y mujeres de poca fe!” (Lucas 12,24.27-28 // Mateo 6,26.28-30). Tal vez, con la imagen de los cuervos se dirige a los varones, que saben lo que es sembrar, cosechar y construir graneros; con la imagen de los lirios habla a las mujeres, que entienden de tejer, hilar y confeccionar vestidos. Si Dios cuida de unas aves tan poco atractivas como

los cuervos, y adorna con tanto primor unas flores tan poco apreciadas como los lirios, ¿cómo no va a cuidar de sus hijos e hijas?

Se fija luego en los gorriones, los pájaros más pequeños de Galilea, y vuelve a pensar en Dios. Los están vendiendo en el mercado de alguna aldea, pero Dios no los olvida: “¿No se venden dos gorriones por un as? Pues ni uno cae en tierra sin el consentimiento de su Padre. ¡Hasta los cabellos de su cabeza están todos contados! No tengan miedo. Ustedes valen más que una bandada de pajarillos” (Lucas 12,6-7 // Mateo 10,29-31). Estas imágenes tan vivas y concretas para expresar la ternura y el cuidado de Dios por los humanos provienen de Jesús. Jesús capta la ternura de Dios hasta en lo más frágil: los pajarillos más pequeños del campo o los cabellos de las personas.

¡Dios es bueno! A Jesús no le hacen falta muchos argumentos para intuirlo. ¿Cómo no va a ser mejor que nosotros? En alguna ocasión, hablando con un grupo de padres y madres, les pide que recuerden su propia experiencia: “¿Hay acaso alguno entre ustedes que, cuando su hijo le pide pan, le dé una piedra, o si le pide un pez le dé una culebra? Pues si ustedes, siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más su Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan?” (Lucas 11,11-13// Mateo 7,9-11).

Este lenguaje poético que Jesús emplea para hablar de Dios no les era del todo desconocido a aquellos campesinos. También Oseas, Isaías, Jeremías y otros profetas habían hablado así: en la poesía encontraban la fuerza más vigorosa para sacudir las conciencias y despertar los corazones hacia el misterio del Dios vivo. Lo que les resulta más original y sorprendente son las parábolas que Jesús cuenta mientras les muestra los campos sembrados de Galilea o les pide fijarse en las redes llenas de peces que los pescadores de Cafarnaúm van sacando del lago. No era tan fácil encontrar en las Escrituras sagradas relatos que hicieran pensar en algo parecido.

En las fuentes cristianas se han conservado cerca de cuarenta parábolas con un relato más o menos desarrollado, junto a una veintena de imágenes y metáforas que se han quedado en un esbozo o apunte de parábola. Son solo una muestra reducida de todas las que pronunció Jesús. Como es natural, se conservaron los relatos que más repitió o los que con más fuerza se grabaron en el corazón y el recuerdo. Solo Jesús pronuncia parábolas sobre el “reino de Dios”. Los maestros de la ley empleaban en su enseñanza relatos muy parecidos a las parábolas de Jesús en su forma y contenido, pero con una función muy distinta. Por lo general, los rabinos parten de un texto bíblico que desean explicar a sus discípulos, y recurren a una parábola para exponer cuál es la verdadera interpretación de la ley. Esta es la diferencia fundamental: los rabinos se mueven en el horizonte de la ley; Jesús, en el horizonte del reino de Dios que está ya irrumpiendo en Israel.

¿Para qué cuenta Jesús sus parábolas? Ciertamente, aunque es un maestro en componer bellos relatos, no lo hace para recrear los oídos y el corazón de aquellos campesinos. Tampoco pretende ilustrar su doctrina para que estas gentes sencillas puedan captar elevadas enseñanzas que, de lo contrario, nunca

lograrían comprender. En realidad, sus parábolas no tienen una finalidad propiamente didáctica. Lo que Jesús busca no es transmitir nuevas ideas, sino poner a las gentes en sintonía con experiencias que estos campesinos o pescadores conocen en su propia vida y que les pueden ayudar a abrirse al reino de Dios. Jesús mismo explica lo que quiere: “¿Con qué compararemos el reino de Dios o a qué parábola recurriremos?” (Marcos 4,30). Las parábolas comienzan a veces con una introducción muy significativa: “Con el reino de Dios sucede como con un grano de mostaza, que...” (Mateo 13,33). Con sus parábolas, Jesús, a diferencia del Bautista, que nunca contó parábolas en el desierto, trata de acercar el reino de Dios a cada aldea, cada familia, cada persona. Por medio de estos relatos cautivadores va removiendo obstáculos y eliminando resistencias para que estas gentes se abran a la experiencia de un Dios que está llegando a sus vidas. Cada parábola es una invitación apremiante a pasar de un mundo viejo, convencional y sin apenas horizonte a un “país nuevo”, lleno de vida, que Jesús está ya experimentando y que él llama “reino de Dios”. Estos afortunados campesinos y pescadores escuchan sus relatos como una llamada a entender y experimentar la vida de una manera completamente diferente. La de Jesús.

Con las parábolas de Jesús “sucede” algo que no se produce en las minuciosas explicaciones de los maestros de la ley. Jesús “hace presente” a Dios irrumpiendo en la vida de sus oyentes. Sus parábolas conmueven y hacen pensar; tocan su corazón y les invitan a abrirse a Dios; sacuden su vida convencional y crean un nuevo horizonte para acogerlo y vivirlo de manera diferente. La gente las escucha como una “buena noticia”, la mejor que pueden oír de boca de un profeta.

Al parecer, Jesús no explica el significado de sus parábolas ni antes ni después de su relato; no recapitula su contenido ni lo aclara recurriendo a otro lenguaje. Es la misma parábola la que ha de penetrar con fuerza en quien la escucha. Jesús tiene la costumbre de repetir: “Quien tenga oídos para oír, que oiga”. En otras palabras: “El que tenga orejas, que las use”, una expresión auténtica de Jesús, que refleja la cultura oral en la que se mueve. Su mensaje está ahí, abierto a todo el que lo quiera escuchar. No es algo misterioso, esotérico o enigmático. Es una “buena noticia” que pide ser escuchada. Quien la oye como espectador no capta nada; quien se resiste, se queda fuera. Por el contrario, el que entra en la parábola y se deja transformar por su fuerza está ya “entrando” en el reino de Dios.

Jesús encontró una buena acogida en aquellas gentes de Galilea, pero seguramente a nadie le resultaba fácil creer que el reino de Dios estaba llegando. No veían nada especialmente grande en lo que hacía Jesús. Se esperaba algo más espectacular. ¿Dónde están aquellas “señales extraordinarias” de las que hablaban los escritores apocalípticos? ¿Dónde se puede ver la fuerza terrible de Dios? ¿Cómo puede asegurarles Jesús que el reino de Dios está ya entre ellos?

Jesús tuvo que enseñarles a “captar” la presencia salvadora de Dios de otra manera, y comenzó sugiriendo que la vida es más que lo que se ve. Mientras nosotros vamos viviendo de manera distraída lo aparente de la vida, algo misterioso está sucediendo en el interior de la existencia. Jesús les muestra los campos de Galilea: mientras ellos marchan por aquellos caminos sin ver nada

especial, algo está ocurriendo bajo esas tierras, que transformará la semilla sembrada en hermosa cosecha. Lo mismo sucede en el hogar: mientras discurre la vida cotidiana de la familia, algo está ocurriendo secretamente en el interior de la masa de harina, preparada al amanecer por las mujeres; pronto todo el pan quedará fermentado. Así sucede con el reino de Dios. Su fuerza salvadora está ya actuando en el interior de la vida transformándolo todo de manera misteriosa. ¿Será la vida como la ve Jesús? ¿Estará Dios actuando calladamente en el interior de nuestro propio vivir? ¿Estará ahí el secreto último de la vida?

Tal vez la parábola que más desconcertó a todos fue la de la semilla de mostaza: “Con el reino de Dios sucede como con un grano de mostaza. Es más pequeña que cualquier semilla que se siembra en la tierra, pero, una vez sembrada, crece y se hace mayor que todos los arbustos, y echa ramas tan grandes que los pájaros del cielo anidan a su sombra”. (Cf. Marcos 4,31-32 // Mateo 13,31b-32 // Lucas 13,19). Jesús podía haber hablado de una higuera, una palmera o una viña, como lo hacía la tradición. Pero, de manera sorprendente, elige intencionadamente la semilla de mostaza, considerada proverbialmente como la más pequeña de todas: un grano del tamaño de una cabeza de alfiler, que se convierte con el tiempo en un arbusto de tres o cuatro metros, en el que, por abril, se cobijan pequeñas bandadas de jilgueros, muy aficionados a comer sus granos. Los campesinos podían contemplar la escena cualquier atardecer. El lenguaje de Jesús es desconcertante y sin precedentes. Todos esperaban la llegada de Dios como algo grande y poderoso. Se recordaba de manera especial la imagen del profeta Ezequiel, que hablaba de un “cedro magnífico” plantado por Dios en “una montaña elevada y excelsa”, que “echaría ramaje y produciría fruto”, sirviendo de abrigo a toda clase de pájaros y aves del cielo (Cf. Ezequiel 17,22-23). Para Jesús, la verdadera metáfora del reino de Dios no es el cedro, que hace pensar en algo grandioso y poderoso, sino la mostaza, que sugiere algo débil, insignificante y pequeño.

La parábola les tuvo que llegar muy adentro. ¿Cómo podía comparar Jesús el poder salvador de Dios con un arbusto salido de una semilla tan pequeña? ¿Había que abandonar la tradición que hablaba de un Dios grande y poderoso? ¿Había que olvidarse de sus grandes hazañas del pasado y estar atentos a un Dios que está ya actuando en lo pequeño e insignificante? ¿Tendría razón Jesús? Cada uno tenía que decidir: o seguir esperando la llegada de un Dios poderoso y terrible, o arriesgarse a creer en su acción salvadora presente en la actuación humilde de Jesús.

Con el reino de Dios sucede también como con un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. (Cf. Mateo 20,1-15). La parábola de Jesús parece contradecir todo. ¿Será verdad que Dios no está tan pendiente de los méritos de las personas, sino que está mirando más bien cómo responder a sus necesidades? Qué suerte si Dios fuera así: todos podrían confiar en él, aunque sus méritos fueran muy pobres. Pero ¿no es peligroso abrirse a ese mundo increíble de la misericordia de Dios, que parece escapar a todo cálculo? ¿No es más seguro y tranquilizador, sobre todo para los que son fieles a la ley, no

salirse de la religión del templo donde deberes, méritos y pecados están bien definidos?

No era fácil aceptar el mensaje de Jesús, pero la gente empezaba a intuir las exigencias del reino de Dios. Si Dios es como ese padre tan acogedor y comprensivo con su hijo perdido, tiene que cambiar mucho la actitud de las familias y de las aldeas hacia los jóvenes rebeldes que no solo se echan a perder a sí mismos, sino que ponen en peligro la solidaridad y el honor de todos los vecinos. Si Dios se parece a ese dueño de la viña que quiere pan para todos, incluso para los que han quedado sin trabajo, habrá que acabar con la explotación de los grandes propietarios y las rivalidades entre los jornaleros, para buscar una vida más solidaria y digna para todos. Si Dios, en el mismo templo, acoge y declara justo a un recaudador deshonesto que se confía a su misericordia, habrá que revisar y replantear de manera nueva esa religión que bendice a los observantes y maldice a los pecadores, abriendo entre ellos un abismo casi infranqueable. Si la misericordia de Dios puede llegar hasta un herido caído en el camino no a través de los representantes religiosos de Israel, sino por la actuación compasiva de un hereje samaritano, habrá que suprimir sectarismos y odios seculares para empezar a mirarse recíprocamente con ojos compasivos y corazón atento al sufrimiento de los abandonados en las cunetas. Sin estos cambios nunca reinará Dios en Israel.

Jesús les dice expresamente: “Sean compasivos como su Padre es compasivo” (Lucas 6,36). En Mateo leemos: “Sean buenos del todo, como también su Padre del cielo es bueno del todo”. Los dos evangelistas transmiten con matices diferentes el pensamiento de Jesús. Para acoger el reino de Dios no es preciso marchar al desierto de Qumrán a crear una “comunidad santa”, no hay que encerrarse en la observancia escrupulosa de la ley al estilo de los grupos fariseos, no hay que soñar en levantamientos violentos contra Roma, como algunos sectores impacientes, no hay que potenciar la religión del templo, como quieren los sacerdotes de Jerusalén. Lo que hay que hacer es introducir en la vida de todos la compasión, una compasión parecida a la de Dios; hay que mirar con ojos compasivos a los hijos perdidos, a los excluidos del trabajo y del pan, a los delincuentes incapaces de rehacer su vida, a las víctimas caídas en las cunetas. Hay que implantar la misericordia en las familias y en las aldeas, en las grandes propiedades de los terratenientes, en el sistema religioso del templo, en las relaciones entre Israel y sus enemigos.

Jesús contó diversas parábolas para ayudar a la gente a ver en la misericordia el mejor camino para entrar en el reino de Dios (Cf. Lc 15, 1-32). Tal vez lo primero era entender y compartir la alegría de Dios cuando una persona perdida es salvada y recupera su dignidad. Jesús quería meter en el corazón de todos algo que él llevaba muy dentro: los perdidos le pertenecen a Dios; él los busca apasionadamente y, cuando los encuentra, su alegría es incontenible. Todos nos deberíamos alegrar con él.

Jesús no sabía ya cómo invitar a las gentes a alegrarse y gozar de la misericordia de Dios. Algunos, lejos de alegrarse por su acogida a prostitutas y pecadores, lo descalificaban por sus comidas con gente indeseable. El Bautista ha

predicado el mensaje amenazador del juicio de Dios, invitando al pueblo a la penitencia con su vida austera de ayuno, y algunos han dicho: “Tiene un demonio”. Ahora está Jesús invitando a todos a alegrarse por la misericordia de Dios con los pecadores, como él, que come y bebe con ellos, y la gente dice: “Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de recaudadores y gente pecadora” (Lucas 7,33-34/ / Mateo 11,18-19). Jesús les reta entonces con un ejemplo muy gráfico: son como niños y niñas que no entran en el juego cuando son invitados por sus compañeros.

Jesús conocía bien los juegos de los niños; los ha observado más de una vez en las plazas de los pueblos, pues le encanta estar cerca de los pequeños. Las niñas solían jugar “a entierros”: un grupo cantaba cantos apropiados y otro lloraba y se lamentaba al modo de las plañideras. Los niños jugaban “a bodas”: unos tocaban algún instrumento y otros bailaban. El juego es imposible si uno de los grupos se niega a tomar parte. Algo de esto está sucediendo. Jesús quiere poner a todos “danzando de alegría” por la misericordia de Dios hacia los pecadores y extraviados, pero hay gente que no quiere tomar parte en el juego.

Dios llega ofreciendo a todos su perdón y su misericordia. Su reinado está llamado a inaugurar una dinámica de perdón y compasión recíproca. Jesús ya no sabe vivir de otra manera.

## **ACTUAR:**

- ¿Por qué Jesús hablaba en parábolas?
- ¿Cuáles serían los medios actuales para sensibilizar, hacer conciencia y comunicar la buena nueva del Reino?
- ¿Cómo podemos nosotros -en la parroquia, en las comunidades y en nuestras familias- vivir como Jesús la compasión y la misericordia?

## Sesión 6: Jesús, curador de la vida

### VER:

Se coloca al centro una imagen de Jesús y a su lado algunas medicinas, microdosis, aceites y material de curación.

- ¿Cuáles son los principales problemas de salud pública en nuestra región?
- ¿De qué manera acompañamos a los enfermos de nuestras comunidades?
- ¿Qué estamos haciendo en la parroquia para promover y cuidar la salud? (Se pueden invitar a uno o dos promotores de salud de la parroquia para que nos hablen de la Medicina alternativa).

### PENSAR:

El poeta de la misericordia de Dios hablaba con parábolas, pero también con hechos. Los campesinos de Galilea pudieron comprobar que Jesús, lleno del Espíritu de Dios, recorría sus aldeas curando enfermos, expulsando demonios y liberando a las gentes del mal, la indignidad y la exclusión. La misericordia de Dios no es una bella teoría sugerida por sus parábolas. Es una realidad fascinante: junto a Jesús, los enfermos recuperan la salud, los poseídos por el demonio son rescatados de su mundo oscuro y tenebroso. Él los integra en una sociedad nueva, más sana y fraterna, mejor encaminada hacia la plenitud del reino de Dios.

Jesús seguía sorprendiendo a todos: Dios está llegando, pero no como el “Dios de los justos”, sino como el “Dios de los que sufren”. El Dios que quiere reinar entre los hombres y mujeres es un “Dios que sana”. Así dice una antigua tradición de Israel: “Yo soy Yahvé, el que te sana” (Éxodo 15, 26). Las fuentes cristianas lo afirman de manera unánime: “Recorría toda Galilea... proclamando la buena noticia del reino y curando toda enfermedad y dolencia en el pueblo” (Mateo 4,23. también Marcos 1,39; Mateo 9,35; Lucas 6,18, etc.).

Jesús proclama el reino de Dios poniendo salud y vida en las personas y en la sociedad entera. Lo que Jesús busca, antes que nada, entre aquellas gentes de Galilea no es reformar su vida religiosa, sino ayudarles a disfrutar de una vida más sana y más liberada del poder del mal. En la memoria de los primeros cristianos quedó grabado este recuerdo de Jesús: “Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hechos de los Apóstoles 10,38).

En cada cultura se vive la enfermedad de manera diferente. No es lo mismo enfermar en la sociedad occidental de nuestros días o estar enfermo en la Baja Galilea de los años treinta del siglo I. La enfermedad no es solo un hecho biológico. Al mismo tiempo es una experiencia que el enfermo interpreta, vive y

sufre según el modelo cultural de la sociedad en que vive. ¿Cómo se vivía la enfermedad en aquellas aldeas que recorría Jesús?, ¿cómo les afectaba a aquellos campesinos?, ¿cómo reaccionaban sus familiares y vecinos?, ¿qué hacían para recuperar la salud?

Los enfermos a los que Jesús se acerca padecen dolencias propias de un país pobre y subdesarrollado: entre ellos hay ciegos, paralíticos, sordomudos, enfermos de la piel, desquiciados. Muchos son enfermos incurables, abandonados a su suerte e incapacitados para ganarse el sustento; viven arrastrando su vida en una situación de mendicidad que roza la miseria y el hambre. Jesús los encuentra tirados por los caminos, a la entrada de los pueblos o en las sinagogas, tratando de conmovir el corazón de la gente.

Los enfermos de Galilea, como los de todos los tiempos, se hacían la pregunta que brota espontáneamente desde toda enfermedad grave: “¿Por qué?”, “¿por qué yo?”, “¿por qué ahora?”. Aquellos campesinos no consideraban su mal desde un punto de vista médico, sino religioso. No se detienen en buscar el origen de su enfermedad en algún factor de carácter orgánico; les preocupa sobre todo lo que aquel mal significa. Si Dios, el creador de la vida, les está retirando su espíritu vivificador, es señal de que los está abandonando. ¿Por qué?

Según la mentalidad semita, Dios está en el origen de la salud y de la enfermedad. Él dispone de todo como señor de la vida y de la muerte. En el libro del Deuteronomio se puede leer un cántico, de rasgos arcaicos, atribuido a Moisés, donde Yahvé dice así: “Yo doy la muerte y la vida, yo causo la herida y la cura, y no hay quien se libre de mi mano” (32,39). Por eso los israelitas entienden que una vida fuerte y vigorosa es una vida bendecida por Dios; una vida enferma, lisiada o mutilada es una maldición. En las aldeas que visitaba Jesús, la gente veía de ordinario en la ceguera, la lepra o cualquier otro tipo de enfermedad grave el castigo de Dios por algún pecado o infidelidad. Según el evangelio de Juan, al ver a un ciego de nacimiento, los discípulos preguntan a Jesús: “Rabí, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido así?” (9,2). Por el contrario, la curación siempre era vista como una bendición de Dios. Por eso, como Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, el pueblo de Israel esperaba que la intervención final de Dios traería una vida llena de salud para todos: “En aquel tiempo, nadie dirá: “Estoy enfermo, porque al pueblo le será perdonada su culpa” (Isaías 33,24).

Estos enfermos, considerados como abandonados por Dios, provocan dentro del “pueblo elegido” malestar y turbación. ¿Por qué Dios no los bendice como a los demás? ¿Por qué les retira su aliento de vida? Probablemente su vida no le agrada. Por ello su presencia en el “pueblo santo” de Dios ha de ser vigilada. Es mejor tenerlos excluidos en mayor o menor grado de la convivencia religiosa y social. Según la tradición de Israel, “los cojos y ciegos no han de entrar en la casa de Dios” (Se trata de un dicho popular recogido en el segundo libro de Samuel 15,8.). En los escritos de Qumrán se acentúa mucho más esta exclusión: los ciegos y sordos son considerados poco respetables, pues “quien no ve ni oye, no sabe practicar la ley”; los ciegos deben ser excluidos no solo del templo, sino también de la ciudad de Jerusalén: “Ningún ciego entrará en ella durante toda su vida;

no profanará la ciudad santa en cuyo centro habito yo". La exclusión del templo, lugar santo donde habita Dios, recuerda de manera implacable a los enfermos lo que ya perciben en el fondo de su enfermedad: Dios no los quiere como a los demás.

Los "leprosos", por su parte, son separados de la comunidad no por temor al contagio, sino porque son considerados "impuros" que pueden contaminar a quienes pertenecen al pueblo santo de Dios. La prescripción era cruel: "El afectado por la lepra... irá gritando: "Impuro, impuro". Todo el tiempo que le dure la llaga quedará impuro. Es impuro y vivirá aislado". (Levítico 13,45-46). En una sociedad como la de Galilea, donde el individuo solo puede vivir integrado en su familia y su aldea, esta exclusión significa una tragedia. La mayor angustia del leproso es pensar que tal vez ya no pueda volver nunca a su comunidad.

Abandonados por Dios y por los hombres, estigmatizados por sus vecinos, excluidos en buena parte de la convivencia, estos enfermos constituyen, probablemente, el sector más marginado de la sociedad. Pero, ¿están realmente abandonados por Dios o tienen un lugar privilegiado en su corazón de Padre? El dato histórico es incuestionable: Jesús se dedica a ellos antes que a nadie. Se acerca a los que se consideran abandonados por Dios, toca a los leprosos que nadie toca, despierta la confianza en aquellos que no tienen acceso al templo y los integra en el pueblo de Dios tal como él lo entiende. Estos tienen que ser los primeros en experimentar la misericordia del Padre y la llegada de su reino. Su curación es la mejor "parábola" para que todos comprendan que Dios es, antes que nada, el Dios de los que sufren el desamparo y la exclusión.

Todo enfermo anhela liberarse un día de su enfermedad para disfrutar de nuevo de una vida sana. Pero, ¿qué podían hacer los enfermos y enfermas de aquellas aldeas para recuperar su salud? Al verse enfermo, el israelita acudía por lo general a Dios. Examinaba su vida, confesaba ante él sus pecados y le pedía la curación. Podía recitar uno de tantos salmos compuestos por enfermos y que estaban recogidos en las Escrituras: "Ten piedad de mí, Señor, sáname, que he pecado contra ti" (Salmo 40,5). La familia era la primera en atender a su enfermo. Los padres y familiares más cercanos, el patrón de la casa o los mismos vecinos ayudaban al enfermo a reconocer su pecado e invocar a Dios. Al mismo tiempo buscaban a algún curador de los alrededores.

En los escritos evangélicos se puede observar cómo los parientes se preocupan de sus enfermos (Marcos 1,30); los padres y las madres se preocupan de sus hijos (Marcos 7,25; 9,17-18); los patronos hacen lo posible por ver curados a sus criados (Lucas 7,2-10); incluso los vecinos buscan la curación de los enfermos de la aldea (Marcos 2,3-4).

Al parecer, no podían acudir a médicos profesionales. La medicina griega, impulsada por Hipócrates (450-350 a. C.), se había extendido por la cuenca del Mediterráneo y había penetrado probablemente en ciudades importantes como Tiberíades, Séforis o las de la Decápolis, pero no en las aldeas de Galilea. En la medicina hipocrática no se invocaba el poder curador de los dioses, sino que, basándose en alguna teoría del cuerpo humano, se detectaba la enfermedad, se

diagnosticaban las causas y se buscaba algún remedio que ayudara a recobrar el equilibrio del cuerpo.

Es muy conocido el tratado *De medicina*, de Celso, nacido unos veinte años antes de Jesús y muerto tres o cuatro años después de su crucifixión, donde se recoge una amplia información de las teorías y prácticas médicas de su tiempo. Sin embargo, la figura señera de la medicina romana será Galeno (130-200). La postura tradicional de los israelitas ante este tipo de medicina había sido de recelo, pues solo Dios es fuente de salud. Pero ya en tiempos de Jesús las cosas habían cambiado. Algunos sabios judíos recomendaban acudir a los médicos, pues “hay momentos en que la solución está en sus manos”. Así dice Ben Sirá en un escrito redactado entre 190-180 a. C. (Eclesiástico 38,1-15). Por desgracia para los enfermos de Galilea, los médicos no estaban al alcance de sus posibilidades: vivían lejos de las aldeas y sus honorarios eran demasiado elevados.

El hecho es históricamente innegable: Jesús fue considerado por sus contemporáneos como un curador y exorcista de gran prestigio. Todas las fuentes cristianas hablan invariablemente de las curaciones y exorcismos realizados por Jesús. La actuación de Jesús debió de sorprender sobremanera a las gentes de Galilea: ¿de dónde provenía su fuerza curadora? Se parece a otros curadores que se conocen en la región, pero al mismo tiempo es diferente. Ciertamente no es un médico de profesión: no examina a los enfermos para hacer un diagnóstico de su mal; no emplea técnicas médicas ni receta remedios. Su actuación es muy diferente. No se preocupa solo de su mal físico, sino también de su situación de impotencia y humillación a causa de la enfermedad. Por eso los enfermos encuentran en él algo que los médicos no aseguraban con sus remedios: una relación nueva con Dios que les ayuda a vivir con otra dignidad y confianza ante él.

Lo que más diferencia a Jesús de otros curadores es que, para él, las curaciones no son hechos aislados, sino que forman parte de su proclamación del reino de Dios. Es su manera de anunciar a todos esta gran noticia: Dios está llegando, y los más desgraciados pueden experimentar ya su amor compasivo. Estas curaciones sorprendentes son signo humilde, pero real, de un mundo nuevo: el mundo que Dios quiere para todos. Jesús contagia salud y vida. Las gentes de Galilea lo sienten como alguien que cura porque está habitado por el Espíritu y la fuerza sanadora de Dios.

Para Jesús, curar es su forma de amar. Cuando se acerca a ellos para despertar su confianza en Dios, liberarlos del mal y devolverlos a la convivencia, Jesús les está mostrando, antes de nada, que son dignos de ser amados. Por eso cura siempre de manera gratuita. No busca nada para sí mismo, ni siquiera que los enfermos se agreguen a su grupo de seguidores. La curación que suscita la llegada del reino de Dios es gratuita, y así la tendrán que regalar también sus discípulos. Mateo lo indica de manera explícita al hablar de las instrucciones de Jesús a los Doce: “Curen enfermos, resuciten muertos, limpien a leprosos, expulsen a los demonios. Gratis lo han recibido; entréguelo también gratis” (10,8).

Jesús no aportaba solo una mejora física. Su acción sanadora va más allá de la eliminación de un problema orgánico. La curación del organismo queda englobada dentro de una sanación más integral de la persona. Jesús reconstruye al enfermo desde su raíz: suscita su confianza en Dios, lo arranca del aislamiento y la desesperanza, lo libera del pecado, lo devuelve al seno del pueblo de Dios y le abre un futuro de vida más digno y saludable. ¿Cómo lo hace?

Jesús comienza por reavivar la fe de los enfermos. De diversas maneras se esfuerza para que confíen en la bondad salvadora de Dios, que parece haberles retirado su bendición. Las fuentes cristianas lo recogen como algo esencial de su acción curadora: “No temas, solo ten fe”; “todo es posible para el que cree”; “hijo mío, tus pecados te son perdonados” (Marcos 5,36; 9,23; 2,5). La fe pertenece, pues, al proceso mismo de la curación. El enfermo se siente llamado a esperar algo que parece superar los límites de lo posible. Al creer, cruza una barrera y se abandona al poder salvador de Dios.

Jesús trabaja el “corazón” del enfermo para que confíe en Dios, liberándose de esos sentimientos oscuros de culpabilidad y de abandono por parte de Dios, que crea la enfermedad. Jesús lo cura poniendo en su vida el perdón, la paz y la bendición de Dios. Al mismo tiempo, Jesús lo reconcilia con la sociedad. Enfermedad y marginación van tan estrechamente enlazadas que la curación no es efectiva hasta que los enfermos no se ven integrados en la sociedad. Por eso Jesús elimina las barreras que los mantienen excluidos de la comunidad. La sociedad no ha de temerlos, sino acogerlos. Las fuentes cristianas describen de diversas maneras la voluntad de Jesús de incorporar de nuevo a los enfermos a la convivencia: “Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”; “vete, muéstrate al sacerdote y haz por tu purificación la ofrenda que prescribió Moisés, para que les sirva de testimonio”; “vete a tu casa con los tuyos y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo” (Marcos 2,11; 1,44; 5,19).

Está llegando el reino de Dios. Hay que construir la vida de otra manera: los impuros pueden ser tocados; los excluidos han de ser acogidos. Los enfermos no han de ser mirados con miedo, sino con compasión. Como los mira Dios.

Jesús no solo curaba enfermos. Lleno del Espíritu de Dios, se acercaba también a los poseídos y los liberaba de los espíritus malignos. En general, los exegetas tienden a ver en la “posesión diabólica” una enfermedad. Se trataría de casos de epilepsia, histeria, esquizofrenia o “estados alterados de conciencia” en los que el individuo proyecta de manera dramática hacia un personaje maligno las represiones y conflictos que desgarran su mundo interior.

Sin duda es legítimo pensar hoy así, pero lo que vivían aquellos campesinos de Galilea tiene poco que ver con este modelo de “proyección” de conflictos sobre otro personaje. Es exactamente lo contrario. Según su mentalidad, son ellos los que se sienten invadidos y poseídos por alguno de aquellos seres malignos que infestan el mundo. Esta es su tragedia. El mal que padecen no es una enfermedad más. Es vivir sometidos a un poder desconocido e irracional que los atormenta, sin que puedan defenderse de él.

Jesús no se limitó a aliviar el sufrimiento de los enfermos y endemoniados, sino que dio a su actividad curadora una interpretación trascendental: ve en todo ello signos de un mundo nuevo. Frente al pesimismo catastrófico que impera en los sectores apocalípticos, que lo ven todo infestado por el mal, Jesús anuncia algo sin precedentes: Dios está aquí.

Jesús no ofrece espectáculo. Sus curaciones, más que una prueba del poder de Dios, son un signo de su misericordia, tal como la capta Jesús. La preocupación primera de Jesús es el sufrimiento de los más desgraciados. Las fuentes no presentan a Jesús caminando por Galilea en busca de pecadores para convertirlos de sus pecados, sino acercándose a enfermos y endemoniados para liberarlos de su sufrimiento. Su actividad no está propiamente orientada a reformar la religión judía, sino a aliviar el sufrimiento de quienes encuentra agobiados por el mal y excluidos de una vida sana.

Las fuentes cristianas resumen la actuación de Jesús afirmando que se dedicaba a dos tareas: anunciar la buena noticia del reino de Dios y curar las enfermedades y dolencias en el pueblo: “Recorría toda Galilea proclamando la buena noticia del reino y curando toda enfermedad y dolencia en el pueblo” (Mateo 4,23).

Jesús solo realizó un puñado de curaciones y exorcismos. Por las aldeas de Galilea y Judea quedaron otros muchos ciegos, leprosos y endemoniados sufriendo sin remedio su mal. Solo algunos que se encontraron con él experimentaron su fuerza curadora. Jesús no pensó nunca en los “milagros” como una forma fácil de suprimir el sufrimiento en el mundo, sino solo como un signo para indicar la dirección en la que sus seguidores han de actuar para acoger el reino de Dios.

La gente más desgraciada puede experimentar en su propia carne signos de un mundo nuevo en el que, por fin, Dios vencerá al mal. Esto es el reino de Dios que tanto anhela: la derrota del mal, la irrupción de la misericordia de Dios, la eliminación del sufrimiento, la acogida de los excluidos en la convivencia, la instauración de una sociedad liberada de toda aflicción.

## **ACTUAR:**

- ¿Cómo se acercó Jesús a los enfermos de su tiempo? ¿Cómo los curó? ¿Qué tienen que ver estas curaciones con el reino de Dios?
- ¿Qué representan los demonios en el mundo bíblico? ¿Por qué Jesús expulsaba demonios? ¿Qué tiene que ver esto con el reino de Dios?
- ¿Cómo podemos nosotros, en este sentido, ser curadores de la vida y expulsar demonios?

## Sesión 7: Jesús, defensor de los últimos

### VER:

- ¿Quiénes son hoy en día los marginados y despreciados de la sociedad? ¿Porqué?
- ¿Cómo los ve Jesús? ¿Por qué los defiende?
- ¿Cuál es la función de los Centros de Derechos Humanos? ¿A quiénes defiende? ¿Por qué? (Se puede pedir a un promotor de Derechos Humanos de la parroquia no habló un poco del Centro de Derechos Humanos “Juan Gerardi”).

### PENSAR:

En una sociedad donde hay gente que vive hundida en el hambre o la miseria, solo hay una disyuntiva: ser indiferentes al sufrimiento de los demás o despertar el corazón y mover las manos para ayudar a los necesitados. Así lo siente Jesús. Los ricos, que viven olvidados de los sufrimientos de los pobres, explotando a los débiles y disfrutando de un bienestar egoísta, son unos insensatos. Su vida es un fracaso. La idea de que un rico pueda “entrar” en el reino de Dios no solo es imposible, sino ridícula: “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de Dios” ( Marcos 10,24). La imagen tan gráfica y cómica de este torpe animal tratando de “entrar” por la estrecha abertura de una aguja es típica del estilo de Jesús. Todos se inclinan a pensar que proviene de su ironía. En el reino de Dios no puede haber ricos viviendo a costa de los pobres. Es absurdo imaginar que, cuando por fin se cumplan los deseos de Dios, siga habiendo poderosos oprimiendo a los débiles.

La tragedia de los ricos consiste en que su bienestar junto a los que pasan hambre es incompatible con el reinado de Dios, que quiere ver a todos sus hijos e hijas disfrutando de una vida digna y justa. En el evangelio de Mateo se recoge un relato impresionante donde se habla de la ayuda a los necesitados como el criterio que decidirá la suerte final de todos. Entonces dirá el rey a los de su derecha: “Vengan, benditos de mi Padre, tomen posesión del reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; era forastero, y me hospedaron; estaba desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; en la cárcel, y fueron a verme. Entonces los justos le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer; o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te acogimos; o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?”, y el rey les dirá: “En verdad les digo que cuando hicieron con uno de estos

hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron... (Mateo 25,31-46)". Los que son declarados "benditos del Padre" no han actuado por motivos religiosos, sino por compasión. No es su religión ni la adhesión explícita a Jesús lo que los conduce al reino de Dios, sino su ayuda a los necesitados. El camino que conduce a Dios no pasa necesariamente por la religión, el culto o la confesión de fe, sino por la compasión hacia los "hermanos pequeños".

Probablemente, esta escena del "juicio final" no ha sido presentada así por Jesús. No es su estilo ni su lenguaje. Pero el mensaje que contiene es, sin ningún género de duda, la conclusión que se extrae de su mensaje y de toda su actuación. Podemos decir sin temor a equivocarnos que la "gran revolución religiosa" llevada a cabo por Jesús es haber abierto otra vía de acceso a Dios distinta de lo sagrado: la ayuda al hermano necesitado. La religión no tiene el monopolio de la salvación; el camino más acertado es la ayuda al necesitado. Por él caminan muchos hombres y mujeres que no han conocido a Jesús.

Los indigentes, que constituyen el estrato más bajo de Galilea, no solo carecen de todo; están además condenados a vivir en la vergüenza: sin honor ni dignidad alguna. No se pueden enorgullecer de pertenecer a una familia respetable: no han podido defender sus tierras; no pueden ganarse la vida con un trabajo digno. El deshonor y la indignidad de estas gentes se agravaba todavía más por el sistema de pureza vigente, que acentuaba las discriminaciones entre los diversos sectores de la sociedad judía.

El templo de Yahvé, lugar santo por excelencia, debía ser protegido de toda contaminación, excluyendo de su recinto sagrado a gentiles e impuros. La observancia estricta de la ley era el mejor medio para vivir en la tierra santa de Dios, sin dejarse asimilar por una cultura extraña. En consecuencia, se enfatizó el cumplimiento del sábado, principal seña de identidad de Israel en medio de los pueblos del Imperio; se prohibió estrictamente el matrimonio con mujeres extranjeras; se apremió el pago de diezmos y primicias. Por último se urgió el cumplimiento del "código de santidad", dispuesto por la ley, como una estrategia de separación de lo impuro, lo no santo, lo alejado de Dios. Se llama "código de santidad" al conjunto de normas y prescripciones recogidas en el libro del Levítico 19-26. Está redactado en ambientes sacerdotales del templo e insiste en la idea de separación de lo impuro para tener acceso al Dios santo.

El sistema de pureza ritual buscaba garantizar la identidad judía frente a la cultura pagana, pero tuvo otro resultado tal vez inesperado: el endurecimiento de las diferencias y discriminaciones dentro del mismo pueblo. Ya por nacimiento, los sacerdotes y levitas poseían un rango de santidad superior al del pueblo; los que observaban el código de santidad gozaban de mayor dignidad que los impuros, los que vivían en contacto con paganos o los que, como los publicanos y prostitutas, ejercían profesiones que implicaban de hecho una permanente transgresión del código; los leprosos, eunucos, ciegos y cojos no se podían presentar con el mismo rango de pureza que los sanos; naturalmente, las mujeres, sospechosas siempre de impureza por su menstruación o los partos, pertenecían a una categoría menos digna y santa que la de los varones.

Es normal que en este tipo de sociedad, donde se marca ritualmente el grado de pureza o impureza de las gentes, los más proscritos y degradados socialmente sean considerados de manera general un sector de “impuros” alejados del Dios santo del templo. Son gentes sucias, muchos de ellos enfermos, con la piel de su cuerpo ulcerada como Lázaro. Hay entre ellos mendigos, ciegos y prostitutas. Su vida de vagabundos les impide a la mayoría cumplir las normas de pureza y las purificaciones rituales. Bastante tienen con buscarse el pan de cada día. Su exclusión del templo parece mostrar que Dios los rechaza. A nadie le agrada tener cerca a gente sucia y desagradable. Seguramente a Dios tampoco.

Jesús no lo veía así. Frente a lo proclamado en el código de santidad: “Sed santos porque yo, el Señor, su Dios, soy santo”, él introduce otra exigencia que transforma de manera radical el modo de entender y vivir la “imitación” de Dios: “Sean compasivos como su Padre es compasivo”. (Lucas 6,36 / / Mateo 5,48). Es la compasión y no la santidad lo que hemos de imitar en Dios. No niega Jesús la “santidad” de Dios, pero lo que cualifica esa santidad no es la separación de lo impuro, sino su amor compasivo. Dios es grande y santo no porque vive separado de los impuros, sino porque es compasivo con todos y “hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos” (Mateo 5,45). La compasión es el modo de ser de Dios, su primera reacción ante el ser humano, lo primero que brota de sus entrañas de Padre. Dios es compasión y amor entrañable a todos, también a los impuros, los privados de honor, los excluidos de su templo. Dios nos lleva a todos en sus entrañas. Por eso, la compasión es, para Jesús, la manera de imitar a Dios y ser santos como él. Mirar a las personas con amor compasivo es parecerse a Dios; ayudar a los que sufren es actuar como él. Jesús introduce así una verdadera revolución. El “código de santidad” generaba una sociedad discriminatoria y excluyente. El “código de compasión” propuesto por él genera una sociedad compasiva, acogedora e incluyente, incluso hacia esos sectores sin honor y respetabilidad.

La experiencia que Jesús tiene de Dios no conduce a la separación y exclusión, sino a la acogida, al abrazo y la hospitalidad. En el reino de Dios, a nadie se ha de humillar, excluir o separar de la comunidad. Los impuros y los privados de honor tienen la dignidad sagrada de hijos de Dios. Es el amor compasivo el que está en el origen y trasfondo de toda la actuación de Jesús, lo que inspira y configura toda su vida. La compasión no es para él una virtud más, una actitud entre otras. Vive transido por la misericordia: le duele el sufrimiento de la gente, lo hace suyo y lo convierte en principio interno de su actuación.

Jesús toca a los leprosos, se deja tocar por la hemorroísa y besar por la prostituta, libera a los poseídos de espíritus impuros. Nada le detiene cuando se trata de acercarse al que sufre. Su actuación, inspirada por la compasión, es un desafío directo al sistema de pureza. Tal vez tenía una visión muy particular: lo santo no necesita ser protegido por una estrategia de separación para evitar la contaminación; al contrario, es el verdaderamente santo quien contagia pureza y transforma al impuro. Jesús toca al leproso, y no es Jesús el que queda impuro, sino el leproso quien queda limpio.

No fue la acogida a los impuros lo que provocó más escándalo y hostilidad hacia Jesús, sino su amistad con los pecadores. Nunca había ocurrido algo parecido en la historia de Israel. Ningún profeta se había acercado a ellos con esa actitud de respeto, amistad y simpatía. La conducta de Jesús es sorprendente. No habla del pecado como algo que está provocando la ira divina. Al contrario, en el reino de Dios hay también sitio para los pecadores y las prostitutas. No se dirige a ellos en nombre de un juez irritado por tanta ofensa, sino imitando su amor entrañable de Padre. ¿Cómo puede acoger junto a sí a publicanos y pecadores sin ponerles condición alguna? ¿Cómo un hombre de Dios los puede aceptar como amigos? ¿Cómo se atreve a comer con ellos? Este comportamiento es seguramente el rasgo más provocativo de Jesús. Ningún profeta había actuado así. Tampoco las comunidades cristianas se atreverán más tarde a tanta tolerancia con los pecadores (1 Corintios 5,1-13).

Asimismo, Jesús escandaliza también por relacionarse con mujeres de mala fama, provenientes de los estratos más bajos de la sociedad. Lo que más escandaliza no es verle en compañía de gente pecadora y poco respetable, sino observar que se sienta con ellos a la mesa. Estas comidas con “pecadores” son uno de los rasgos más sorprendentes y originales de Jesús, quizá el que más lo diferencia de todos sus contemporáneos y de todos los profetas y maestros del pasado. Los pecadores son sus compañeros de mesa, los publicanos y prostitutas gozan de su amistad. Un gesto simbólico que generó una reacción inmediata contra él. Las fuentes recogen fielmente primero la sorpresa: “¿Qué? ¿Es que come con los publicanos y pecadores?” (Marcos 1,16). ¿No guarda las debidas distancias? ¡Qué vergüenza! Luego las acusaciones, el rechazo y el descrédito: “Ahí tienen un comilón, bebedor de vino, amigo de pecadores” (Lucas 7,34 / / Mateo 11,9). ¿Cómo puede comportarse así?

El reino de Dios es una mesa abierta donde pueden sentarse a comer hasta los pecadores. Esta apertura de Jesús llevará un día a las comunidades cristianas a acoger en su seno a los paganos. El gozo de Dios es que los pobres y despreciados, los indeseables y pecadores puedan disfrutar junto a él. Jesús lo está ya viviendo desde ahora. Por eso celebra con gozo cenas y comidas con los que la sociedad desprecia y margina. ¡Los que no han sido invitados por nadie, un día se sentarán a la mesa con Dios!

Jesús entiende y vive estas comidas con pecadores como un proceso de curación. Al verse acusado por su conducta extraña y provocativa, responde con este refrán: “No necesitan de médico los sanos, sino los enfermos”. Estas comidas tienen un carácter terapéutico. En ellas, Jesús les ofrece su confianza y amistad, los libera de la vergüenza y la humillación, los rescata de la marginación, los acoge como amigos. Poco a poco se despierta en ellos el sentido de la propia dignidad: no son merecedores de ningún rechazo. Por vez primera se sienten acogidos por un hombre de Dios. En adelante, su vida puede ser diferente. Por eso son comidas alegres y festivas. Beben vino y probablemente entonan cánticos. El vino se bebía en las comidas de carácter festivo. Y a Jesús le llaman literalmente “bebedor de vino” (Lucas 7,33 / / Mateo 11(19). En lo íntimo de su

corazón, Jesús celebra con gozo el retorno de los “perdidos” a la comunión con el Padre.

Jesús no invita al libertinaje. No justifica el pecado, la corrupción ni la prostitución. Lo que hace es romper el círculo diabólico de la discriminación, abriendo un espacio nuevo para el encuentro amistoso con Dios. Jesús se sienta a la mesa con los pecadores no como juez severo, sino como amigo acogedor. El reino de Dios es gracia antes que juicio. Dios es una buena noticia, no una amenaza. La acogida de Jesús les da a estas mujeres y hombres fuerza para reconocerse como pecadores. Nada tienen que temer. El desprecio y la exclusión social les impedía mirar a Dios con confianza; la acogida de Jesús les devuelve la dignidad perdida. No necesitan ocultarse de nadie, ni siquiera de sí mismos. Pueden abrirse al perdón de Dios y cambiar. Con Jesús todo es posible.

A estos pecadores que se sientan a su mesa, Jesús les ofrece el perdón envuelto en acogida amistosa. No hay ninguna declaración; no les absuelve de sus pecados; sencillamente los acoge como amigos. Es amigo de los pecadores antes de verlos convertidos. Dios es así. No espera a que sus hijos e hijas cambien. Es él quien comienza ofreciendo su perdón. Este perdón que ofrece Jesús no tiene condiciones. Su actuación terapéutica no sigue los caminos de la ley: definir la culpa, llamar al arrepentimiento, lograr el cambio y ofrecer un perdón condicionado a una respuesta posterior positiva. Jesús sigue los caminos del reino: ofrece acogida y amistad, regala el perdón de Dios y confía en su misericordia, que sabrá recuperar a sus hijos e hijas perdidos. Se acerca, los acoge e inicia con ellos un camino hacia Dios que solo se sostiene en su compasión infinita. Nadie ha realizado en esta tierra un signo más cargado de esperanza, un signo más gratuito y más absoluto del perdón de Dios.

Jesús sitúa a todos, pecadores y justos, ante el abismo insondable del perdón de Dios. Ya no hay justos con derechos frente a pecadores sin derechos. Desde la compasión de Dios, Jesús plantea todo de manera diferente: a todos se les ofrece el reino de Dios; solo quedan excluidos quienes no se acogen a su misericordia. Todo queda confiado al misterio del perdón de Dios. Entre quienes le escuchan, el mensaje de Jesús resuena así: “Cuando se vean juzgados por la ley, siéntanse comprendidos por Dios; cuando se vean rechazados por la sociedad, sapan que Dios los abraza; cuando nadie les perdone su indignidad, sientan sobre ustedes su perdón inagotable. No lo merecen. No se lo merece nadie. Pero Dios es así: amor y perdón”.

## **ACTUAR:**

- ¿Qué personas son las que actualmente sufren más discriminación y no se les respetan sus derechos humanos?
- ¿Qué personas o causas crees que debemos acompañar o defender aquí en Torreón desde nuestra parroquia, desde el “Gerardi” y comunidades?

- ¿Qué puedo hacer yo para no caer en actitudes discriminatorias sino al contrario respetar, acoger y defender a los últimos?

## **Sesión 8: Jesús, amigo de la mujer**

### **VER:**

Se invita a pasar al frente a una mujer del grupo de discípulas de la parroquia para hacerle una breve entrevista. Se sugieren estas preguntas: ¿Cómo te llamas? ¿Cuánto tiempo llevas con las discípulas? ¿Qué temas te han gustado más? ¿Con qué dificultades te has topado en este proceso? ¿Quién es Jesús para ti? ¿Por qué invitarías a una mujer a formar parte de las discípulas? ¿Cuál sería la buena noticia de Jesús con respecto a la mujer?

### **PENSAR:**

Buena parte de los pobres que rodeaban a Jesús eran mujeres; privadas del apoyo de un varón, ellas eran sin duda las más vulnerables. Por otra parte, ser mujer en aquella sociedad patriarcal significaba estar destinada a vivir en un estado de inferioridad y sumisión a los varones. ¿Es esto lo que quiere ese Dios compasivo del que habla Jesús? ¿No podrán conocer ellas una vida más digna en el reino de Dios? ¿Cómo las ve y las siente Jesús?

Lo primero que sorprende es ver a Jesús rodeado de tantas mujeres: amigas entrañables como María, oriunda de Magdala; las hermanas Marta y María, vecinas de Betania, a las que tanto quería; mujeres enfermas como la hemorroísa o paganas como la siro-fenicia; prostitutas despreciadas por todos o seguidoras fieles, como Salomé y otras muchas que le acompañaron hasta Jerusalén y no le abandonaron ni en el momento de su ejecución. De ningún profeta de Israel se dice algo parecido. ¿Qué encontraban estas mujeres en Jesús? ¿Qué las atraía tanto? ¿Cómo se atrevieron a acercarse a él para escuchar su mensaje? ¿Por qué se aventuraron algunas a abandonar su hogar y subir con él a Jerusalén, provocando seguramente el escándalo de algunos?

Para aproximarnos a la actuación de Jesús ante las mujeres, hemos de tener en cuenta tres factores: todas las fuentes que poseemos sobre Jesús están escritas por varones, que, como es natural, reflejan la experiencia y actitud masculinas, no lo que sintieron y vivieron las mujeres en torno a él; estos escritores emplean un lenguaje genérico y sexista que no incluye explícitamente a las mujeres: los “niños” que abraza Jesús son niños y niñas, los “discípulos” que le siguen son discípulos y discípulas; en tercer lugar, a lo largo de veinte siglos, los

comentaristas y exegetas de los evangelios han impuesto una lectura tradicional masculina.

Jesús nació en una sociedad en cuya conciencia colectiva estaban grabados algunos estereotipos sobre la mujer, transmitidos durante siglos. Mientras crecía, Jesús los pudo ir percibiendo en su propia familia, entre sus amigos y en la convivencia diaria. Según un viejo relato, Dios había creado a la mujer solo para proporcionarle una “ayuda adecuada” al varón. Ese era su destino. Sin embargo, lejos de ser una ayuda, fue ella precisamente la que le dio a comer del fruto prohibido, provocando la expulsión de ambos del paraíso (Génesis 2,4-3,24. Este relato fue escrito hacia el siglo IX a. C.). Este relato, transmitido de generación en generación, fue desarrollando en el pueblo judío una visión negativa de la mujer como fuente siempre peligrosa de tentación y de pecado. La actitud más sabia era acercarse a ella con mucha cautela y mantenerla siempre sometida. La literatura sapiencial judía exhorta repetidamente a los varones a no fiarse de la mujer y a tenerla siempre bajo control (Eclesiástico 25,13-26,18; 42,9-14; Proverbios 5,1-23; 9,13-18). Es lo que se le enseñó a Jesús desde niño.

Había también otra idea incontestable en aquella sociedad patriarcal dominada y controlada por los varones: la mujer es “propiedad” del varón. Primero pertenece a su padre; al casarse pasa a ser propiedad de su esposo; si queda viuda, pertenece a sus hijos o vuelve a su padre y hermanos. Es impensable una mujer con autonomía. El decálogo santo del Sinaí la consideraba una propiedad más del patrón de la casa: “No codiciarás la casa de tu prójimo, ni codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo” (Éxodo 20,17). La función social de la mujer estaba bien definida: tener hijos y servir fielmente al varón.

El control sobre la mujer estaba fuertemente condicionado por las reglas de pureza sexual (Levítico 15,19-30). La mujer era ritualmente impura durante su menstruación y como consecuencia del parto. Nadie debía acercarse a la mujer impura. Las personas y los objetos que tocaba quedaban contaminados. Esta era, probablemente, la principal razón por la que las mujeres eran excluidas del sacerdocio, de la participación plena en el culto y del acceso a las áreas más sagradas del templo. La mujer era fuente de impureza. A Jesús se lo advirtieron sin duda desde pequeño.

Esta visión negativa de la mujer no perdió fuerza a lo largo de los siglos. En tiempos de Jesús, por lo que podemos saber, era tal vez más negativa y severa. Fuera del hogar, las mujeres no “existían”. No podían alejarse de la casa sin ir acompañadas por un varón y sin ocultar su rostro con un velo. No les estaba permitido hablar en público con ningún varón. Debían permanecer retiradas y calladas. No tenían los derechos de que gozaban los varones. No podían tomar parte en banquetes. Excepto en casos muy precisos, su testimonio no era aceptado como válido, al menos como el de los varones. En realidad no tenían sitio en la vida social.

También la vida religiosa, controlada por los varones, colocaba a la mujer en una condición de inferioridad. Solo en la celebración doméstica tenía alguna participación significativa, pues era la encargada de encender las velas, pronunciar ciertas oraciones y cuidar algunos detalles rituales en la fiesta del sábado. Por lo demás, su presencia era del todo secundaria. Las mujeres estaban separadas de los hombres tanto en el templo como, probablemente, en la sinagoga. Las normas de pureza, interpretadas de manera rígida, solo les permitían el acceso al atrio de los paganos y de las mujeres, no más allá.

En pocas palabras, las mujeres judías, sin verdadera autonomía, siervas de su propio esposo, recluidas en el interior de la casa, sospechosas de impureza ritual, discriminadas religiosa y jurídicamente, constituían un sector profundamente marginado en la sociedad judía.

Las mujeres que se acercaron a Jesús pertenecían, por lo general, al entorno más bajo de aquella sociedad. Bastantes eran enfermas curadas por Jesús, como María de Magdala (Lucas 8,2). Probablemente se movían en su entorno mujeres no vinculadas a ningún varón: viudas indefensas, esposas repudiadas y, en general, mujeres solas, sin recursos, poco respetadas y de no muy buena fama. Había también algunas prostitutas, consideradas por todos como la peor fuente de impureza y contaminación. Jesús las acogía a todas.

Estas mujeres están entre los pecadores e indeseables que se sientan a comer con él. Junto a él se puede ver ya cómo los “últimos” del pueblo santo y las “últimas” de aquella sociedad patriarcal son los “primeros” y las “primeras” en entrar al reino de Dios. Los evangelistas hablan de “pecadores”, pero detrás de ese lenguaje sexista hemos de ver también a “pecadoras”. Jesús ni se asusta ni las condena. Las acoge con el amor comprensivo del Padre. Nunca habían estado aquellas mujeres tan cerca de un profeta. Jamás habían escuchado hablar así de Dios. Más de una llora de agradecimiento. A sus adversarios no les resulta difícil desacreditarlo como hombre poco observante de la ley, “amigo de pecadoras”. Jesús los desafió en alguna ocasión de manera provocativa: “Los recaudadores y las prostitutas entran antes que ustedes al reino de Dios” (Mateo 21,31).

Tal vez lo más sorprendente es ver de qué manera tan sencilla y natural Jesús va redefiniendo el significado de la mujer, echando abajo los estereotipos vigentes en aquella sociedad. No acepta, por ejemplo, que la mujer sea considerada ligeramente como fuente de tentación y ocasión de pecado para el hombre. En contra de la tendencia general, nunca previene a los varones de las artes seductoras de las mujeres, sino que los alerta frente a su propia lujuria: “Todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón” (Mateo 5,28-29). En una sociedad donde la lujuria del varón no era considerada tan grave como la seducción de la mujer, Jesús pone el acento en la responsabilidad de los hombres. No han de justificarse culpabilizando a las mujeres de su mal comportamiento.

En cierta ocasión, una mujer de pueblo alaba a Jesús ensalzando a su madre por lo único realmente importante para una mujer en aquella cultura: un vientre fecundo y unos pechos capaces de amamantar a los hijos. “¡Dichoso el

seno que te llevó y los pechos que te criaron!”. Jesús ve las cosas de otra manera. Tener hijos no es todo en la vida. Por muy importante que sea para una mujer la maternidad, hay algo más decisivo y primordial: “Dichosas más bien las que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen”. La grandeza y dignidad de la mujer, lo mismo que la del varón, arranca de su capacidad para escuchar el mensaje del reino de Dios y entrar en él.

En otra ocasión se nos dice que Jesús corrige, en casa de sus amigas Marta y María, aquella visión generalizada de que la mujer se ha de dedicar exclusivamente a las tareas del hogar. Marta se afana por acoger con todo esmero a Jesús, mientras su hermana María, sentada a sus pies, escucha su palabra. Cuando Marta reclama la ayuda de María para realizar sus tareas, Jesús le contesta así: “Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada” (Lucas 10,38-42). La mujer no ha de quedar reducida al servicio de las faenas del hogar. Hay algo mejor y más decisivo a lo que tiene derecho tanto como el hombre, y es la escucha de la Palabra de Dios.

Cuando Jesús predica el reino de Dios pone también a las mujeres como protagonistas. Narra la parábola del “sembrador” que sale a sembrar su semilla, pero cuenta también la de la “mujer que introduce levadura” en la masa de harina (Mateo 13,33 // Marcos 4,3-8 // Lucas 13,20). Las mujeres se lo agradecen. Por fin alguien se acuerda de su trabajo. Jesús no habla solo de la siembra, trabajo de suma importancia entre aquellos campesinos. Piensa también en ese otro indispensable que ellas hacen antes del amanecer, para que todos puedan comer pan. Habla de un padre conmovido que sale del pueblo a abrazar a su hijo perdido; habla también de un pastor que no para hasta encontrar su oveja perdida; pero también habla de una mujer angustiada que barre con cuidado toda su casa hasta encontrar la monedita de plata que se le ha perdido (Lucas 15,4-6; 15,11-32; 15,8-9). Este lenguaje rompe todos los esquemas tradicionales, que tendían a imaginar a Dios bajo figura de varón. Para Jesús, esa mujer barriendo su casa es una metáfora digna del amor de Dios por los perdidos.

Probablemente, lo que más hace sufrir a las mujeres no es vivir al servicio de su esposo y de sus hijos, sino saber que, en cualquier momento, su esposo las puede repudiar abandonándolas a su suerte. Este derecho del varón se basa nada menos que en la ley: “Si resulta que la mujer no halla gracia a sus ojos, porque descubre en ella algo que no le agrada, le redactará un acta de repudio, se lo pondrá en la mano y la echará de casa” (Deuteronomio 24,1). Ya antes de nacer Jesús, los expertos de la ley discutían vivamente sobre el modo de interpretar estas palabras. Según los seguidores de Shammai, solo se podía repudiar a la esposa en caso de adulterio; según la escuela de Hillel, bastaba con encontrar en la esposa “algo desagradable”, por ejemplo que se le había quemado la comida.

En algún momento, el planteamiento llegó hasta Jesús: “¿Puede el marido repudiar a la mujer?”. La pregunta es totalmente machista, pues la mujer no tenía posibilidad alguna de repudiar a su esposo. Jesús sorprende a todos con su respuesta. Según él, si el repudio está en la ley, es por la “dureza de corazón” de los varones y su actitud machista, pero el proyecto original de Dios no fue un

matrimonio patriarcal. Dios ha creado al varón y a la mujer para que sean “una sola carne”, como personas llamadas a compartir su amor, su intimidad y su vida entera en comunión total. Por eso Jesús dice: “lo que Dios ha unido, que no lo separe el varón” (Mateo 5,32 // Marcos 10, 9 // Lucas 16,18).

Los discípulos han dejado su casa, han dejado también hermanos y hermanas, padres, madres e hijos, han abandonado las tierras, que eran su fuente de subsistencia, trabajo y seguridad. Se han quedado sin nadie y sin nada. ¿Qué recibirán? Esta es la preocupación de Pedro y esta la respuesta de Jesús: “Nadie quedará sin recibir el ciento por uno: ahora, en el presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos... y en el mundo futuro, vida eterna” (Marcos 10,28-30). Los seguidores de Jesús encontrarán un nuevo hogar y una nueva familia. ¡Cien hermanos y hermanas, cien madres! Pero no encontrarán “padres”. Nadie ejercerá sobre ellos una autoridad dominante. Ha de desaparecer el “padre”, entendido de manera patriarcal: varón dominador, amo que se impone desde arriba, señor que mantiene sometidos a la mujer y a los hijos. En la nueva familia de Jesús todos comparten vida y amor fraterno. Los varones pierden poder, las mujeres ganan dignidad. Para acoger el reino del Padre hay que ir creando un espacio de vida fraterna, sin dominación masculina.

Las mujeres formaron parte del grupo que seguía a Jesús desde el principio. Probablemente algunas lo hicieron acompañando a sus esposos. El evangelio de Marcos, el más antiguo, nunca dice que los discípulos abandonaron a sus esposas. Dejan la familia extensa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos, pero no esposas (Marcos 10,29). Solo Lucas, más tardíamente, movido por su tendencia radical, añade el abandono de las esposas (Lucas 14,26; 18,19). Otras eran mujeres solas, sin compañía de ningún varón. Nunca se dice que Jesús las llamara individualmente. Probablemente se acercaron ellas mismas, atraídas por su persona, pero nunca se hubieran atrevido a seguir con él si Jesús no las hubiera invitado a quedarse. En ningún momento Jesús las excluye o aparta en razón de su sexo o por motivos de impureza. Son “hermanas” que pertenecen a la nueva familia y son tenidas en cuenta lo mismo que los “hermanos”. El profeta del reino solo admite un discipulado de iguales.

Conocemos el nombre de algunas de estas mujeres: María de Magdala, María -la madre de Santiago el menor y de José- , Salomé, las hermanas Marta y María, que lo acogían en su casa de Betania siempre que subía a Jerusalén. Estas dos últimas le escuchaban con verdadero placer a Jesús, aunque, al parecer, no le acompañaron en sus correrías.

Estas mujeres que siguieron a Jesús hasta Jerusalén tuvieron una presencia muy significativa durante los últimos días de su vida. Cada vez hay menos dudas de que tomaron parte en la última cena. ¿Por qué iban a estar ausentes de esa cena de despedida ellas que, de ordinario, comían con Jesús?, ¿quién iba a preparar y servir debidamente el banquete sin la ayuda de las mujeres? Su exclusión es todavía más absurda si se trató de una cena pascual, uno de los banquetes a los que asistían las mujeres. ¿Dónde habrían podido comer la Pascua ellas solas en la ciudad de Jerusalén? El evangelio de Juan no menciona a los Doce. Jesús celebra la última cena con “los suyos” (13,1). En la comunidad

cristiana, las mujeres fueron aceptadas desde el comienzo en la “fracción del pan” o cena del Señor (Hechos de los Apóstoles 2,46). En esa casa de la última cena se reunieron siempre los discípulos esos días, incluso después de la crucifixión de Jesús, pero no solo los Doce, sino “en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos” (Hechos de los Apóstoles 1,14; 2,1-4).

La presencia de las mujeres en el grupo de discípulos no es secundaria o marginal. Al contrario. En muchos aspectos, ellas son modelo del verdadero discipulado. Las mujeres no discuten, como los varones, sobre quién tendrá más poder en el reino de Dios. Están acostumbradas a ocupar siempre el último lugar. Lo suyo es “servir” (Juan 20,19-29; Lucas 24,34; 1 Corintios 15,5). De hecho, eran seguramente las que más se ocupaban de “servir a la mesa” y de otras tareas semejantes, pero no hemos de ver en su servicio un quehacer que les corresponde a ellas, según una distribución lógica del trabajo dentro del grupo. Para Jesús, este servicio es modelo de lo que ha de ser la actuación de todo discípulo: “¿Quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de ustedes como el que sirve”. (Lucas 22,27). Según las fuentes, la actuación de las mujeres fue modelo de discipulado para los varones por su entrega, su actitud de servicio y su fidelidad total a Jesús hasta el final, sin traicionarlo, negarlo ni abandonarlo.

Sin embargo, nunca se llama a estas mujeres “discípulas”, por la sencilla razón de que no existía en arameo una palabra para nombrarlas así. Por eso tampoco los evangelios griegos hablan de discípulas. El fenómeno de unas mujeres integradas en el grupo de discípulos de Jesús era tan nuevo que todavía no existía un lenguaje adecuado para expresarlo. El nombre de “discípula” (*mathetría*) no aparecerá hasta el siglo II, en que se le aplica precisamente a María Magdalena (*Evangelio [apócrifo] de Pedro 12,50*). A estas mujeres que acompañaban a Jesús no se les llama discípulas, pero Jesús las ve y las trata como tales.

## **ACTUAR:**

- ¿Qué actitudes machistas persisten en nuestra sociedad y en nuestra Iglesia?
- ¿Cuál fue trato que Jesús con tuvo con las mujeres? ¿Cómo las veía? ¿De qué manera se hizo amigo de ellas?
- ¿Qué podemos hacer cómo parroquia para valorar e incentivar más el trabajo de las mujeres en nuestras comunidades como discípulas y misioneras de Jesús?

## Sesión 9: Jesús, maestro de vida

### VER:

- ¿Quién es o ha sido para ti un maestro ejemplar?
- ¿Por qué Jesús fue tenido como maestro? ¿Cómo enseñaba?
- ¿Qué características tendría que tener una persona para ser considerado como maestro de la vida?

### PENSAR:

La gente llama a Jesús *rabí*, porque lo ven como un maestro. No es solo una forma de tratarle con respeto. Su modo de dirigirse al pueblo para invitar a todos a vivir de otra manera se ajusta a la imagen de un maestro de su tiempo. No es solo un profeta que anuncia la irrupción del reino de Dios. Es un sabio que enseña a vivir respondiendo a Dios.

Como en todos los pueblos, también en la sociedad judía que conoció Jesús predominaba una sabiduría convencional que se había ido configurando a lo largo de los siglos y era aceptada básicamente por todos. La fuente principal de la que arrancaba era la ley de Moisés y las tradiciones que se iban transmitiendo de generación en generación. Esta “cultura religiosa”, alimentada semanalmente en las sinagogas con la lectura de las Escrituras, reavivada en las grandes celebraciones y fiestas del templo, conservada y actualizada por los intérpretes oficiales, era la que impregnaba toda la vida de Israel. De esta tradición religiosa, interiorizada en la conciencia del pueblo, extraían todos su imagen de Dios y el marco de valores que configuraban su visión de la vida: la elección de Israel, su alianza con Yahvé, la ley, el culto del templo, la circuncisión o el descanso del sábado. Ahí se alimentaba su identidad de “hijos de Abrahán”.

Aunque Jesús vive enraizado en lo mejor de esta tradición, su enseñanza tiene un carácter subversivo, pues pone en cuestión la religión convencional. De su enseñanza se desprende una conclusión: está llegando el reino de Dios. No se puede seguir viviendo como si nada ocurriera; hay que pasar de una religión convencional a una vida centrada en el reino de Dios. Lo que se está enseñando en Israel no sirve ya como punto de partida para construir la vida tal como la

quiere Dios. Hay que aprender a responder de manera nueva a la nueva situación creada por la irrupción de Dios.

La gente sabe que Jesús no es un maestro de la ley. No ha estudiado con ningún maestro famoso. No procede de ningún grupo dedicado a interpretar las Escrituras. Jesús se mueve en medio del pueblo. Habla en las plazas y descampados, junto a los caminos y a orillas del lago. Tiene su propio lenguaje y su propio mensaje. Para comunicar su experiencia del reino de Dios, narra parábolas que abren a sus oyentes a un mundo nuevo. Para provocar a la gente a entrar en la dinámica de ese reino, pronuncia sentencias breves en las que resume y condensa su pensamiento. De su boca salen sentencias directas y precisas que apremian a todos a vivir la vida de otra manera.

Jesús tiene un estilo de enseñar muy suyo. Sabe tocar el corazón y la mente de las gentes. Con frecuencia les sorprende con dichos paradójicos y desconcertantes: “Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará” (Marcos 8,35). ¿Será de verdad así? ¿Un asunto de vida o muerte? ¿Una decisión donde uno se juega todo. Otras veces habla con ironía y humor: “¿Cómo es que ves la mota en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga que hay en el tuyo?” (Mateo 7,3). La gente se ríe a carcajadas, pero difícilmente olvidará la lección. Sabe también utilizar con gracia juegos de palabras que les divierten no poco: “¡Guías ciegos, que cuelan un mosquito [en arameo, *galma*] y se tragan un camello [en arameo, *gamla*]!” (Mateo 23,24. La gente se reiría todavía más al recordar que el camello era un animal impuro).

Jesús quiere llegar hasta las gentes más sencillas e ignorantes. Por eso emplea también refranes conocidos por todos. Al pueblo siempre le gustan esos dichos de autor desconocido donde se recoge la experiencia de generaciones. No son dichos originales de Jesús, pero él los utiliza de manera original para enseñar a entrar en el reino de Dios: “Nadie puede ser esclavo de dos señores”; lo dice la experiencia, pero Jesús añade: “No pueden servir a Dios y al Dinero” (Lucas 16,13 // Mateo 6,24). La gente le ha entendido: no se puede atender la llamada de ese Dios que defiende a los últimos y vivir acumulando riqueza. En otra ocasión recuerda otro refrán: “No necesitan médico los sanos, sino los enfermos” (Marcos 2,17). Lo sabe todo el mundo: el médico está para atender a los enfermos. Entonces, ¿por qué no aceptan que se acerque a los pecadores y coma con ellos?

Los judíos hablaban con orgullo de la ley o de la Torá (que literalmente quiere decir “enseñanza” o “instrucción”). Era lo mejor que habían recibido de su Dios. En todas las sinagogas se guardaba con veneración el rollo de la ley (El Pentateuco, los primeros cinco libros de nuestra Biblia) dentro de un cofre depositado en un lugar especial. En esa ley estaba escrita la voluntad del único Dios verdadero. Ahí podían encontrar todo lo que necesitaban para vivir en fidelidad al Dios de la Alianza.

En tiempos de Jesús, la Torá y el Templo eran los dos pilares del judaísmo. Sin embargo, seducido totalmente por el reino de Dios, Jesús no se concentra en la Torá. La ley no ocupa ya un puesto central. Está llegando el reino de Dios, y esto lo cambia todo. La ley puede regular correctamente muchos capítulos de la

vida, pero ya no es lo más decisivo para descubrir la verdadera voluntad de ese Dios entrañable que está llegando. No basta que el pueblo se pregunte qué es ser leal a la ley. Ahora es necesario preguntarse qué significa ser leales al Dios de la compasión.

Jesús busca la verdadera voluntad de Dios con una libertad sorprendente. No se preocupa en absoluto de discutir cuestiones de moral casuística; busca directamente qué es lo que puede hacer bien a las personas. Critica, corrige y rectifica determinadas interpretaciones de la ley cuando las encuentra en contradicción con la voluntad de Dios, que quiere, antes que nada, compasión y justicia para los débiles y necesitados de ayuda.

Por eso, el criterio que Jesús tiene en cuenta es ver si una ley concreta hace bien a la gente y ayuda a que la compasión de Dios vaya entrando en el mundo. Es muy iluminadora su manera de actuar ante la ley del sábado, la fiesta semanal considerada por todos como un regalo de Dios. Según las tradiciones más antiguas, era un día bendito y santo, instituido por Dios para descanso de sus criaturas. Todos debían descansar, incluso los animales que se empleaban para trabajar el campo. El sábado era un día de respiro y de fiesta para gustar la libertad. Ese día, hasta los esclavos y esclavas quedaban liberados de sus trabajos.

Nunca pensó Jesús en suprimir la ley del sábado. Era un regalo demasiado grande para aquellas gentes que necesitaban descansar de sus trabajos y penalidades. Al contrario, lo que hace es devolverle su sentido más genuino: el sábado, como todo lo que viene de Dios, siempre es para el bien, el descanso y la vida de sus criaturas. Su perspectiva no es la de los fariseos ni la de los esenios. Lo que a él le preocupa no es observar escrupulosamente una ley que refuerza la identidad del pueblo. Desde su experiencia de Dios, lo que no se puede tolerar es que una ley impida a la gente experimentar la bondad del Padre. Por eso Jesús se atreve a curar en sábado y decir tajantemente: "El sábado ha sido hecho por amor al ser humano, y no el ser humano por amor al sábado" (Marcos 2,27). Los autores lo consideran un dicho auténtico de Jesús. Lo importante no es la ley, sino la vida que Dios quiere para todos los que sufren.

La única respuesta adecuada a la llegada del reino de Dios es el amor. Jesús no tiene la más mínima duda. El modo de ser y de actuar de Dios ha de ser el programa para todos. Un Dios compasivo está pidiendo de sus hijos e hijas una vida inspirada por la compasión. Jesús habla repetidamente en sus parábolas de la compasión, del perdón, de la acogida a los perdidos, de la ayuda a los necesitados. Ese era su lenguaje de profeta del reino. Pero en alguna ocasión habla también como maestro de vida presentando el amor como la ley fundamental y decisiva. Lo hace asociando de manera íntima e inseparable dos grandes preceptos que gozaban de gran aprecio en la tradición religiosa del pueblo judío: el amor a Dios y el amor al prójimo.

Según las fuentes cristianas, cuando se le pregunta cuál es el primero de todos los mandatos, Jesús responde recordando, en primer lugar, el mandato que repetían todos los días los judíos al recitar la oración del *Shemá* al comienzo y al

final del día: “El primer mandato es: ‘Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor, amarás al Señor, tu Dios, con todo su corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas’”. Esto es lo primero, pero enseguida añade otro mandato que está recogido en el viejo libro del Levítico: “El segundo es: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’. No hay otro mandamiento mayor que estos” (Marcos 12,29-31). El amor a Dios y al prójimo es la síntesis de la ley, el principio supremo que da nueva luz a todo el sistema legal. El amor lo relativiza todo. Si un precepto no se deduce del amor o va contra el amor, queda vacío de sentido; no sirve para construir la vida tal como la quiere Dios.

La llamada de Jesús es clara y concreta. Acoger el reino de Dios no es una metáfora. Es sencillamente vivir el amor al hermano en toda situación. Esto es lo decisivo. Solo se vive como hijo o hija de Dios viviendo de manera fraterna con todos. En el reino de Dios, el prójimo toma el puesto de la ley. A Dios le dejamos reinar en nuestra vida cuando sabemos escuchar con disponibilidad total su llamada escondida en cualquier ser humano necesitado. En el reino de Dios, toda criatura humana, aun la que nos parece más despreciable, tiene derecho a experimentar el amor de los demás y a recibir la ayuda que necesita para vivir dignamente.

El pueblo judío tenía ideas muy claras. El Dios de Israel es un Dios que conduce la historia imponiendo su justicia de manera violenta. El libro del Éxodo recordaba la terrible experiencia de la que había nacido el pueblo de Dios. El Señor escuchó los gritos de los hebreos e intervino de forma poderosa destruyendo a los enemigos de Israel y vengándolos de una opresión injusta. Si lo adoraban como Dios verdadero era precisamente porque su violencia era más poderosa que la de otros dioses. El pueblo lo pudo comprobar una y otra vez. Dios los protegía destruyendo a sus enemigos. Solo con la ayuda violenta de Dios pudieron entrar en la tierra prometida.

La crisis llegó cuando el pueblo se vio sometido de nuevo a enemigos más poderosos que ellos. ¿Qué podían pensar al ver al pueblo elegido desterrado a Babilonia? ¿Qué podían hacer? ¿Abandonar a Yahvé adorando a los dioses de Asiria y Babilonia? ¿Entender de otra manera a su Dios? Pronto encontraron la solución: Dios no ha cambiado; son ellos los que se han alejado de él desobedeciendo sus mandatos. Ahora Yahvé dirige su violencia justiciera sobre su pueblo desobediente, convertido de alguna manera en su “enemigo”. Dios sigue siendo grande, pues se sirve de los imperios extranjeros para castigar al pueblo por su pecado.

El autor del Levítico expone en términos terribles esta teología de un Dios violento que dirige la historia con su poder destructor. “Si caminan según mis preceptos... la espada no traspasará sus fronteras. Perseguirán a sus enemigos, que caerán ante ustedes a filo de espada... Pero si no me escuchan y no cumplen mis mandatos... me volveré contra ustedes y serán derrotados ante sus enemigos; los dominarán los que los aborrecen” (Levítico 26,3.6-7.14-17).

Pasaron los años y el pueblo empezó a pensar que su castigo era excesivo. El pecado había sido ya expiado con creces. Las esperanzas que se despertaron

en el pueblo al volver del destierro habían quedado frustradas. La nueva invasión de Alejandro Magno y la opresión bajo el Imperio de Roma eran una injusticia cruel e inmerecida. Algunos visionarios comenzaron entonces a hablar de una “violencia apocalíptica”. Dios intervendría de nuevo de manera poderosa y violenta para liberar a su pueblo destruyendo a quienes oprimían a Israel y castigando a cuantos rechazaban su Alianza. En tiempos de Jesús, nadie dudaba de la fuerza violenta de Dios para imponer su justicia vengando a su pueblo de sus opresores. Solo se discutía cuándo intervendría, cómo lo haría, qué ocurriría al llegar con su poder castigador. Todos esperaban a un Dios vengador. Uno tras otro, los salmos que recitaban pidiendo la salvación hablaban de la “destrucción de los enemigos”. Esta era la súplica unánime: “¡Dios de la venganza, Yahvé, Dios vengador, manifiéstate! ¡Levántate, juez de la tierra, y da su merecido a los soberbios!”( Salmo 94,1)

Jesús comienza a hablar un lenguaje nuevo y sorprendente. Dios no es violento, sino compasivo; ama incluso a sus enemigos; no busca la destrucción de nadie. Su grandeza no consiste en vengarse, castigar y controlar la historia por medio de intervenciones destructoras. Dios es grande no porque tenga más poder que nadie para destruir a sus enemigos, sino porque su compasión es incondicional hacia todos. Jesús elimina dentro del reino de DIOS la enemistad. Su llamada se podría recoger así: “No sean enemigos de nadie, ni siquiera de quien es su enemigo. Parezcanse a Dios”.

Pero al hablar de amor no está pensando en sentimientos de afecto, simpatía o cariño hacia quien nos hace mal. El enemigo sigue siendo enemigo, y difícilmente puede despertar en nosotros tales sentimientos. Amar al enemigo es, más bien, pensar en su bien, “hacer” lo que es bueno para él, lo que puede contribuir a que viva mejor y de manera más digna.

Todas las esperanzas del pueblo estaban puestas en la intervención poderosa de Dios, que impondría su justicia destruyendo a los enemigos de Israel. Nadie podía pensar de otra manera escuchando las promesas de los profetas y las expectativas de los escritores apocalípticos. Sin embargo, la experiencia de Jesús es diferente. Dios ama la justicia, pero no es destructor de la vida, sino curador; no rechaza a los pecadores, sino que los acoge y perdona. La justicia llegará, pero no será porque Dios la imponga de manera violenta destruyendo a quienes se le oponen.

La llegada de Dios no puede ser violenta y destructora. Al contrario, significará la eliminación de toda forma de violencia entre las personas y los pueblos. Por eso Jesús vive desafiando día a día diferentes formas de violencia, pero sin usar jamás la violencia que destruye al otro. Lo suyo no es destruir, sino curar, restaurar, bendecir, perdonar. Así va irrumpiendo el reino de Dios en el mundo.

Jesús propone una práctica de resistencia no violenta a la injusticia. Lo que hay que hacer es vivir unidos a ese Dios cuyo corazón no es violento, sino compasivo. Sus hijos e hijas han de parecerse a él incluso cuando luchan contra abusos e injusticias. Su lenguaje resulta todavía hoy escandaloso: “hagan el bien

a los que los odian, bendigan a los que los maldice, oren por los que los calumnian. Al que te abofetee en la mejilla derecha, preséntale también la otra; al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, dale también el manto; y al que te obligue a andar una milla, vete con él dos” (Lc 6, 27-30).

Jesús no está alentando la pasividad. No conduce a la indiferencia ni a la rendición cobarde ante la injusticia. Invita más bien a ser dueños de la situación tomando la iniciativa y realizando un gesto positivo de amistad y de gracia que puede desconcertar al adversario.

Es significativo observar que, para presentar el programa o la actuación de Jesús, las fuentes cristianas acuden al profeta Isaías, pero citan solamente textos que hablan de curación, liberación o restauración al tiempo que evitan los que hablan de castigo, venganza o destrucción. Según Lucas 4,18-19, Jesús lee un texto de Isaías que dice “El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y dar la vista a los ciegos, a libertar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor”. El texto se detiene aquí, suprimiendo la frase completa: “Proclamar un año de gracia del Señor y *un día de venganza para nuestro Dios*”

Jesús anima a reaccionar con dignidad creando una situación nueva que haga más patente la injusticia y obligue al violento a reflexionar y, tal vez, a deponer su actitud. No se trata de adoptar una postura victimista, sino de seguir una estrategia amistosa que corte toda posible escalada de violencia.

El reino de Dios exige organizar el mundo no en dirección a la violencia, sino hacia el amor y la compasión. Seguramente Jesús no pensaba en una transformación mágica de aquella sociedad injusta y cruel que tan bien conocía. Pronto podría experimentar en su propia carne el poder brutal de los violentos. Pero tal vez quiere poner en marcha unas minorías radicales y rebeldes que, desviándose de la tendencia más común, puedan liberar a las gentes de la violencia cotidiana que se apodera fácilmente de todos. Jesús piensa en hombres y mujeres que entren en la dinámica del reino de Dios con un corazón no violento, para enfrentarse a las injusticias de manera responsable y valiente, desenmascarando la falta de humanidad que se encierra en toda sociedad que se construye sobre la violencia y vive indiferente al sufrimiento de las víctimas. Estos son los auténticos testigos del reino de Dios en medio de un mundo injusto y violento. No serán muchos. Solo unas minorías capaces de actuar como hijos e hijas del Dios de la compasión y de la paz. No parece que Jesús esté pensando en grandes instituciones. Sus seguidores serán “semilla de mostaza” o pequeño trozo de “levadura”. Pero su vida, casi siempre crucificada, será una luz capaz de anunciar el mundo nuevo de Dios de manera más clara y creíble.

## **ACTUAR:**

- ¿Cuál es la enseñanza fundamental de Jesús? ¿Cómo podemos comunicarla?

- ¿Qué le dirías a un joven que anda en busca de sentido de su vida?
- ¿Qué le dirías a un hombre o mujer que se siente explotado, deprimido o cansado de la vida?
- ¿Por qué es importante la formación en todos los procesos de la parroquia: catequesis, jóvenes, discípulos, matrimonios y ministerios sociales?
- ¿Cómo podemos ser también nosotros maestros de la vida, del amor, del perdón y la reconciliación?

## **Sesión 10: Jesús, creador de un movimiento renovador**

### **VER:**

Se invita a una o dos personas que tengan un ministerio en la parroquia: catequista, ministro de la eucaristía, preparador de los sacramentos o animador de las CEB's. Se le pide que nos cuente brevemente: ¿Cómo aceptó prestar este servicio? ¿Cómo sintió el llamado, cómo fue el llamado/a? ¿Cuáles han sido sus satisfacciones? ¿Cuáles sus dificultades? ¿Qué le mantiene en las comunidades y en este servicio al Pueblo de Dios?

### **PENSAR:**

Desde el primer momento, Jesús se rodea de amigos y colaboradores. La llegada del reino de Dios está pidiendo un cambio de dirección en todo el pueblo, y esto no puede ser tarea exclusiva de un predicador particular. Es necesario poner en marcha un movimiento de hombres y mujeres salidos del pueblo que, a una con él, ayuden a los demás a tomar conciencia de la cercanía salvadora de Dios.

La intención de Jesús parece clara. Sus seguidores lo acompañarán en su vida itinerante por los caminos de Galilea y Judea; compartirán con él su experiencia de Dios; junto a él aprenderán a acoger su llegada; guiados por él participarán en la tarea de anunciar a todos la venida del reino de Dios. Él mismo los educará y adiestrará para esta misión.

En este grupo están sus mejores amigos y amigas, los que le conocen más de cerca, los que han podido captar como nadie su pasión por Dios y por los últimos. No serán un ejemplo de fidelidad en el momento en que ejecuten a Jesús, pero, cuando se vuelvan a encontrar con él lleno de vida, se convertirán en sus testigos más firmes y convencidos: los que mejor transmitirán su mensaje y contagiarán su espíritu. De estos arrancará el movimiento que dio origen al cristianismo.

Jesús tiene algo que atrae a las gentes. Algunos se acercan movidos por la curiosidad y la simpatía hacia el profeta curador. Eran los más numerosos. Entre esa muchedumbre hay, sin embargo, quienes sienten hacia él algo más que

curiosidad. Su mensaje les convence. Algunos le manifiestan su plena adhesión y, aunque no abandonan su casa para seguirle, le ofrecen ayuda y hospitalidad cuando se acerca a su aldea. Hay, por último, un grupo de discípulos y discípulas que lo acompañan en su vida itinerante y colaboran con él de diversas maneras. Entre estos Jesús elige a doce que forman su grupo más estable y cercano.

Jesús provocó un verdadero impacto en las gentes sencillas de Galilea. Primero es sorpresa y curiosidad. Enseguida, esperanza y entusiasmo. Son muchos los que se acercan a escuchar sus parábolas. Bastantes le llevan a sus familiares enfermos o le piden que vaya a sus casas para curar a algún ser querido. Eran, al parecer, gentes que iban y venían. Probablemente lo acompañaban hasta las aldeas vecinas y luego se volvían a su pueblo. No hay duda de que Jesús movilizaba a las gentes y provocaba su entusiasmo. Las diferentes fuentes afirman que Jesús atraía a grandes multitudes. Lo confirma el historiador Flavio Josefo, quien, a finales del siglo 1, asegura que Jesús “atrajo a muchos judíos y también a muchos de origen griego” (*Antigüedades de los judíos* 16, 3, 3). Esta popularidad nunca decayó. Duró hasta el final de su vida.

Gente sencilla, pescadores y campesinos; familias que le traen a sus enfermos; mujeres que se atreven a salir de casa para ver al profeta; mendigos ciegos que tratan de atraer a gritos la atención de Jesús; grupos que viven alejados de la Alianza y son reconocidos como “pecadores” que no practican la ley; mucha gente que andaba abatida y desorientada, “como ovejas sin pastor” (Mateo 9,36, Marcos 6,34), le manifestaron una adhesión cordial a Jesús. Su entusiasmo no es un sentimiento pasajero. Algunos le siguen por los caminos de Galilea. Otros no pueden abandonar sus casas, pero están dispuestos a colaborar con él de diversas maneras. De hecho son los que le ofrecen alojamiento, comida, información y todo tipo de ayuda cuando llega a sus aldeas. Sin su apoyo, difícilmente hubiera podido moverse el grupo de discípulos itinerantes que caminaba acompañando a Jesús.

No conocemos mucho de estos discípulos sedentarios. Sabemos que, cuando sube a Jerusalén, Jesús no se aloja en la ciudad santa; se va a Betania, una pequeña aldea situada a unos tres kilómetros de Jerusalén, donde se hospeda en casa de tres hermanos a los que quería de manera especial: Lázaro, Marta y María. El evangelio de Juan afirma que “Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro” (11,5).

A los integrantes de este grupo tan heterogéneo que compartió la vida itinerante de Jesús se les llama “discípulos”. No era un término habitual en aquella sociedad. El término “discípulo” (*talmid*) no aparece prácticamente en la Biblia judía ni figura tampoco en los escritos de Qumrán o libros de la época. En un determinado momento, Jesús elige de entre estos discípulos que le siguen a un grupo especial de doce que forman el círculo más íntimo en torno a él.

Ni Jesús ni los demás seguidores los llamaron nunca “apóstoles”. La investigación moderna ha logrado clarificar bastante la confusión existente entre los mismos evangelistas en el uso de diferentes términos. “Discípulos” son todos los varones y mujeres que siguen a Jesús en su vida itinerante. Los “Doce” forman

un grupo especial dentro del conjunto de discípulos. En cambio, los “apóstoles” o “enviados” son un grupo concreto de misioneros cristianos (más de doce) que eran enviados por las comunidades cristianas a difundir la fe en Jesucristo.

Los Doce son gentes sencillas y poco cultas que viven de su trabajo. La excepción sería Leví o Mateo, un recaudador de impuestos de Cafarnaún (Cf. Mateo 9,9; 10,3). No hay entre ellos escribas ni sacerdotes. Sin embargo hay diferencias entre ellos. La familia de Santiago y Juan pertenecía a un nivel social elevado. Pedro y su hermano Andrés pertenecían, por el contrario, a una familia de pescadores pobres. Pedro se había casado con una mujer de Cafarnaún y vivían formando una familia múltiple en casa de sus suegros. Lo único que dejan para seguir a Jesús son sus redes (Marcos 1,18).

Al parecer, Jesús tuvo una relación especial con Pedro y la pareja de hermanos formada por Santiago y Juan. Los tres pescaban en la misma zona del lago y se conocían antes de encontrarse con Jesús. Sin duda, Pedro es el discípulo más destacado de los Doce. Las fuentes lo presentan como portavoz y líder de los discípulos en general y de los Doce en particular. En algún momento, Jesús le da el nombre de *Kefas* (“roca”), que, traducido al griego como *Petrós*, se convirtió en su nombre propio: con ese nombre aparece siempre a la cabeza de los Doce. Es el que encabeza siempre las listas de los Doce transmitidas por las fuentes cristianas (Marcos 3,16-19; Mateo 10,2-4; Lucas 6,14-16; Hechos de los Apóstoles 1,1). El testimonio de las fuentes cristianas contribuye a crear la impresión de un hombre espontáneo y honesto, decidido y entusiasta en su adhesión a Jesús, y al mismo tiempo capaz de dudar y de sucumbir a la crisis y al miedo. En sus labios se pone la afirmación más solemne de fe en Jesús: “Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo”, y la negación más rotunda: “No conozco a ese hombre” (Mateo 16,16 y Marcos 14,71, respectivamente). Después de sufrir prisión varias veces en Jerusalén, marchó a Antioquía y más tarde a Roma, donde murió martirizado en tiempos del emperador Nerón, entre los años 64 y 68, tal vez en la colina del Vaticano.

Los Doce tuvieron importancia durante la vida de Jesús y en los primeros días de la Iglesia. Sin embargo, al no responder Israel a la llamada de Jesús, el grupo pensado por él para su restauración perdió su sentido simbólico entre los gentiles y desapareció pronto de la escena. Tan solo Pedro, Santiago y Juan continuaron en Jerusalén o sus cercanías, hasta que el año 43/44 Santiago fue decapitado por Herodes Agripa, y Pedro marchó primeramente a Antioquía y más tarde a Roma. Las cartas a las primeras comunidades hablan de Pablo, Bernabé, Apolo y los “apóstoles” enviados por las comunidades, pero no de los Doce.

Al volver del desierto del Jordán, Jesús se dirigió probablemente a Nazaret. Allí estaba su casa; allí vivía su familia. No sabemos cuánto tiempo permaneció en su pueblo, pero, en un determinado momento, su presencia provocó tensión. Aquel Jesús no era el que habían conocido. Lo veían transformado al hablar en nombre de Dios. Pretendía incluso curar y expulsar demonios, movido por su Espíritu. Sus vecinos quedaron sorprendidos y desconcertados. A sus amigos y amigas de la infancia, que habían jugado y crecido con él, se les hacía difícil creer

en todo aquello. Lo habían visto trabajar como artesano; conocían a su familia. ¿Cómo se le ocurre presentarse ante ellos con pretensiones de profeta?

La llamada de Jesús es radical. Los que le siguen han de abandonar todo lo que tienen entre manos. Jesús va a imprimir una orientación nueva a sus vidas. Los arranca de la seguridad y los lanza a una existencia imprevisible. El reino de Dios está irrumpiendo. Nada los ha de distraer... Jesús les invita a dejar la casa donde viven, la familia y las tierras pertenecientes al grupo familiar (Marcos 10,28-30). Pero sobre todo significa lanzarse a una inseguridad total. Jesús lo sabe por propia experiencia, y no se lo oculta a nadie: "Las zorras tienen madriguera y los pájaros del cielo nido, pero este hombre no tiene donde recostar su cabeza". (Lucas 9,58// Mateo 8,20).

Abandonar la casa era desentenderse de la familia, no proteger su honor, no trabajar para los suyos ni contribuir a la conservación de su patrimonio. ¿Cómo les puede hablar Jesús de "abandonar las tierras", el bien máspreciado para aquellos campesinos, el único medio que tienen para subsistir, lo único que reporta a la familia un prestigio social? Lo que les pide es sencillamente excesivo: un gesto de ingratitud e insolidaridad; una vergüenza para toda la familia y una amenaza para su futuro. Jesús es consciente de los conflictos que puede provocar en aquellas familias patriarcales. En alguna ocasión llega a decirles esto: "No piensen que he venido a traer paz a la tierra, sino espada. Sí, he venido a enfrentar al padre contra su hijo y al hijo contra su padre; a la madre contra su hija y a la hija contra su madre; a la suegra contra su nuera y a la nuera contra su suegra, los enemigos de cada uno serán los de su casa" (Mateo 10, 34-36). Jesús exige a sus discípulos fidelidad a su persona por encima de la fidelidad a sus propias familias. Si se produce un conflicto entre ambas fidelidades, han de optar por él.

¿Qué podía pensar la gente de este grupo tan especial de personas que acompañaban a Jesús en su vida de profeta itinerante? ¿Para qué los había llamado? ¿Quería enseñarles una doctrina nueva para que la difundieran fielmente por todo Israel? En este caso era extraño que no se hubiera fijado en personas más instruidas que aquellos pescadores y campesinos ignorantes. ¿Por qué les exigía una adhesión tan absoluta e incondicional? ¿Estaba pensando en iniciar una "guerra santa" contra Roma? Era un grupo demasiado insignificante para intentar algo así. ¿Quería fundar una comunidad pura y santa, parecida a la que los esenios habían constituido en el desierto de Qumrán? Pero, en ese caso, ¿qué hacían en aquel grupo mujeres como María de Magdala o recaudadores como Leví?

La atmósfera que se vive en su entorno no es la de una escuela rabínica. No los ha llamado Jesús para estudiar la ley ni para aprender de memoria las tradiciones religiosas. Jesús no les habla como un rabino que expone la ley, sino como un profeta lleno de Dios. Su meta no es alcanzar un día la posición honorable de rabinos, sino compartir el destino inseguro y hasta peligroso de Jesús. Lo propio de estos discípulos no es aprender las ideas defendidas por un maestro, sino "seguir" a Jesús y vivir con él la acogida del reino de Dios. Lo que se respira junto a Jesús es inusitado, algo verdaderamente único.

De él van aprendiendo otra manera de entender y de vivir la vida. Perciben la ternura con que acoge a los más pequeños y desvalidos. Se emocionan al observar cómo se conmueve ante la desgracia y el sufrimiento de los enfermos: de él aprenden a tocar a aquellos leprosos y leprosas a los que nadie toca. Los enardece su pasión por defender la dignidad de cada persona y su libertad para hacer el bien: comprueban que van creciendo las tensiones y conflictos con algunos sectores más rigoristas, pero nada ni nadie puede detener a su Maestro cuando se trata de defender a los humillados. Les conmueve su acogida amistosa a tanta gente víctima de su pecado: de él van aprendiendo a sentarse a la mesa con gente indeseable, mujeres de vida ambigua y pecadores olvidados de la Alianza. Es envidiable su pasión por la verdad, esa capacidad de Jesús para ir al fondo de las cosas, por encima de teorías y legalismos engañosos. Les cuesta acostumbrarse a ese lenguaje nuevo de su maestro, que insiste en liberar a la gente de sus miedos para que puedan confiar plenamente en Dios. Le oyen repetir por todas partes algo que no es frecuente entre los maestros de la ley: “No tengan miedo”. A todos les desea siempre lo mismo: “Vete en paz”. Algo nuevo se despierta en el corazón de sus discípulos y discípulas. Esa paz contagiosa, esa pureza de corazón sin envidia ni ambición alguna, su capacidad de perdón, sus gestos de misericordia ante toda flaqueza, humillación o pecado, esa lucha apasionada por la justicia en favor de los más débiles y maltratados, su esperanza inquebrantable en el Padre.

La igualdad de todos y la acogida servicial a los últimos son los dos rasgos que más cuida Jesús entre sus seguidores y seguidoras. Esta es la herencia que quiere dejar tras de sí: un movimiento de hermanas y hermanos al servicio de los más pequeños y desvalidos. Este movimiento será símbolo y germen del reino de Dios. Jesús los llama para que compartan su experiencia de la irrupción del reino de Dios y, juntamente con él, participen en la tarea de ayudar a la gente a acogerlo. Dejan su trabajo, pero no para vivir en el ocio y la vagancia, sino para entregarse con todas sus energías al reino de Dios. Abandonan a su padre para defender a tantas gentes privadas de padre y protección. Hay que crear una familia nueva acogiendo al único Padre de todos.

En aquel grupo se empezará a vivir la vida tal como la quiere realmente Dios. Con ellos se irá definiendo, dentro de la cultura dominante del Imperio, una vida diferente: la vida del reino de Dios. No es difícil apuntar algunos rasgos.

- 1) Confianza en Dios: Los seguidores de Jesús tuvieron que aprender a vivir en la inseguridad. Cuando entraban en un pueblo, podían ser acogidos o rechazados. Solo los simpatizantes les ofrecían hospitalidad. No es extraño que, en alguna ocasión, se despertara en ellos la preocupación: ¿qué van a comer? ¿Con qué se van a vestir? Son las preocupaciones de todos los vagabundos. Jesús les infunde su confianza en Dios: “No se preocupen pensando qué van a comer para poder vivir, ni con qué vestido cubrirán su cuerpo...” (Lucas 12,22-31). El grupo ha de vivir con paz y confianza. Cómo no va cuidar de ellos ese Padre que cuida de los pájaros del cielo y las flores del campo.

- 2) Alegría por el Reino: Estos hombres y mujeres lo habían dejado todo porque habían encontrado “el tesoro escondido” o “la perla preciosa”. En sus rostros se podía ver la alegría de quienes han empezado a descubrir el reino de Dios. No tenía sentido ayunar ni hacer duelo. Vivir junto a Jesús, estar con él, era una fiesta. Algo parecido al ambiente que se creaba en las bodas de los pueblos. Jesús les enseñaba a celebrar con gozo la recuperación de tanta gente perdida. Sentados a la mesa con Jesús, los discípulos se sentían como los “amigos” del pastor, que, según una parábola, disfrutaban al verlo llegar con la oveja perdida; las discípulas, por su parte, se alegraban como las “vecinas” de aquella pobre mujer, que, según otra parábola, había encontrado la moneda perdida. En esta alegría de sus seguidores podrán descubrir todos que Dios es una buena noticia para los perdidos.
- 3) Anunciar a Dios curando: Jesús les da poder y autoridad para expulsar demonios y curar enfermedades y dolencias (Mateo 10,1 // Marcos 6,7 // Lucas 9,1). Estas serán las dos grandes tareas de sus enviados: decir a la gente lo cerca que está Dios y curar a las personas de todo cuanto introduce mal y sufrimiento en sus vidas. Las dos tareas son inseparables. Harán lo que le han visto hacer a él: curar a las personas haciéndoles ver lo cerca que está Dios de su sufrimiento: “Allí donde lleguen, curen a los enfermos que haya y anuncienles: está llegando a ustedes el reino de Dios” (Mateo 10,7-9 // Lucas 10,8-9). “Anunciar el reino” y “curar enfermos” son las dos tareas inseparables que Jesús confió a sus discípulos.

Jesús ve a sus discípulos como “pescadores de hombres”. La metáfora es sorprendente y llamativa, muy del lenguaje creativo y provocador de Jesús. Se le ocurrió seguramente en las riberas del mar de Galilea, al llamar a algunos pescadores a abandonar su trabajo para colaborar con él. En adelante pescarán hombres en vez de peces: “Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres” (Marcos 1,17). La metáfora cobraba en labios de Jesús un contenido salvífico y liberador. Él llama a sus discípulos para rescatar a las personas de las “aguas abismales” del mal, para liberarlas del poder de Satán y para introducir las así en la vida del reino de Dios. En la mentalidad semita, las aguas del mar evocan fácilmente las aguas abismales, el caos y el horror del mundo del mal, hostil a Dios. En este contexto hay que leer la imagen de Jesús.

## **ACTUAR:**

- ¿Cuál es la invitación fundamental que me hace Jesús? ¿A qué me llama en mi vida ordinaria?
- ¿Por qué es importante no solo formarse y escuchar la Palabra sino ser “pescadores de hombres” y anunciadores de la buena nueva de Jesús?

- ¿Qué podemos hacer para relanzar, fortalecer y renovar las CEB's en nuestra parroquia?

## **Sesión 11: Jesús, creyente fiel**

### **VER:**

Se invita a todo el grupo a ponerse de pie para hacer una oración. Nos colocamos en círculo. Espontáneamente algunas personas pueden ir compartiendo y celebrando su fe diciendo: "Yo creo en..." o "Para mí Dios es...".

### **PENSAR:**

La experiencia de Dios fue central y decisiva en la vida de Jesús. El profeta itinerante del reino, curador de enfermos y defensor de pobres, el poeta de la misericordia y maestro del amor, el creador de un movimiento nuevo al servicio del reino de Dios, no es un hombre disperso, atraído por diferentes intereses, sino una persona profundamente unificada en torno a una experiencia nuclear: Dios, el Padre de todos.

Hay algo que se percibe enseguida. Jesús no propone una doctrina sobre Dios. Nunca se le ve explicando su idea de Dios. Para Jesús, Dios no es una teoría. Es una experiencia que lo transforma y le hace vivir buscando una vida más digna, amable y dichosa para todos. No pretende en ningún momento sustituir la doctrina tradicional de Dios con otra nueva. Su Dios es el Dios de Israel: el único Señor, creador de los cielos y de la tierra, el salvador de su pueblo querido, el Dios cercano de la Alianza en el que creen los israelitas.

La diferencia está en que los dirigentes religiosos de aquel pueblo asocian a Dios con su sistema religioso, y no tanto con la felicidad y la vida de la gente. Lo primero y más importante para ellos es dar gloria a Dios observando la ley, respetando el sábado y asegurando el culto del templo. Jesús, por el contrario, asocia a Dios con la vida: lo primero y más importante para él es que los hijos e hijas de Dios disfruten de la vida de manera justa y digna. Los sectores más religiosos se sienten urgidos por Dios a cuidar la religión del templo y el cumplimiento de la ley. Jesús, por el contrario, se siente enviado a promover la justicia de Dios y su misericordia.

Lo que más escandaliza es que Jesús no duda en invocar a Dios para condenar o transgredir la religión que lo representa oficialmente, siempre que ésta se convierte en opresión y no en principio de vida. Su experiencia de Dios le empuja a liberar a las gentes de miedos y esclavitudes que les impiden sentir y experimentar a Dios como él lo siente y experimenta: amigo de la vida y de la felicidad de sus hijos e hijas.

Jesús nació en un pueblo creyente. Como todos los niños y niñas de Nazaret, aprendió a creer en el seno de su familia y en los encuentros que se celebraban los sábados en la sinagoga. Más tarde conocería en Jerusalén la alegría religiosa de aquel pueblo que se sentía acompañado a lo largo de su historia por un Dios amigo al que alababan y cantaban en las grandes fiestas. Desde niño quedó grabada en Jesús la imagen de un Dios liberador, preocupado por la felicidad del pueblo, un Dios cercano que actúa en la vida movido por su ternura hacia los que sufren. Su propio nombre se lo recordaba: Yeshúa, "Yahvé salva".

Jesús siente a Dios actuando ahora, en el presente. La acción creadora de Dios no es algo del pasado: mientras recorre los caminos de Galilea, él mismo intuye su aliento de vida alimentando a los pájaros del cielo y vistiendo de colores a las flores del campo. No fue solo Moisés o los grandes líderes del pueblo quienes escucharon en otro tiempo la Palabra de Dios, Jesús se alegra de que las gentes más sencillas e ignorantes escuchen ahora la revelación del Padre. Este acento que Jesús pone en la acción de Dios en el presente y su poco interés por el pasado lo diferencian claramente de sus contemporáneos.

Dios es para él el gran defensor de las víctimas, el que lo empuja a convivir con los pobres y acoger a los excluidos. A ese Dios invoca para combatir la injusticia, condenar a los terratenientes y amenazar incluso a la religión del templo; un culto vacío de justicia y compasión no merece otro futuro que el de su destrucción. Dios es amor al que sufre y, precisamente por eso, es juicio contra toda injusticia que deshumaniza y hace sufrir. Sin embargo, Jesús vive siempre más conmovido por el amor salvador de Dios que por su juicio. Le fascina el perdón insondable de Dios, totalmente inmerecido por los seres humanos.

Pero no se contenta con recordar y revivir el itinerario espiritual de Israel. Busca a Dios en su propia existencia y, lo mismo que los profetas de otros tiempos, abre su corazón a Dios para escuchar lo que quiere decir en aquel momento a su pueblo y a él mismo. Se adentra en el desierto y escucha al Bautista; busca la soledad de lugares retirados; pasa largas horas de silencio. Y el Dios que habla sin pronunciar palabras humanas se convierte en el centro de su vida y en la fuente de toda su existencia. Las fuentes cristianas coinciden en afirmar que la actividad profética de Jesús comenzó a partir de una intensa y poderosa experiencia de Dios. Con ocasión de su bautismo en el Jordán, Jesús experimenta algún tipo de vivencia que transforma decisivamente su vida. No permanece por mucho tiempo junto al Bautista. Tampoco vuelve a su trabajo de artesano en la aldea de Nazaret. Movido por un impulso interior incontenible, comienza a recorrer los caminos de Galilea anunciando a todos la irrupción del reino de Dios.

Esto es lo que se lee en el evangelio más antiguo: “En cuanto salió del agua, vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, descendía sobre él. Y se oyó una voz que venía del cielo: Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco”. El relato de su experiencia se puede leer en Marcos 1,10-11; Mateo 3,16-17; Lucas 3, 21-22; Juan 1,32-34. La escena está construida con rasgos claramente míticos: “los cielos se rasgan”, el Espíritu de Dios desciende con suavidad sobre Jesús “en forma de paloma”, enseguida se oye “una voz que viene de los cielos”. Son los recursos de quien desea sugerir una “teofanía” o comunicación de Dios, que va más allá de las vivencias ordinarias. La tradición ha conservado de esa forma el recuerdo de una experiencia decisiva de Jesús difícil de expresar, pero clave para “entender” mejor su actividad y su mensaje.

La experiencia tiene lugar en un momento muy especial. Jesús se ha acercado hasta el Jordán buscando a Dios y se ha unido humildemente a otras gentes de su pueblo para recibir el bautismo de Juan. Jesús se pone ante Dios. Su actitud es de disponibilidad total. Es entonces cuando, según el relato, “vio que los cielos se rasgaban”: el Dios misterioso e insondable se le va a comunicar; el Padre va a “dialogar” con Jesús. Recién salido de las aguas del Jordán, aquel buscador de Dios va a vivir una doble experiencia. Se va a descubrir a sí mismo como Hijo muy querido: ¡Dios es su Padre! Al mismo tiempo se va a sentir lleno de su Espíritu. Estas dos vivencias constituyen en realidad dos aspectos de una única experiencia que va a marcar para siempre a Jesús.

“Eres mi hijo querido, en ti me complazco”. Te quiero entrañablemente. Me llena de gozo que seas mi Hijo. Me siento feliz. Jesús responderá con una sola palabra: *Abbá*. En adelante no lo llamará con otro nombre cuando se comunique con él. Esa palabra lo dice todo: su confianza total en Dios y su disponibilidad incondicional. Su confianza hace de él un ser libre de costumbres, tradiciones o modelos rígidos; su fidelidad al Padre le hace actuar de manera creativa, innovadora y audaz. Su fe es absoluta.

Esta confianza genera en Jesús una docilidad incondicional ante su Padre. Solo busca cumplir su voluntad. Es lo primero para él. Nada ni nadie le apartará de su camino: como hijo bueno busca ser la alegría de su Padre; como hijo fiel vive identificándose con él e imitando siempre su modo de actuar. Esta es la motivación secreta que lo alienta en todo. Su actitud ante el Padre no consiste en cumplir “leyes” dictadas por él, sino en identificarse con él y buscar lo que más le agrada: la vida plena de sus hijos e hijas.

Jesús no olvidó nunca su experiencia del Jordán. En medio de su intensa actividad de profeta itinerante cuidó siempre su comunicación con Dios en el silencio y la soledad. Las fuentes cristianas han conservado el recuerdo de una costumbre que causó honda impresión: Jesús se solía retirar a orar. No se contenta con rezar en los tiempos prescritos para todo judío piadoso, sino que busca personalmente el encuentro íntimo y silencioso con su Padre.

Es poco lo que sabemos sobre la postura exterior que adopta Jesús al orar. Casi siempre ora de pie, como todo judío piadoso, en actitud serena y confiada ante Dios, pero las fuentes nos dicen que la noche que pasó en Getsemaní, la

víspera de su ejecución, ora “postrado en tierra”, en un gesto de abatimiento, pero también de sumisión total al Padre (Marcos 14,35). Refiriéndose a esa noche de Getsemaní, un escrito cristiano redactado entre los años 65 y 67, y que se llama tradicionalmente carta a los Hebreos, dice que Jesús oraba “con gritos y lágrimas” (5,7).

La oración de Jesús posee rasgos inconfundibles. Es una oración sencilla, “en lo secreto”, sin grandes gestos ni palabras solemnes, sin quedarse en apariencia, sin utilizarla para alimentar el narcisismo o el autoengaño. Su oración no es tampoco un rezo mecánico ni una repetición casi mágica de palabras. No hay que multiplicar fórmulas, como hacen los paganos hasta “cansar” a los dioses, creyendo que así serán escuchados. Basta con presentarse ante Dios como hijos necesitados: “Ya sabe su Padre lo que necesitan antes de que ustedes se lo pidan” (Mateo 6,5-6).

Jesús oraba a Dios, lo invocaba, con una expresión desacostumbrada. Lo llamaba *Abbá*. Experimenta a Dios como alguien tan cercano, bueno y entrañable que, al dialogar con él, le viene espontáneamente a los labios solo una palabra: *Abbá*, Padre mío querido. Este modo de tratar con Dios no es convencional. Nace de su experiencia más íntima y se distancia del tono solemne con que, por lo general, sus contemporáneos se dirigen a Dios, acentuando la distancia y el temor reverencial. Llamar a Dios *Abbá* indica cariño, intimidad y cercanía, pero también respeto y sumisión. El cariño que evoca el término *abbá* usado por Jesús no se opone al respeto, sino a la distancia.

Lo que define a Dios no es su poder, como entre las divinidades paganas del Imperio; tampoco su sabiduría, como en algunas corrientes filosóficas de Grecia. La realidad última de Dios, lo que no podemos pensar ni imaginar de su misterio, Jesús lo capta como bondad y salvación. Dios es bueno con él y es bueno con todos sus hijos e hijas. Lo más importante para Dios son las personas; mucho más que los sacrificios o el sábado. Dios solo quiere su bien. Nada ha de ser utilizado contra las personas, y menos aún la religión. Cualquiera puede tener con él una relación directa e inmediata desde lo secreto del corazón. No son necesarias mediaciones rituales ni liturgias sofisticadas, como la del templo, para encontrarse con él. Jesús invita a vivir confiando en el Misterio inefable de un Dios bueno y cercano: “Cuando oren, digan: “¡Padre!”” (Lucas 11,2). En Mateo 6,6 se recoge esta recomendación de Jesús: “Tú, cuando ores, entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto”.

Jesús no puede pensar en Dios sin pensar en su proyecto de transformar el mundo. No separa nunca a Dios de su reino. No lo contempla encerrado en su propio mundo, aislado de los problemas de la gente; lo siente comprometido en humanizar la vida. Para Jesús, el lugar privilegiado para captar a Dios no es el culto, sino allí donde se va haciendo realidad su reino de justicia entre los hombres.

Si algo desea el ser humano es vivir, y vivir bien. Y si algo busca Dios es que ese deseo se haga realidad. Cuanto mejor vive la gente, mejor se realiza el reino de Dios. Para Jesús, la voluntad de Dios no es ningún misterio: consiste en

que todos lleguen a disfrutar la vida en plenitud. En ninguna parte encontraremos mejor “aliado” de nuestra felicidad que en Dios. Cualquier otra idea de un Dios interesado en recibir de los hombres honor y gloria, olvidando el bien y la dicha de sus hijos e hijas, no es de Jesús. A Dios le interesa el bienestar, la salud, la convivencia, la paz, la familia, el disfrute de la vida, el cumplimiento pleno y eterno de sus hijos e hijas.

El sufrimiento, la enfermedad o la desgracia no son expresión de su voluntad; no son castigos, pruebas o purificaciones que Dios va enviando a sus hijos. Es inimaginable encontrar en Jesús un lenguaje de esta naturaleza. Si se acerca a los enfermos, no es para ofrecerles una visión piadosa de su desgracia, sino para potenciar su vida. Aquellos ciegos, sordos, cojos, leprosos o poseídos pertenecen al mundo de los “sin vida”. Jesús les regala algo tan básico y elemental como es caminar, ver, sentir, hablar, ser dueños de su mente y de su corazón. Esos cuerpos curados contienen un mensaje para todos: Dios quiere ver a sus hijos llenos de vida.

Una religión que va contra la vida es falsa. Cuando la ley religiosa hace daño y hunde a las personas en la desesperanza, queda vacía de autoridad, pues no proviene del Dios de la vida. La posición de Jesús quedó grabada para siempre en un aforismo inolvidable: “El sábado ha sido instituido por amor al hombre, y no el hombre por amor al sábado” (Marcos 2,27). Movidado por este Dios de la vida, Jesús se acerca a los olvidados por la religión. El Padre no puede quedar acaparado por una casta de piadosos ni por un grupo de sacerdotes controladores de la religión. Dios no otorga a nadie una situación de privilegio sobre los demás; no da a nadie un poder religioso sobre el pueblo, sino fuerza y autoridad para hacer el bien. Así actúa siempre Jesús: no con autoritarismo e imposición, sino con fuerza curadora. Libera de miedos generados por la religión, no los introduce; hace crecer la libertad, no la servidumbre; atrae hacia la misericordia de Dios, no hacia la ley; despierta el amor, no el resentimiento.

El Padrenuestro ha llegado a nosotros en dos versiones ligeramente diferentes. El análisis riguroso de los textos permite detectar añadidos y modificaciones posteriores, hasta llegar a una oración breve, sencilla, de sabor arameo, que estaría muy próxima a la pronunciada por Jesús. Esta sería la oración que enseñó: “Padre, santificado sea tu nombre; venga tu reino; danos hoy nuestro pan de cada día; perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores y no nos llesves a la prueba” (Lucas 11,2-4 // Mateo 6,9-13).

- *¡Padre!* Esta es siempre la primera palabra de Jesús al dirigirse a Dios. Él es el “Padre del cielo”. No está ligado al templo de Jerusalén ni a ningún otro lugar sagrado. Es el Padre de todos, sin discriminación ni exclusión alguna. No pertenece a un pueblo privilegiado. No es propiedad de una religión. Todos lo pueden invocar como Padre.
- *Santificado sea tu nombre.* No es una petición más. Es el primer deseo que le nace del alma a Jesús, su aspiración más ardiente. “Haz que tu nombre de Padre sea reconocido y venerado. Que todos conozcan la bondad y la

fuerza salvadora que encierra tu nombre santo. Que nadie lo ignore o desprecie. Que sean desterrados los nombres de los dioses e ídolos que matan a tus pobres. Que todos bendigan tu nombre de Padre bueno”.

- *Venga tu reino.* Esta es la pasión de su vida, su objetivo último: “Que tu reino se vaya abriendo camino entre nosotros. Que la "semilla" de tu fuerza salvadora siga creciendo, que la "levadura" de tu reino lo fermente todo. Que a los pobres y maltratados les llegue ya tu Buena Noticia. Que los que sufren sientan tu acción curadora. Llena el mundo de tu justicia y tu verdad, de tu compasión y tu perdón”.
- *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.* Esta petición, añadida probablemente por Mateo, no hace sino repetir y reforzar las dos anteriores de Jesús, comprometiéndonos aún más en el proyecto salvador de Dios: “Que se haga tu voluntad y no la nuestra. Que se cumplan tus deseos, pues tú solo quieres nuestro bien.
- *Danos hoy el pan de cada día.* “Danos a todos el alimento que necesitamos para vivir. Que a nadie le falte hoy pan. No te pedimos dinero ni bienestar abundante, no queremos riquezas para acumular, solo pan para todos. Que los hambrientos de la tierra puedan comer; que tus pobres dejen de llorar y empiecen a reír; que los podamos ver viviendo con dignidad”.
- *Perdónanos nuestras deudas como también nosotros, al decirte esto, perdonamos a nuestros deudores.* Estamos en deuda con Dios. Es nuestro gran pecado: no responder al amor del Padre, no entrar en su reino. “Perdónanos nuestras deudas, no solo las ofensas contra tu ley, sino el vacío inmenso de nuestra falta de respuesta a tu amor”.
- *No nos dejes caer en la tentación:* “No nos dejes caer en la tentación de rechazar definitivamente tu reino y tu justicia. Danos tu fuerza. No dejes que caigamos derrotados en la prueba final. Que en medio de la tentación y del mal podamos contar con tu ayuda poderosa”.
- *Líbranos del mal.* Mateo ha añadido esta petición final para reforzar y completar la anterior de Jesús. De esta manera, mientras las oraciones judías acaban casi siempre con una alabanza a Dios, el Padrenuestro termina con un grito de socorro, que queda resonando en nuestras vidas: ¡Padre, arráncanos del mal!

## **ACTUAR:**

- ¿En qué cree Jesús? ¿Cuál es su fe? ¿Cómo la vive, la celebra, la comparte?
- ¿En qué o en quién creemos nosotros? ¿Cómo vivimos nuestra fe? ¿Cómo oramos?

- Terminamos con la oración del Padre Nuestro, tomados de la mano, meditando cada una de sus frases, con el compromiso de vivir lo que rezamos.

## **Sesión 12: Jesús, hombre en conflicto**

### **VER:**

- ¿Cuáles son los principales conflictos sociales que enfrentamos aquí en la Comarca Lagunera?
- ¿Por qué son inevitables en el hombre y la sociedad los conflictos?
- ¿Qué experiencias podríamos compartir en cuanto al manejo de conflictos, resolución de problemas o superación de crisis aquí en la parroquia?

### **PENSAR:**

Jesús no pudo disfrutar de una vejez tranquila. Murió violentamente en plena madurez. No lo abatió una enfermedad. Tampoco fue víctima de un accidente. Lo ejecutaron en las afueras de Jerusalén, junto a una vieja cantera, unos soldados a las órdenes de Pilato, máxima autoridad romana en Judea. Era probablemente el 7 de abril del año 30.

Su trágico final no fue una sorpresa. Se había ido gestando día a día desde que comenzó a anunciar con pasión el proyecto de Dios que llevaba en su corazón. Mientras la gente lo acogía casi siempre con entusiasmo, en diversos sectores se iba despertando la alarma. La libertad de aquel hombre lleno de Dios resultaba inquietante y peligrosa. Su conducta original e inconformista los irritaba. Jesús era un estorbo y una amenaza. Su empeño en anunciar un vuelco de la situación y su programa concreto para acoger el reino de Dios y su justicia era un desafío al sistema. El rechazo se iba gestando no en el pueblo, sino entre aquellos que veían en peligro su poder religioso, político o económico.

Según los evangelios, Jesús entró pronto en conflicto con los fariseos. Los fariseos eran, probablemente, quienes más trataban de influir en la vida de la gente. Eran un grupo formado por letrados, muy familiarizados con las tradiciones

y costumbres de Israel. Se sentían unidos por un conjunto de creencias y prácticas que los identificaba ante el pueblo. La primera preocupación del movimiento fariseo era asegurar la respuesta fiel de Israel al Dios santo que les había regalado la ley, que los distinguía de todos los pueblos de la tierra. De ahí su desvelo por ahondar en el estudio de la Torá y su cuidado por cumplir estrictamente todas las prescripciones, en especial las que reforzaban la identidad del pueblo santo de Dios: el sábado, el pago de los diezmos para el templo o la pureza ritual.

No es nada fácil reconstruir la relación que pudo tener Jesús con los sectores fariseos. Los evangelios lo presentan siempre en conflicto con ellos. Son sus adversarios por excelencia: los que se enfrentan a él, le hacen preguntas capciosas y tratan de desacreditarlo ante el pueblo. Jesús, por su parte, los denuncia: no entran en el reino de Dios ni dejan entrar a los que quieren hacerlo; están “lentos de hipocresía y de maldad”; son “guías ciegos” que se preocupan de minucias y “descuidan la justicia, la misericordia y la fe”; se parecen a sepulcros blanqueados, “hermosos por fuera”, pero, por dentro, “lentos de huesos de muerto y de podredumbre” (Cf. Mateo 23, 2-36).

Los fariseos no pueden ignorar a un hombre que busca con tanta pasión la voluntad de Dios. Seguramente escuchan con agrado la llamada ardiente que hace a todo el pueblo para buscar su justicia. Les atrae su radicalidad. Comparten con él la esperanza en la resurrección final. Sin embargo, su anuncio del reino de Dios los desconcierta. Jesús no entiende ni vive la ley como ellos. Su corazón está centrado en la irrupción inminente del reino de Dios. Cuanto más lo escuchan, más inevitables son las discrepancias. Lo que más los irrita es, seguramente, su pretensión de hablar directamente en nombre de Dios, con autoridad propia, sin atender a lo que enseñan otros maestros. También les molesta su libertad para transgredir algo tan sagrado como el sábado y que no se sienta obligado a seguir la normativa de la pureza ritual en la línea que ellos enseñan. No pueden entender su increíble acogida a los pecadores. Ningún profeta de Dios actuaba así. Cómo puede comer, compartir la vida, con quienes viven fuera de la Alianza sin dar signos de arrepentimiento. Resulta ofensivo que Jesús los admita amistosamente en nombre de Dios, sin exigirles la penitencia y los sacrificios prescritos para todo pecador alejado de la ley.

Jesús tuvo muchos conflictos con los fariseos pero no fueron ellos los que buscaron su condena o ejecución. La verdadera amenaza contra él proviene de otros sectores: de la aristocracia sacerdotal y laica de Jerusalén, y de la autoridad romana.

Es un error considerar a los sumos sacerdotes como una autoridad exclusivamente religiosa con unas competencias limitadas al ámbito del templo. Ejercían un poder político en estrecha colaboración con el prefecto romano, que era quien lo designaba o cesaba. Roma se reservaba la defensa de las fronteras, el mantenimiento de la *pax romana* contra cualquier tipo de sedición, la recaudación puntual de los tributos y la facultad de dictar sentencias de muerte.

No es posible hoy reconstruir el relato original de Jesús, llamado tradicionalmente parábola de “los viñadores homicidas” (Cf. Mateo 21, 33-39 // Marcos 12, 1-8 // Lc 20, 9-15), pero probablemente encerraba una fuerte crítica a las autoridades religiosas de Jerusalén: no han sabido cuidar del pueblo que se les ha confiado, han pensado solo en sus propios intereses y se han sentido los propietarios de Israel, cuando solo eran sus administradores. Más grave aún: no han acogido a los enviados de Dios, sino que los han ido rechazando uno tras otro. Si realmente fue este el mensaje de la parábola, la vida de Jesús corría grave peligro. Los sumos sacerdotes no podían tolerar semejante agresión.

Este enfrentamiento a los poderosos dirigentes del templo era mucho más temible que las disputas con escribas y fariseos sobre cuestiones de comportamiento práctico. Jesús se fue convirtiendo en un profeta inquietante, fuente de preocupación primero y peligro potencial de subversión más tarde, según se iba conociendo mejor el impacto de su actuación.

Jesús contó con la posibilidad de un final violento. No era un ingenuo. Sabía el peligro al que se exponía si continuaba su actividad y seguía insistiendo en la irrupción del reino de Dios. Tarde o temprano su vida podía desembocar en la muerte. Era peligroso buscar una vida digna y justa para los últimos. No podía promover el reino de Dios como un proyecto de justicia y compasión para los excluidos y rechazados sin provocar la persecución de aquellos a los que no interesaba cambio alguno ni en el Imperio ni en el templo. Era imposible solidarizarse con los últimos como lo hacía él sin sufrir la reacción de los poderosos. Jesús sabía que tanto Herodes como Pilato tenían poder para darle muerte.

Probablemente Jesús contó desde muy pronto con la posibilidad de un desenlace fatal. Primero era solo una posibilidad; más tarde se convertiría en un final bastante probable; por último, en una certeza. No es fácil vivir día a día teniendo como horizonte un final violento. ¿Podemos saber algo del comportamiento de Jesús? Ciertamente no era un suicida. No buscaba el martirio. No era ese el objetivo de su vida. Nunca quiso el sufrimiento ni para él ni para los demás. Toda su vida se había dedicado a combatirlo en la enfermedad, las injusticias, la marginación, el pecado o la desesperanza. Si acepta la persecución y el martirio será por fidelidad al proyecto del Padre, que no quiere ver sufrir a sus hijos e hijas. Por eso Jesús no corre tras la muerte, pero tampoco se echa atrás. No huye ante las amenazas; tampoco modifica su mensaje; no lo adapta ni suaviza. Le habría sido fácil evitar la muerte. Habría bastado con callarse y no insistir en lo que podía irritar en el templo o en el palacio del prefecto romano. No lo hizo. Continuó su camino. Prefería morir antes que traicionar la misión para la que se sabía escogido. Actuaría como Hijo fiel a su Padre querido. Mantenerse fiel no era solo aceptar un final violento. Significaba tener que vivir día a día en un clima de inseguridad y enfrentamientos; no poder anunciar el reino de Dios desde una vida tranquila y serena; verse expuesto continuamente a la descalificación y el rechazo.

Era inevitable que, en su conciencia, se despertaran no pocas preguntas: ¿cómo podía Dios llamarlo a proclamar la llegada decisiva de su reinado, para

dejar luego que esta misión acabara en un fracaso? ¿Es que Dios se podía contradecir? ¿Era posible conciliar su muerte con su misión? El relato de las tentaciones (// Mateo 4,1-11 Marcos 1,12-13 Lucas 4,1-13) y la oración en Getsemaní (Mateo 26,39 // Marcos 14,36 // Lucas 22,42) nos permiten vislumbrar, aunque sea de lejos, la oscuridad y las luchas vividas por Jesús.

Se necesitaba mucha confianza para dejarle actuar a Dios y ponerse en sus manos, a pesar de todo. Jesús lo hizo. Su actitud no tuvo nada de resignación sumisa. Aplicar a Jesús la imagen de la “oveja muda que no abre la boca” (Isaías 53,7) puede falsear la realidad. Jesús no se calló. Fue ejecutado por “abrir su boca” para defender las exigencias del reino de Dios. No se dejó llevar pasivamente por los acontecimientos hacia una muerte inexorable. Se reafirmó en su misión, siguió insistiendo en su mensaje. Se atrevió a hacerlo no solo en las aldeas apartadas de Galilea, sino en el entorno peligroso del templo. Nada le detuvo.

Morirá fiel al Dios en el que ha confiado siempre. Seguirá acogiendo a pecadores y “excluidos”, aunque su actuación irrite; si terminan rechazándolo, morirá como un “excluido”, pero con su muerte confirmará lo que ha sido su vida entera: confianza total en un Dios que no rechaza ni excluye a nadie de su perdón. Seguirá anunciando el “reino de Dios” a los últimos, identificándose con los más pobres y despreciados del Imperio, por mucho que moleste en los ambientes cercanos al gobernador romano; si un día lo ejecutan en el suplicio de la cruz, reservado para esclavos, sin derecho a nada, morirá como el más pobre y despreciado de todos, pero con su muerte sellará para siempre su mensaje de un Dios defensor de todos los pobres, oprimidos y perseguidos por los poderosos.

Jesús nunca imaginó a su Padre como un Dios que pedía de él su muerte y destrucción para que su honor, justamente ofendido por el pecado, quedara por fin restaurado y, en consecuencia, pudiera en adelante perdonar a los seres humanos. Nunca se le ve ofreciendo su vida como una inmolación al Padre para obtener de él clemencia para el mundo. El Padre no necesita que nadie sea destruido en su honor. Su amor a sus hijos e hijas es gratuito, su perdón, incondicional. Jesús entiende su muerte como ha entendido siempre su vida: un servicio al reino de Dios en favor de todos. Se ha desvivido día a día por los demás; ahora, si es necesario, morirá por los demás. La actitud de servicio que ha inspirado su vida será también la que inspirará su muerte. Al parecer, Jesús quiso que se entendiera así toda su actuación: “Yo estoy en medio de ustedes como el que sirve” (Lc 22, 27). Vivió su servicio curando, acogiendo, bendiciendo, ofreciendo el perdón gratuito y la salvación de Dios. Todo apunta a pensar que murió como había vivido. Su muerte fue el servicio último y supremo al proyecto de Dios, su máxima contribución a la salvación de todos.

La entrada de Jesús en Jerusalén montado en un asno decía más que muchas palabras. Jesús busca un reino de paz y justicia para todos, no un imperio construido con violencia y opresión. Montado en su pequeño asno aparece ante aquellos peregrinos como profeta, portador de un orden nuevo y diferente, opuesto al que imponían los generales romanos, montados sobre sus caballos de guerra. Su humilde entrada en Jerusalén se convierte en sátira y burla de las entradas

trunfales que organizaban los romanos para tomar posesión de las ciudades conquistadas. Más de uno vería en el gesto de Jesús una graciosa crítica al prefecto romano que, por esos mismos días, ha entrado en Jerusalén montado en su poderoso caballo, adornado con todos los símbolos de su poder imperial.

A los pocos días sucede algo mucho más grave. Jesús llega al templo y “comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban. Tumbó las mesas de los que cambiaban dinero y los puestos de los que vendían las palomas, y no permitía que nadie pasara por el templo llevando cosas” (Cf. Marcos 11, 15-16). Con este gesto Jesús anuncia el juicio de Dios no contra aquel edificio, sino contra un sistema económico, político y religioso que no puede agradar a Dios. El templo se ha convertido en símbolo de todo lo que oprime al pueblo. En la “casa de Dios” se acumula la riqueza; en las aldeas de sus hijos crece la pobreza y el endeudamiento. El templo no está al servicio de la Alianza. Nadie defiende desde ahí a los pobres ni protege los bienes y el honor de los más vulnerables.

La actuación de Jesús ha ido demasiado lejos. El caso no preocupa solo a los sacerdotes del templo; inquieta también a las autoridades romanas. Una cosa es cierta: si no abandona su actitud y renuncia a actuaciones tan subversivas, este hombre será eliminado. No es aconsejable detenerlo en público, mientras está rodeado de seguidores y simpatizantes. Ya encontrarán el modo de apresarlo de manera discreta.

También Jesús sabe que sus horas están contadas. Sin embargo no piensa en ocultarse o huir. Lo que hace es organizar una cena especial de despedida con sus amigos y amigas más cercanos. Es un momento grave y delicado para él y para sus discípulos: lo quiere vivir en toda su hondura. Es una decisión pensada. Consciente de la inminencia de su muerte, necesita compartir con los suyos su confianza total en el Padre incluso en esta hora. Dos sentimientos embargan a Jesús. Primero, la certeza de su muerte inminente; no lo puede evitar: aquella es la última copa que va a compartir con los suyos; todos lo saben: no hay que hacerse ilusiones. Al mismo tiempo, su confianza inquebrantable en el reino de Dios, al que ha dedicado su vida entera.

Con estos gestos proféticos de la entrega del pan y del vino, compartidos por todos, Jesús convierte aquella cena de despedida en una gran acción sacramental, la más importante de su vida, la que mejor resume su servicio al reino de Dios, la que quiere dejar grabada para siempre en sus seguidores. Quiere que sigan vinculados a él y que alimenten en él su esperanza. Que lo recuerden siempre entregado a su servicio. Seguirá siendo “el que sirve”, el que ha ofrecido su vida y su muerte por ellos, el servidor de todos.

“Por ustedes”: estas palabras resumen bien lo que ha sido su vida al servicio de los pobres, los enfermos, los pecadores, los despreciados, las oprimidas, todos los necesitados. Estas palabras expresan lo que va a ser ahora su muerte: se ha “desvivido” por ofrecer a todos, en nombre de Dios, acogida, curación, esperanza y perdón. Ahora entrega su vida hasta la muerte ofreciendo a todos la salvación del Padre.

Así fue la despedida de Jesús, que quedó grabada para siempre en las comunidades cristianas. Sus seguidores no quedarán huérfanos; la comunión con él no quedará rota por su muerte; se mantendrá hasta que un día beban todos juntos de la copa de “vino nuevo” en el reino de Dios.

No sentirán el vacío de su ausencia: repitiendo aquella cena podrán alimentarse de su recuerdo y su presencia. Él estará con los suyos sosteniendo su esperanza; ellos prolongarán y reproducirán su servicio al reino de Dios hasta el reencuentro final. De manera germinal, Jesús está diseñando en su despedida las líneas maestras de su movimiento de seguidores: una comunidad alimentada por él mismo y dedicada totalmente a abrir caminos al reino de Dios, en una actitud de servicio humilde y fraterno, con la esperanza puesta en el reencuentro de la fiesta final.

## **ACTUAR:**

- ¿Cómo enfrentó Jesús el conflicto y las persecuciones? ¿Qué testamento dejó a sus seguidores?
- ¿Cómo podemos atender, responder, solidarizarnos con tanta gente que ha sido o está siendo perseguida, amenazada, golpeada por esta ola de violencia e inseguridad que vivimos en la región y en el país?
- ¿Qué podemos hacer como Comunidades de Base para estar más vinculados a Jesús y trabajar por un reino de justicia, paz y solidaridad?

## **Sesión 13: Jesús, mártir del reino de Dios**

### **VER:**

Se colocan al centro o al frente una imagen de Jesús crucificado. Alrededor de ellos algunas imágenes o estampas de algunos mártires: de los primeros apóstoles, de Monseñor Romero, del Padre Pro, de los mártires de la UCA. Reflexionemos primero sobre la muerte de Jesús: ¿Por qué mataron a Jesús? ¿Por qué muere? En segundo lugar pensemos en tantos hombres y mujeres que han entregado la vida hasta el martirio. ¿Qué testimonio nos dan? ¿Cómo fortalecen nuestra fe y esperanza?

### **PENSAR:**

Apenas pudo disfrutar Jesús de unas horas de libertad después de su despedida. Hacia media noche fue apresado por la policía del templo en un huerto situado en el valle del Cedrón, al pie del monte de los olivos, a donde se había retirado a orar. Un hombre que condenaba públicamente el sistema del templo y que hablaba ante judíos venidos de todo el mundo sobre un “imperio” que no era el de Roma no podía seguir moviéndose libremente en el explosivo ambiente de las fiestas de Pascua.

¿Podemos saber qué es lo que ocurrió en los últimos días de Jesús? Un dato es seguro: Jesús fue “condenado a muerte durante el reinado de Tiberio por el gobernador Poncio Pilato”. Así nos lo informan historiadores como Tácito y Flavio Josefo. Estos datos coinciden con lo que sabemos por las fuentes cristianas. Los podemos resumir así: Jesús fue ejecutado en una cruz; la sentencia fue dictada por el gobernador romano; hubo una acusación previa por parte de las autoridades judías; solo Jesús fue crucificado, nadie se preocupó de eliminar a sus seguidores.

No sabemos quiénes han podido ser testigos directos de los hechos: los discípulos huyeron a Galilea; las mujeres pudieron observar algo a cierta distancia y ser testigos de los acontecimientos públicos, pero ¿quién pudo saber cómo se desarrolló la conversación entre Jesús y el sumo sacerdote o el encuentro con Pilato? Probablemente, los primeros cristianos tenían noticia del curso general de los acontecimientos -interrogatorio ante las autoridades judías, entrega a Pilato, crucifixión-, pero no de sus detalles (Cf. Marcos 14-15; Mateo 26-27; Lucas 22-23; Juan 18-19).

El relato de la pasión no se parece al resto de los relatos evangélicos, compuestos por pequeñas escenas y episodios transmitidos por la tradición. Esta es una composición larga que describe la sucesión de unos hechos enlazados entre sí (Incluso siguiendo el horario romano, Marcos dice puntualmente lo que acontece “al amanecer” (15,1), “en la hora sexta” (15,33), “en la hora nona” (15,34).); todo hace pensar que la redacción se debe al trabajo de “escribas” que narran la pasión buscando en las sagradas Escrituras el sentido profundo de los hechos.

Sin duda es el incidente del templo el que precipita la actuación contra Jesús. No es arrestado inmediatamente, pues convenía que la operación se llevara a cabo sin provocar un altercado multitudinario, pero el sumo sacerdote no se olvida de Jesús. Marcos 14,1-2 nos informa de una conspiración de los sumos sacerdotes y escribas, que, faltando dos días para la Pascua, buscan cómo aprender a Jesús evitando la reacción del pueblo. Al parecer, las fuerzas del templo recabaron ayuda para identificar a Jesús y, sobre todo, para localizarlo y aprenderlo de manera discreta. Las fuentes nos dicen que fue Judas, uno de los Doce, quien prestó su colaboración. No parece legítimo dudar de la intervención de Judas. En la comunidad cristiana no se hubiera inventado semejante traición protagonizada por uno de los Doce.

Al ser detenido Jesús, los discípulos huyen asustados a Galilea. Solo se quedan en Jerusalén algunas mujeres, tal vez porque corren menos peligro. Pero, ¿qué fue realmente lo que ocurrió esa última noche que Jesús pasó en la tierra, detenido por las fuerzas de seguridad del templo? No es nada fácil reconstruir los hechos, pues las fuentes ofrecen versiones notablemente diferentes. Según Marcos, Jesús es llevado desde Getsemaní ante el sumo sacerdote; reunidos “todos los sumos sacerdotes, los ancianos y escribas”, es decir, los grupos que constituyen el Sanedrín, llegan a la conclusión de que es “reo de muerte” (14,53-64); al día siguiente por la mañana vuelven a reunirse, pero es solo para “atar” a Jesús y “entregarlo” a Pilato (15,1). Según Lucas, no hay reunión alguna durante la noche; el Sanedrín solo se reúne al día siguiente por la mañana, pero la escena concluye sin el menor acto jurídico (22,66-71); a continuación lo conducen ante Pilato (23,1). Según Juan, Jesús es conducido a casa de Anás, suegro de Caifás (18,13), que le pregunta “sobre sus discípulos y su doctrina”; a continuación lo envía atado a casa de Caifás, donde nada sucede (18,24); finalmente es conducido a la residencia de Pilato (18,28); en este último relato, el Sanedrín está totalmente ausente y no hay nada que evoque la celebración de un proceso por parte de las autoridades judías.

En general, los relatos dan la impresión de que fue una noche confusa. Por otra parte, es posible que tampoco los evangelistas conocieran con precisión las relaciones existentes entre los sacerdotes dirigentes, los ancianos, los escribas y el Sanedrín. Lo que sí podemos concluir es que hubo una confrontación entre Jesús y las autoridades judías que lo habían mandado arrestar, y que el sumo sacerdote Caifás y la clase sacerdotal dirigente tuvieron un papel destacado.

Según Marcos, el Sanedrín se reúne durante la noche y condena solemnemente a Jesús por haberse proclamado Mesías e Hijo de Dios, y por haberse arrogado la pretensión de venir un día sobre las nubes del cielo, sentado a la derecha de Dios. Su actitud, según el relato, provoca el escándalo del sumo sacerdote, que grita horrorizado. Aquel pobre hombre que está allí atado ante ellos no es el Mesías ni el Hijo de Dios: ¡Es un blasfemo! El veredicto del Sanedrín es unánime: “Reo de muerte”. También el evangelio de Juan refleja esta misma sensibilidad: “No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por una blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios” (10,33).

Esa noche no hubo -dicen los historiadores- una sesión oficial del Sanedrín, y mucho menos un proceso en toda regla por parte de las autoridades judías, sino una reunión informal de un consejo privado de Caifás para hacer las debidas indagaciones y precisar mejor los términos en que se podía plantear la cuestión ante Pilato. Una vez detenido Jesús, lo que preocupa es poner a punto la acusación que llevarán por la mañana al prefecto romano: es necesario reunir en su contra cargos que merezcan la pena capital.

La decisión de eliminar a Jesús parece estar tomada desde el comienzo, pero, ¿cuáles son los motivos reales que mueven a este grupo de dirigentes judíos a condenarlo? El ataque al templo es, sin duda, la causa principal de la hostilidad de las autoridades judías contra Jesús y la razón decisiva de su entrega a Pilato. Este hecho no desaparece nunca del horizonte en las fuentes cristianas. Lo recuerda Marcos en la escena ante el sumo sacerdote (14,57-58); aparece luego en las burlas que se le hacen al crucificado (Marcos 15,29-30 // Mateo 27,39-40); se recuerda en la acusación a Esteban (Hechos de los Apóstoles 6,13-14).

Para las autoridades judías el templo es intocable, es el “corazón” del sistema. Lo que Jesús dijo e hizo en el templo es una amenaza para el orden público lo suficientemente preocupante como para entregarlo al prefecto romano. Las cuestiones relativas al templo no dejaban indiferentes a los romanos, como si se tratara de simples asuntos religiosos internos de los judíos. El prefecto conocía bien el peligro potencial que encerraba cualquier alteración del orden en Jerusalén, sobre todo en el clima de Pascua y con la ciudad repleta de judíos provenientes de todo el Imperio. El consejo de Caifás toma la resolución de entregarlo a Pilato. Casi con toda seguridad, el prefecto romano lo ejecutará como un perturbador indeseable.

¿Qué es lo que realmente sucedió cuando Jesús fue entregado a Pilato? Los evangelios apenas dan a conocer detalles legales del proceso de Jesús ante Pilato. Sin embargo coinciden con lo que sabemos por otras fuentes no cristianas. Fue Pilato quien dictó la sentencia de muerte y mandó crucificar a Jesús; lo hizo,

en buena parte, por instigación de las autoridades del templo y miembros de poderosas familias de la capital. Este es el dato histórico más cierto: Jesús es ejecutado por soldados a las órdenes de Pilato, pero en el origen de esta ejecución se encuentra el sumo sacerdote Caifás, asistido por miembros de la aristocracia sacerdotal de Jerusalén.

Por perfecto o imperfecto que este fuera, hubo un proceso en el que el prefecto romano condena a Jesús a ser ejecutado en una cruz, acusándolo de la pretensión de presentarse como “rey de los judíos”. Las fuentes ofrecen indicios suficientes y el texto de la condena colocado en la cruz lo confirma. El juicio tiene lugar probablemente en el palacio en el que reside Pilato cuando acude a Jerusalén.

Para Pilato, la intervención de Jesús en el templo y las discusiones que pueda haber sobre su condición de verdadero o falso profeta son, en principio, un asunto interno de los judíos. Como prefecto del Imperio, él está más atento a las repercusiones políticas que puede tener el caso. Este tipo de profetas que despiertan extrañas expectativas entre la gente pueden ser a la larga peligrosos. Por otra parte, los ataques al templo son siempre un asunto delicado. Quien amenaza el sistema del templo está tratando de imponer algún nuevo poder. Las palabras de Jesús contra el templo y su reciente gesto de amenaza pueden socavar el poder sacerdotal, fiel en estos momentos a Roma y pieza clave en el mantenimiento del orden público.

Jesús no lleva armas, no lidera un movimiento de insurrectos ni predica un levantamiento frontal contra Roma. Sin embargo, su predicación sobre el “imperio de Dios”, su crítica a los poderosos, su firme defensa de los sectores más oprimidos y humillados del Imperio, su insistencia en un cambio radical de la situación, son una rotunda desautorización del emperador romano, del prefecto y del sumo sacerdote designado por el prefecto: Dios no bendice aquel estado de cosas. Jesús no es inofensivo. Un rebelde contra Roma es siempre un rebelde, aunque su predicación hable de Dios.

Lo que más solía preocupar a los gobernantes eran siempre las reacciones imprevisibles de las muchedumbres. Lo sucedido aquellos días en una Jerusalén repleta de peregrinos judíos venidos de todo el Imperio, en el explosivo ambiente de las fiestas de Pascua, no augura nada bueno: Jesús se ha atrevido a desafiar públicamente el sistema del templo y, al parecer, algunos peregrinos andan aclamándolo en las calles de la ciudad. Está en peligro el orden público: la *pax romana*.

Pilato considera a Jesús lo suficientemente peligroso como para hacerlo desaparecer. Basta con ejecutarlo a él. Sus seguidores no forman un grupo de insurrectos, pero conviene que su ejecución sirva de escarmiento para quienes sueñan en desafiar al Imperio. En contra de lo que se hubiera podido esperar, nadie tocó a los seguidores de Jesús. La crucifixión pública de Jesús ante aquellas muchedumbres venidas de todas partes era el suplicio perfecto para aterrorizar a quienes podían albergar alguna tentación de levantarse contra Roma.

A Jesús lo matan porque al proclamar el reino de Dios pone en cuestión el sistema del templo y al Imperio romano. Las autoridades judías, fieles al Dios del templo, se ven obligadas a reaccionar: Jesús estorba. Invoca a Dios para defender la vida de los últimos. Caifás y los suyos lo invocan para defender los intereses del templo. Condenan a Jesús en nombre de su Dios, pero, al hacerlo, están condenando al Dios del reino, el único Dios vivo en el que cree Jesús. Lo mismo sucede con el Imperio de Roma. Jesús no ve en aquel sistema defendido por Pilato un mundo organizado según el corazón de Dios. Él defiende a los más olvidados del Imperio; Pilato protege los intereses de Roma. El Dios de Jesús piensa en los últimos; los dioses del Imperio protegen la *pax romana*. No se puede, a la vez, ser amigo de Jesús y del César; no se puede servir al Dios del reino y a los dioses estatales de Roma. El evangelio de Juan pone en boca de los judíos estas palabras: “Si sueltas a ese, no eres amigo del César” (19,12).

Jesús escucha la sentencia aterrado. Sabe lo que es la crucifixión. Desde niño ha oído hablar de ese horrible suplicio. Sabe también que no es posible apelación alguna. Todo está decidido. A Jesús le esperan las horas más amargas de su vida. Quienes pasan cerca del Gólgota este 7 de abril del año 30 no contemplan ningún espectáculo piadoso. Una vez más están obligados a ver, en plenas fiestas de Pascua, la ejecución cruel de un grupo de condenados.

¿Qué vivió realmente Jesús durante sus últimas horas? Los relatos de la pasión no ofrecen una información fría de los hechos; desde el comienzo, los cristianos acudieron a las sagradas Escrituras, y en especial a los salmos del sufrimiento del justo (22 y 69), para dar algún sentido a aquel final tan trágico de Jesús. Esta referencia a las Escrituras ha influido de manera notable en la manera de presentar la pasión, pero esto no significa en modo alguno que todo haya sido inventado a partir de textos bíblicos. Para determinar el carácter histórico de cada detalle, es necesario analizar cuidadosamente lo que puede ser reminiscencia histórica y lo que es ilustración proveniente de los textos bíblicos.

La violencia, los golpes y las humillaciones comienzan la misma noche de su detención. Los soldados de Pilato no eran legionarios romanos disciplinados, sino tropas auxiliares reclutadas entre la población samaritana, siria o nabatea, pueblos profundamente antijudíos. No es nada improbable que cayeran en la tentación de burlarse de aquel judío, caído en desgracia y condenado por su prefecto.

Probablemente, después de escuchar la sentencia, Jesús es conducido por los soldados al patio del palacio, llamado “patio del enlosado”, para proceder a su flagelación. El castigo es tan brutal que a veces los condenados mueren durante el suplicio. Terminada la flagelación se procede a la crucifixión. No hay que demorarla. La ejecución de tres crucificados lleva su tiempo, y faltan pocas horas para la caída del sol, que marcará el comienzo de las fiestas de Pascua.

No tardan en llegar al Gólgota. Los soldados proceden a la ejecución de los tres reos. Con Jesús se hace probablemente lo que se hacía con cualquier condenado. Lo desnudan totalmente para degradar su dignidad, lo tumban en el suelo y lo clavan de pies y manos en la cruz. Los soldados se preocupan de colocar en la parte superior de la cruz la pequeña placa de color blanco en la que,

con letras negras o rojas bien visibles, se indica la causa por la que se ejecuta a Jesús: “rey de los judíos”. Jesús fue crucificado entre las nueve de la mañana y las doce del mediodía; murió hacia las tres de la tarde.

En ningún momento se dice en los evangelios que Dios quiere la “destrucción” de Jesús. La crucifixión es un “crimen” y una “injusticia”. ¿Cómo va a querer el Padre que torturen a Jesús? Lo que Dios quiere es que permanezca fiel a su servicio al reino sin ambigüedad alguna, que no se desdiga de su mensaje de salvación en esta hora de la confrontación decisiva, que no se eche atrás en su defensa y solidaridad con los últimos, que siga revelando su misericordia y perdón a todos.

El silencio de Jesús durante sus últimas horas es sobrecogedor. Sin embargo, al final, Jesús muere “lanzando un fuerte grito”: *Eloí, Eloí, ¡lemá sabactaní!*, es decir, “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado? Estas palabras pronunciadas en arameo, lengua materna de Jesús, y gritadas en medio de la soledad y el abandono total son de una sinceridad abrumadora. Jesús muere en una soledad total. Ha sido condenado por las autoridades del templo. El pueblo no lo ha defendido. Los suyos han huido. A su alrededor solo escucha burlas y desprecio. A pesar de sus gritos al Padre en el huerto de Getsemaní, Dios no ha venido en su ayuda. Su Padre querido lo ha abandonado a una muerte ignominiosa. ¿Por qué? Jesús no llama a Dios *Abbá*, Padre, su expresión habitual y familiar. Le llama *Eloí*, “Dios mío”, como todos los seres humanos. Su invocación no deja de ser una expresión de confianza: ¡*Dios mío!* Dios sigue siendo su Dios a pesar de todo. Jesús no duda de su existencia ni de su poder para salvarlo. Se queja de su silencio: ¿dónde está? ¿Por qué se calla? ¿Por qué lo abandona precisamente en el momento en que más lo necesita? Jesús muere en la noche más oscura. No entra en la muerte iluminado por una revelación sublime. Muere con un “porqué” en sus labios. Todo queda ahora en manos del Padre.

## **ACTUAR:**

En este paso no vamos a contestar preguntas en público como lo hemos hecho en las otras sesiones. Se invita a guardar silencio unos minutos contemplando o imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz. Internamente, como nos invita Ignacio en los Ejercicios, podemos preguntarnos: ¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo? (EE no. 53).

## Sesión 14: Jesús, resucitado por Dios

### VER:

Se coloca al frente y sobre una mesa una imagen de Jesús resucitado. Como en Pascua se puede adornar con globos, papel picado o serpentinas de colores. Contemplamos, celebramos nuestra fe, compartimos cómo hemos experimentado que Jesús está vivo.

### PENSAR:

¿Por qué? Es también la pregunta que se hacen seguidores de Jesús? ¿Por qué ha abandonado Dios a aquel hombre ejecutado injustamente por defender su causa? ¿Va Dios a abandonar en el “país de la muerte” (en el *sheol* o “región de la tinieblas”) al que, lleno de su Espíritu, ha infundido salud y vida a tantos enfermos y desvalidos? ¿Va a yacer Jesús en el polvo para siempre, como una “sombra”, él que había despertado tantas esperanzas en la gente? ¿No podrá ya vivir en comunión con Dios él que ha confiado totalmente en su bondad de Padre? ¿Cuándo y cómo se cumplirá aquel anhelo suyo de “beber vino nuevo” juntos en la fiesta final del reino? ¿Ha sido todo una ilusión ingenua de Jesús?

Sin duda les apena la muerte de un hombre cuya bondad y grandeza de corazón han podido conocer de cerca, pero tarde o temprano este es el destino de todos los humanos. Lo que más les escandaliza es su ejecución tan brutal e injusta. ¿Dónde está Dios? ¿No va a reaccionar ante lo que han hecho con él? ¿No es el defensor de las víctimas inocentes? ¿Se ha equivocado Jesús al proclamar su justicia a favor de los crucificados?

Nunca podremos precisar el impacto de la ejecución de Jesús sobre sus seguidores. Solo sabemos que los discípulos huyeron a Galilea. La rápida ejecución de Jesús los hundió si no en una desesperanza total, sí en una crisis radical. Probablemente, más que hombres sin fe son ahora discípulos desolados que

huyen del peligro, desconcertados ante lo ocurrido. La huida de los discípulos es aceptada como un hecho histórico por la mayoría de los estudiosos.

Sin embargo, al poco tiempo sucede algo difícil de explicar. Estos hombres vuelven de nuevo a Jerusalén y se reúnen en nombre de Jesús, proclamando a todos que el profeta ajusticiado días antes por las autoridades del templo y los representantes del Imperio está vivo. ¿Qué ha ocurrido para que abandonen la seguridad de Galilea y se presenten de nuevo en Jerusalén, un lugar realmente peligroso donde pronto serán detenidos y perseguidos por los dirigentes religiosos? ¿Quién los ha arrancado de su cobardía y desconcierto? ¿Por qué hablan ahora con tanta audacia y convicción? ¿Por qué vuelven a reunirse en el nombre de aquel a quien han abandonado al verlo condenado a muerte? Ellos solo dan una respuesta: “Jesús está vivo. Dios lo ha resucitado”. Su convicción es unánime e indestructible. La podemos verificar, pues aparece en todas las tradiciones y escritos que han llegado hasta nosotros.

De diversas maneras y con lenguajes diferentes, todos confiesan lo mismo: “La muerte no ha podido con Jesús; el crucificado está vivo. Dios lo ha resucitado”. Los seguidores de Jesús saben que están hablando de algo que supera a todos los humanos. Nadie sabe por experiencia qué sucede exactamente en la muerte, y menos aún qué le puede suceder a un muerto si es resucitado por Dios después de su muerte. Sin embargo, muy pronto logran condensar en fórmulas sencillas lo más esencial de su fe. Son fórmulas breves y muy estables, que circulan ya hacia los años 35 a 40 entre los cristianos de la primera generación. Las empleaban, seguramente, para transmitir su fe a los nuevos creyentes, para proclamar su alegría en las celebraciones y, tal vez, para reafirmarse en su adhesión a Cristo en los momentos de persecución. Esto es lo que confiesan: “Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos”. Esta manera de expresar la fe en la resurrección de Jesús es, según los investigadores, la más antigua. Encontramos un ejemplo típico en la carta de Pablo a los Romanos: “Si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás” (10,9),

La idea de resurrección la expresan con dos términos: “despertar” y “levantar”. Los primeros cristianos emplean dos términos griegos: *egeirein*, que significa “despertar” al muerto del sueño en que está sumido, y *anistanai*, que significa “levantar” o “poner de pie” al muerto que yace en el polvo del *sheol*. Lo que sugieren estas dos metáforas es impresionante y grandioso. Dios ha bajado hasta el mismo *sheol* y se ha adentrado en el país de la muerte, donde todo es oscuridad, silencio y soledad. Allí yacen los muertos cubiertos de polvo, dormidos en el sueño de la muerte. De entre ellos, Dios “ha despertado” a Jesús, el crucificado, lo ha puesto de pie y lo “ha levantado” a la vida.

La confesión de fe más importante y significativa la encontramos en una carta que Pablo de Tarso escribe, hacia el año 55/56, a la comunidad cristiana de Corinto. Pablo les anima a permanecer fieles al evangelio que él les ha enseñado en su visita hacia el año 51: esa “Buena Noticia” es “lo que los está salvando”. Esta “noticia” no es una invención de Pablo. Es una enseñanza que él mismo ha recibido, y que ahora está transmitiendo fielmente junto a otros predicadores que

viven y anuncian la misma fe: “Les transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, según las Escrituras, que se apareció a Cefas y luego a los Doce...” (1 Corintios 15,3-5).

¿En qué consiste la resurrección de Jesús? ¿Qué quieren decir estos cristianos de la primera generación cuando hablan de “Cristo resucitado”? ¿Qué entienden por “resurrección de Jesús”? ¿En qué están pensando? La resurrección es algo que le ha sucedido a Jesús. Algo que se ha producido en el crucificado, no en la imaginación de sus seguidores. Esta es la convicción de todos. La resurrección de Jesús es un hecho real, no producto de su fantasía ni resultado de su reflexión. No es tampoco una manera de decir que de nuevo se ha despertado su fe en Jesús. Es cierto que en el corazón de los discípulos ha brotado una fe nueva en Jesús, pero su resurrección es un hecho anterior, que precede a todo lo que sus seguidores han podido vivir después. Es, precisamente, el acontecimiento que los ha arrancado de su desconcierto y frustración, transformando de raíz su adhesión a Jesús.

La resurrección de Jesús no es un retorno a su vida anterior en la tierra. Jesús no regresa a esta vida biológica que conocemos para morir un día de manera irreversible. Nunca sugieren las fuentes algo así. La resurrección no es la reanimación de un cadáver. Es mucho más. Nunca confunden los primeros cristianos la resurrección de Jesús con lo que ha podido ocurrirles, según los evangelios, a Lázaro, a la hija de Jairo o al joven de Naín. Jesús no vuelve a esta vida, sino que entra definitivamente en la “Vida” de Dios. Entra en el país de la libertad y de la luz. Una vida liberada donde ya la muerte no tiene ningún poder sobre él. Lo afirma Pablo de manera taxativa: “Sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, no vuelve a morir, la muerte no tiene ya dominio sobre él. Porque, cuando murió, murió al pecado de una vez para siempre; su vivir, en cambio, es un vivir para Dios” (Romanos 6,9-10).

Según los evangelistas, Jesús puede ser visto y tocado, puede comer, subir al cielo hasta quedar ocultado por una nube. Si entendemos estos detalles narrativos de manera material, da la impresión de que Jesús ha regresado de nuevo a esta tierra para seguir con sus discípulos como en otros tiempos. Sin embargo, los mismos evangelistas nos dicen que no es así. Jesús es el mismo, pero no es el de antes; se les presenta lleno de vida, pero no le reconocen de inmediato; está en medio de los suyos, pero no lo pueden retener; es alguien real y concreto, pero no pueden convivir con él como en Galilea. Sin duda es Jesús, pero con una existencia nueva.

Tampoco han entendido los seguidores de Jesús su resurrección como una especie de supervivencia misteriosa de su alma inmortal, al estilo de la cultura griega. Para hablar del resucitado recurren al lenguaje de la “resurrección”, de la “exaltación” a la gloria de Dios o de la “vida”, pero nunca han pensado en la “inmortalidad del alma” de Jesús. El resucitado no es alguien que sobrevive después de la muerte despojado de su corporalidad. Ellos son hebreos y, según su mentalidad, el “cuerpo” no es simplemente la parte física o material de una persona, algo que se puede separar de otra parte espiritual. El “cuerpo” es toda la

persona tal como ella se siente enraizada en el mundo y conviviendo con los demás; cuando hablan de “cuerpo” están pensando en la persona con todo su mundo de relaciones y vivencias, con toda su historia de conflictos y heridas, de alegrías y sufrimientos. Para ellos es impensable imaginar a Jesús resucitado sin cuerpo. Pero, naturalmente, no están pensando en un cuerpo físico, de carne y hueso, sometido al poder de la muerte, sino en un “cuerpo glorioso” que recoge y da plenitud a su vida concreta desarrollada en este mundo.

Para decirlo de alguna manera, Dios acoge a Jesús en el interior mismo de la muerte, infundiéndole toda su fuerza creadora. Jesús muere gritando: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, y, al morir, se encuentra con su Padre, que lo acoge con amor inmenso, impidiendo que su vida quede aniquilada. En el mismo momento en que Jesús siente que todo su ser se pierde definitivamente siguiendo el triste destino de todos los humanos, Dios interviene para regalarle su propia vida. Allí donde todo se acaba para Jesús, Dios empieza algo radicalmente nuevo. Cuando todo parece hundirse sin remedio en el absurdo de la muerte, Dios comienza una nueva creación.

Los primeros cristianos piensan que con esta intervención de Dios se inicia la resurrección final, la plenitud de la salvación. Jesús es solo el “primogénito de entre los muertos” (Colosenses 1,18), el primero que ha nacido a la vida definitiva de Dios. Él se nos ha anticipado a disfrutar de una plenitud que nos espera también a nosotros. Su resurrección no es algo privado, que le afecta solo a él; es el fundamento y la garantía de la resurrección de la humanidad y de la creación entera. Jesús es “primicia”, primer fruto de una cosecha universal (1 Corintios 15,26). “Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros por su fuerza” (1 Corintios 6,14). Resucitando a Jesús, Dios comienza la “nueva creación”. Sale de su ocultamiento y revela su intención última, lo que buscaba desde el comienzo al crear el mundo: compartir su felicidad infinita con el ser humano.

Los seguidores de Jesús han reflexionado sobre lo ocurrido, han recurrido a su fe en la fidelidad de Dios y en su poder sobre la muerte, han recordado lo vivido junto a Jesús con tanta intensidad. En su proceso confluyen preguntas, reflexiones, acontecimientos inesperados, vivencias de fe especialmente intensas. Todo ha ido contribuyendo a despertar en ellos una fe nueva en Jesús, aunque esta experiencia que viven de su presencia viva después de la muerte no es fruto exclusivo de su reflexión. Ellos la atribuyen a Dios. Solo él les puede estar revelando algo tan grande e inesperado. Sin su acción, ellos se hubieran perdido en sus preguntas y cavilaciones, sin llegar a ninguna conclusión segura y gozosa sobre el destino de Jesús.

¿Cómo entienden los discípulos lo que les está ocurriendo? La expresión más antigua es una fórmula acuñada muy pronto y que se repite de manera invariable: Jesús “se deja ver”. (1 Corintios 15,5-8). El término griego *ofthé* se suele traducir diciendo que Jesús “se apareció”. Según todos los expertos, es más adecuado traducir “se hizo ver” o “se dejó ver”. Se les había perdido en el misterio de la muerte, pero ahora se les presenta lleno de vida. Lo que se sugiere es que,

más que mostrar su figura visible, el resucitado actúa en sus discípulos creando unas condiciones en las que estos pueden percibir su presencia.

Pablo habla de su experiencia, de su encuentro con el Resucitado, en 1 Corintios 15,8-11; 1 Corintios 9,1; Gálatas 1,13-23; Filipenses 3,5-14. En ningún momento describe o explica esta experiencia en términos psicológicos. Lo que le ha ocurrido es una “gracia”. Un regalo que él atribuye a la iniciativa de Dios o a la intervención del resucitado. Él solo puede decir que “ha sido alcanzado” por Cristo Jesús; el resucitado se ha apoderado de él, lo ha hecho suyo. No es una ilusión. Es una grandiosa realidad: “Dios ha querido revelar en mí a su Hijo”. El impacto ha sido tan poderoso que provoca una reorientación total de su vida. El encuentro con el Resucitado le hace “comprender” el misterio de Dios y la realidad de la vida de manera radicalmente nueva. Pablo ya no es el mismo. El que perseguía a los seguidores del crucificado anuncia ahora a todos la Buena Noticia que antes quería destruir. En su vida se produce una revolución total de criterios. Pablo se siente un “hombre nuevo”. Su propia transformación es el mejor testimonio de lo que ha vivido. Desde su propia experiencia puede proclamar a todos: “Ya no vivo yo. Es Cristo quien vive en mí” (Gálatas 2,20).

¿Qué es lo que sugieren los relatos sobre la resurrección que encontramos al final de los evangelios (Mateo 28,1-10; 16-20; Marcos 16, 9-15 –que es un apéndice canónico-; Lucas 24,1-49; Juan 20, 10-29)? El núcleo central es, sin duda, el encuentro personal con Jesús lleno de vida. Esto es lo decisivo: Jesús vive y está de nuevo con ellos; todo lo demás viene después. Los discípulos se encuentran con aquel que los ha llamado al servicio del reino de Dios y al que han abandonado en el momento crítico de la crucifixión: estando todavía llenos de miedo a las autoridades judías y con las puertas cerradas, “se presenta Jesús en medio de ellos” (Juan 20,19); nada ni nadie puede impedir a Jesús resucitado volver a estar en contacto con los suyos. Las mujeres se encuentran con el que ha defendido su dignidad y las ha acogido en su compañía: “Jesús salió a su encuentro y las saludó; ellas se acercaron y se abrazaron a sus pies” (Mateo 28,9); de nuevo experimentan su cercanía entrañable. María de Magdala se encuentra con su Maestro: todavía con lágrimas en los ojos oye que Jesús la llama por su nombre (Juan 20,16). Hay que aclarar que no son los discípulos los que encuentran a Jesús. Es él quien “sale a su encuentro” y los sorprende. Nadie está esperando a Jesús resucitado. Es él quien se hace presente en sus vidas desbordando todas sus expectativas. Aquello es una “gracia” de Dios, como decía Pablo.

Según los relatos, el encuentro con el resucitado transforma de raíz a los discípulos. Jesús les ofrece de nuevo su confianza: su infidelidad queda curada por el perdón; pueden iniciar una vida nueva. Con Jesús todo es posible. Es tanta su alegría que no se lo pueden creer. Jesús les infunde su aliento y los libera de la tristeza, la cobardía y los miedos que les paralizan (Juan 20,19-22). El relato de Emaús describe como ningún otro la transformación que se produce en los discípulos al acoger en su vida a Jesús resucitado. Caminaban “con aire entristecido” y, al escuchar sus palabras, “sienten arder su corazón”; se habían derrumbado al comprobar la muerte de Jesús, ahora se alegran al experimentarlo

lleno de vida; se habían alejado del grupo de discípulos, frustrados por todo lo ocurrido, y ahora vuelven a Jerusalén a contar a todos “lo que les ha pasado en el camino”. Este encuentro con el resucitado es algo que está pidiendo ser comunicado y contagiado a otros. Encontrarse con él es sentirse llamado a anunciar la Buena Noticia de Jesús.

Es un error buscar al crucificado en un sepulcro; no está ahí; no pertenece al mundo de los muertos. Ha resucitado. Está más lleno de vida que nunca. Él sigue animando y guiando a sus seguidores. Hay que “volver a Galilea” para seguir sus pasos: hay que vivir curando a los que sufren, acogiendo a los excluidos, perdonando a los pecadores, defendiendo a las mujeres y bendiciendo a los niños; hay que hacer comidas abiertas a todos y entrar en las casas anunciando la paz; hay que contar parábolas sobre la bondad de Dios y denunciar toda religión que vaya contra la felicidad de las personas; hay que seguir anunciando que el reino de Dios está cerca. Con Jesús es posible un mundo diferente, más amable, más digno y justo. Hay esperanza para todos: “Vayan a Galilea. Él irá delante de ustedes. Allí lo verán”.

La ejecución de Jesús ponía en cuestión todo su mensaje y actuación. Aquel final trágico planteaba un grave interrogante incluso a sus seguidores más fieles: ¿tenía razón Jesús o estaban en lo cierto sus ejecutores? ¿Con quién estaba Dios? En la cruz no habían matado solo a Jesús. Con él habían matado también su mensaje, su proyecto del reino de Dios y sus pretensiones de un mundo nuevo. Si Jesús tenía razón o no, solo Dios lo podía decir.

Todavía hoy se puede percibir en los textos llegados hasta nosotros la alegría de los primeros discípulos al descubrir que Dios no ha abandonado a Jesús. Ha salido en su defensa. Se ha identificado con él, despejando para siempre cualquier ambigüedad. Para los seguidores de Jesús, la resurrección no es solo una victoria sobre la muerte; es la reacción de Dios, que confirma a su querido Jesús desautorizando a quienes lo han condenado. Esto es lo primero que predicaban una y otra vez en las cercanías del templo y por las calles de Jerusalén: “Ustedes lo mataron clavándolo en la cruz... Dios lo resucitó” (Cf. Hechos de los Apóstoles 2,23-24; 4,10; 5,30...).

Con su acción resucitadora, Dios ha confirmado la vida y el mensaje de Jesús, su proyecto del reino de Dios y su actuación entera. Lo que Jesús anunciaba en Galilea sobre la ternura y misericordia del Padre es verdad: Dios es como lo sugiere Jesús en sus parábolas. Su manera de ser y de actuar coincide con la voluntad del Padre. La solidaridad de Jesús con los que sufren, su defensa de los pobres, su perdón a los pecadores, eso es precisamente lo que él quiere. Jesús tiene razón cuando busca una vida más digna y dichosa para todos. Ese es el anhelo más grande que guarda Dios en su corazón. Esa es la manera de vivir que agrada al Padre. Ese es el camino que conduce a la vida. Al resucitar a Jesús, Dios da validez indestructible a su vida terrena y lleva a una plenitud mayor lo que había iniciado en Galilea. La actuación de Jesús no ha terminado con su muerte. Aquel que llamaba al seguimiento, hoy sigue llamando. Aquel que ofrecía el perdón de Dios a los pecadores, hoy lo sigue ofreciendo. A aquel que se acercaba a los pequeños y maltratados, hoy lo podemos encontrar identificado con todos los

pobres y necesitados. Aquel que amó “hasta el extremo” (Juan 13, 1), hoy nos sigue amando y dando su espíritu.

## **ACTUAR:**

- ¿Qué signos de resurrección descubrimos en los diferentes procesos de la parroquia: catequesis, jóvenes, discípulos, matrimonios y ministerios sociales?
- ¿De qué manera podemos celebrar y comunicar a otros que Jesús está vivo?
- Para terminar se pueden tomar los globos y serpentinas y entonar un canto de resurrección.

## **Sesión 15: ¿Quién es Jesús para mí?**

### **VER:**

Se muestran diferentes imágenes de Jesús en la historia del arte, en la cultura popular o en el cine. Contemplamos, dejamos aflorar nuestros sentimientos y vamos identificando qué me dicen cada una de esas imágenes. ¿Con cuál me quedó? ¿Por qué?

### **PENSAR:**

La resurrección de Jesús fue una explosión de vida y esperanza que difícilmente podemos evocar nosotros hoy desde nuestro mundo cultural. Sin duda se han perdido para siempre muchos detalles de lo ocurrido, pero hay algo que no se puede negar: en la primera mitad del siglo irrumpió de forma inesperada y con fuerza increíble en el mundo mediterráneo un movimiento de seguidores de Jesús que rápidamente se extendió por todo el Imperio. Cristo se convirtió para muchos en la vía para acceder al misterio de Dios, para descubrir la verdad de la vida y para mirar el futuro con una esperanza nueva.

El impacto de la resurrección empuja a los seguidores de Jesús a buscar nombres y títulos para tratar de expresar el “misterio” que intuyen ahora en él. La resurrección les obliga a pensar: ¿con quién se han encontrado realmente en Galilea? ¿Quién es este profeta que los ha seducido tanto con su vida y su mensaje? ¿Qué misterio se encierra en este hombre al que la muerte no ha podido vencer? ¿Cuál es la verdadera identidad de este crucificado al que Dios ha resucitado infundiéndole su propia vida? ¿Cómo lo tienen que llamar? ¿Cómo lo han de anunciar?

Desde el comienzo, los cristianos llaman a Jesús “Mesías” o “Cristo”. La palabra “Mesías” proviene del término hebreo *mashiah*, que significa “ungido”. Su equivalente en griego es “Cristo” Es un título central. El más usado por todos. Así

lo proclaman ya con entusiasmo los primeros predicadores: “Dios, al resucitarlo, lo ha constituido “Cristo” o “Mesías”” (Hechos de los Apóstoles 2,36; 5,42; 9,22...). El Mesías al que tanto esperaban en algunos ambientes ha sido crucificado. Parece increíble, pero ha sido así. No hay que seguir esperando a nadie. Jesús es el Mesías. Por eso, con toda espontaneidad, los seguidores de Jesús comienzan a llamarse “cristianos” o “mesianistas”. Fue en Antioquía donde recibieron por primera vez ese nombre(Hechos de los Apóstoles 11,26).

Poco a poco, por influencia de Pablo, el término “Cristo” se irá convirtiendo en el nombre propio de Jesús. Entre los cristianos se habla indistintamente de “Jesús”, de “Cristo” o de “Jesucristo”. Probablemente, muchos creen hoy en Cristo sin saber que “Cristo” quiere decir: liberador de injusticias y opresiones, luchador por una vida más digna y justa, buscador del reino de Dios y su justicia. Y se llaman “cristianos” sin sospechar que esta palabra quiere decir “mesianistas”, buscadores de un mundo nuevo según el corazón de Dios, luchadores por la paz y la justicia, portadores de esperanza para las víctimas.

“Hijo del hombre” no es propiamente un título atribuido a Jesús. Nadie lo confiesa ni le invoca con ese nombre en la comunidad cristiana. Es una manera de hablar que los evangelistas ponen en labios de Jesús y que, antes que nada, subraya su condición humana: Jesús es un ser humano y vulnerable, un “hijo de hombre” que no tiene dónde reclinar su cabeza, que ha venido no a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate, que siempre anda tras los excluidos y pecadores buscando salvar lo que está perdido, un “Hijo de hombre” que, finalmente, será crucificado para resucitar en el tercer día.

Jesús es *verdadero hombre*; en él ha aparecido lo que es realmente ser humano: solidario, compasivo, liberador, servidor de los últimos, buscador del reino de Dios y su justicia... Es *verdadero Dios*; en él se hace presente el verdadero Dios, el Dios de las víctimas y los crucificados, el Dios Amor, el Dios que solo busca la vida y la dicha plena para todos sus hijos e hijas, empezando siempre por los crucificados.

El esfuerzo por aproximarnos históricamente a Jesús nos invita a creyentes y no creyentes, a poco creyentes o malos creyentes, a acercarnos con fe más viva y concreta al Misterio de Dios encarnado en la fragilidad de Jesús. Al ver sus gestos y escuchar sus palabras podemos intuirlo mejor. Ahora “sabemos” que los pequeños e indefensos ocupan un lugar privilegiado en su corazón de Padre. A Dios le gusta abrazar a los niños de la calle y envolver con su bendición a los enfermos y desgraciados. A los que lloran los quiere ver riendo, a los que tienen hambre les quiere ver comer. Dios toca a leprosos e indeseables que nosotros tememos tocar. No discrimina ni excluye a nadie de su amor. Acoge como amigo a pecadores, desviados y gentes de vida ambigua. A nadie olvida, a nadie da por perdido. Él tiene sus caminos para buscar y encontrar a quienes las religiones olvidan. Siente compasión al contemplar a los que viven como ovejas sin pastor y llora ante un mundo que no conoce los caminos de la paz. Dios quiere que en la tierra reine su justicia, que los pueblos pongan su mirada en los que sufren, que las religiones siembren compasión. Él ama a sus criaturas hasta el extremo. Identificado en la cruz con todos los derrotados y crucificados de la historia, Dios

nos arrastra hacia sí mismo, a una vida liberada del mal en la que ya no habrá muerte, ni penas, ni llanto, ni dolor. Todo esto habrá pasado para siempre. Por toda la eternidad, Dios hará lo mismo que hacía su Hijo por los caminos de Galilea: enjugar las lágrimas de nuestros ojos y llenar nuestro corazón de dicha plena.

Según un relato evangélico, estando Jesús de camino por la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos qué se decía de él. Cuando ellos le informaron de los rumores y expectativas que comenzaban a suscitarse entre la gente, Jesús les preguntó directamente: “Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?”.

Transcurridos veinte siglos, cualquier persona que se acerca con interés y honestidad a la figura de Jesús, se encuentra enfrentado a esta pregunta: “¿Quién es Jesús? Esto es lo primero y más decisivo: poner a Jesús en el centro del cristianismo.

## **ACTUAR:**

A manera de evaluación o síntesis final se invita a formar grupos de unas siete personas. Se elige un nombre para el grupo, un coordinador y un secretario. Recordando lo visto a lo largo del curso, lo vivido, lo orado... compartimos: ¿Quién es Jesús para mí? Después de escuchar a cada uno, se trata de llegar a un consenso. Se ponen de acuerdo para compartir con los demás, de manera creativa (una canción, una representación, una carta), ¿cuál es la buena noticia de Jesús según ellos? ¿Cómo la podemos comunicar al mundo de hoy?

# MAPAS

## Imperio romano en tiempos de Jesús



# Palestina en tiempos de Jesús



**JOSÉ ANTONIO PAGOLA** (Añorga, Guipúzcoa, 1937) cursó sus estudios de teología y ciencias bíblicas en la Pontificia Universidad Gregoriana y en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma, y en La Escuela Bíblica de Jerusalén. Ha desempeñado la responsabilidad de ser rector del Seminario diocesano de San Sebastián y, sobre todo, la de ser Vicario General de la diócesis de San Sebastián. Ha sido también profesor de Cristología en la Facultad Teológica del Norte de España (Vitoria). Autor de diversas obras de teología y pastoral, sobre Jesucristo ha publicado: *Catequesis cristológicas* (1975); *Jesús de Nazaret. El hombre y su mensaje* (1981); *Jesús y la misericordia* (2005); *Jesús ante la mujer* (2006). En la actualidad es director del Instituto de Teología y Pastoral en San Sabastián. Desde hace siete años se dedica exclusivamente a investigar y dar a conocer la persona de Jesús. Ha publicado en PPC *Padre Nuestro. Orar con el espíritu de Jesús* (2003) y *Salmos para rezar desde la vida* (2004). En Sal Terrae *La Eucaristía, experiencia de amor y de justicia* (1990), *Acción pastoral para una nueva evangelización* (1991) y *Fidelidad al Espíritu en situación de conflicto* (1995).